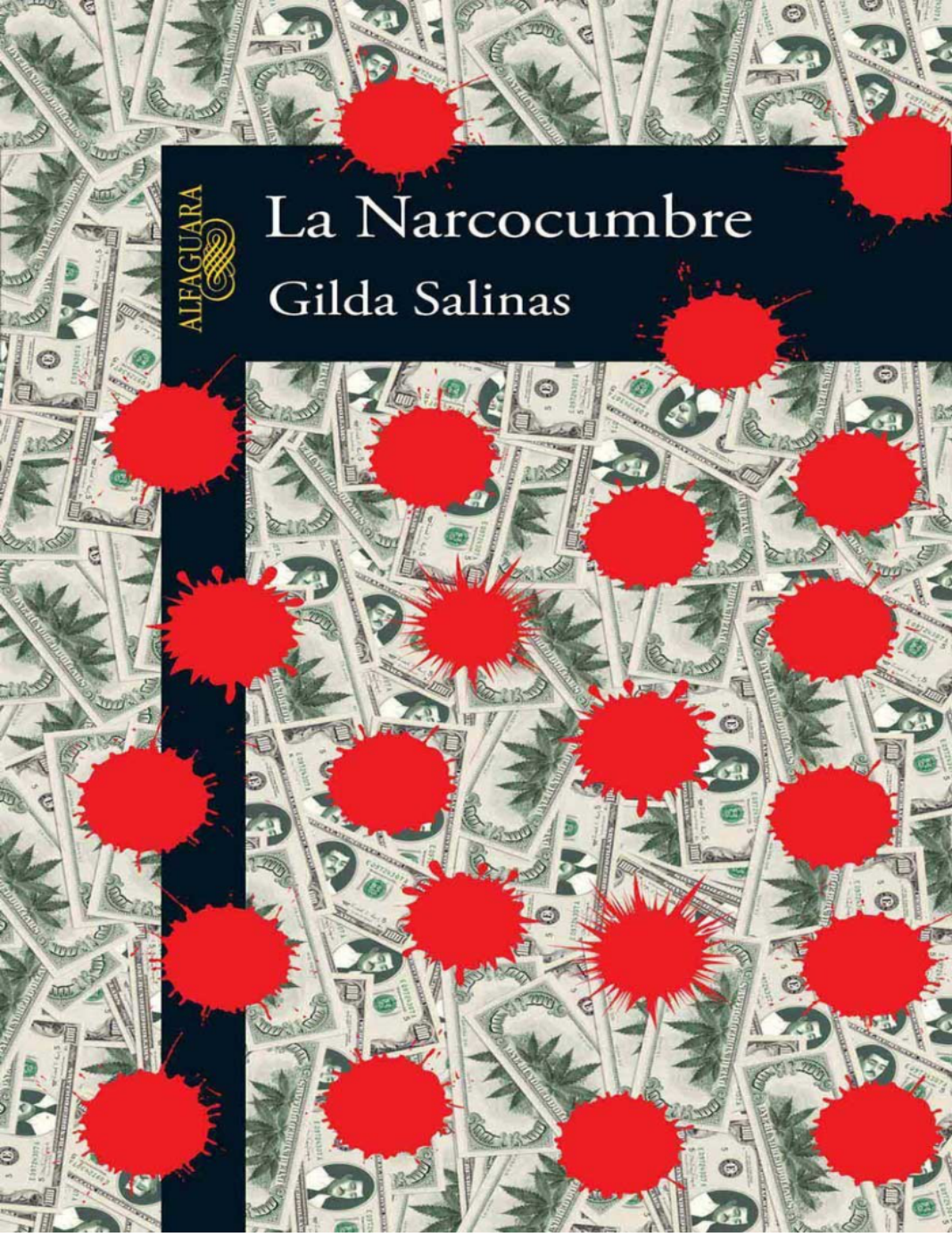
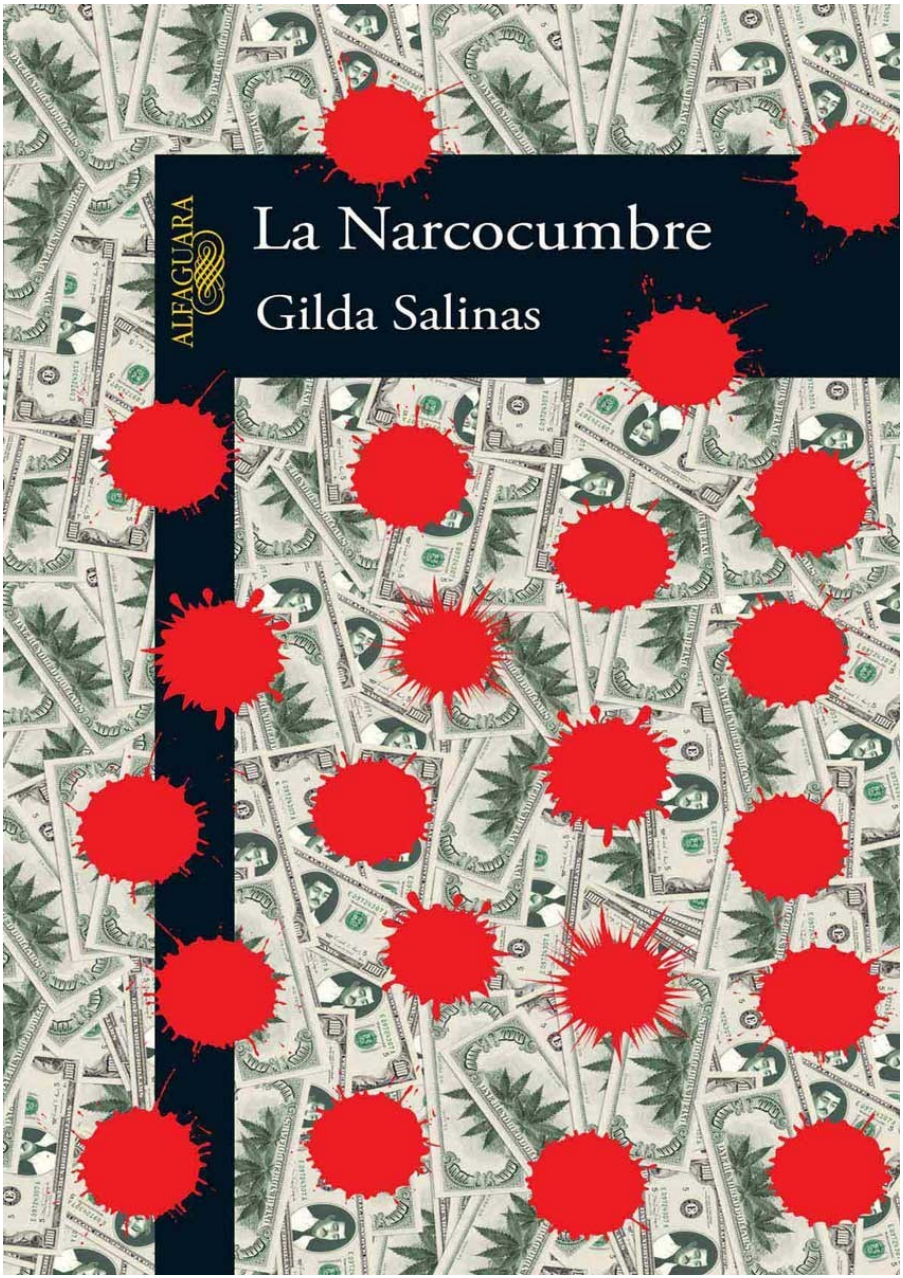

ALFAGUARA
La Narcocumbre
Gilda Salinas


ALFAGUARA
La Narcocumbre
Gilda Salinas

ALFAGUARA

Gilda Salinas

La Narcocumbre

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Primera parte
  Leyes de arena
Segunda parte
  Nombres de arena
Tercera parte
  Gente de arena
Cuarta parte
  Huellas de arena
Quinta parte
  Sueños de arena
Última parte
Créditos
Grupo Santillana

Más se unen los hombres para compartir un mismo odio que un mismo amor.

JACINTO BENAVENTE

Cada uno se disfraza de aquello que es por dentro.

GILBERT KEITH CHESTERTON

Primera parte

Señoras, caballeros, visitas en general: de entre más de doscientas solicitudes ustedes fueron los efectivos, los que nos van a acompañar, así que sean bienvenidos, yo seré su anfitrión durante esta Narcocumbre.

¡Órale! ¡La Narcocumbre!, dirían algunos, ¿psss qué la ONU? Más que eso, oigan, más. Esta reunión es más importante que esas otras a las que van los presidentes para salir en la foto. Acá no hay prensa ni les cuesta a los ciudadanos y sin en cambio sí se verán asuntos de estado: la seguridad, la economía, las exportaciones.

Creo que estoy hablando acelerado, ta madre, son los nervios. Cálmala, bato, respira hondo, alza la ceja, sonríe, eso. Ya estufas.

Los jefes, que también son jefes de un buen de gente en más de un territorio, tienen equipos de profesionales trabajando para ellos: abogados, banqueros, notarios, inversionistas, médicos, contadores, entrenadores; y también sociólogos, administradores y analistas; pa que me entiendan, al negocio le han salido hijitos y todos tienen distintas áreas y cada una necesita su gente. Pssss, así es el bisne. Un antro quiere especialistas en servir tragos, en contratar artistas o diyéis, en llevar las cuentas y hasta en estacionar los carros; un hotel necesita hasta quien sepa componer aires acondicionados y lavar alfombras; estamos en la era de los especialistas, ¿erdá?

Eso sonó chingón. Eres bueno pal verbo, ¿ya viste cómo los tienes?

Y buscan a los mejores, los escuchan y les retacan las carteras de dólares con una sola condición: ¡lealtad! Lealtad a la de a güevo, a prueba de balas y billetes. Tenemos un dicho de herencia: "Aquí se vale equivocarse, pero no traicionar".

De ahoy en adelante empieza la nueva era, la efectiva, y esta vez vamos con todo.

Eso, ahora aguanta tantito pa apantallarlos.

Desde hace años el Azul, un capo de la vieja guardia, el único sobreviviente y activo, un negociador profesional, andaba con la idea de hacer una federación. Iba y venía tratando de convencer a unos y a otros, pero se los mataban o caían presos y las nuevas cabezas traían otros planes y nada, y menos con el Chapo, que nunca va a perdonar que Osiel haya mandado asesinar a su hermano Arturo en La Palma, porque el hijo de su pinchi madre mató al Pollo por joder al Chapo, así que mi patrón se las tenía jurada a los del Golfo y se metió en todos sus territorios; es más, en Tamaulipas unos policías cobraban con los del Golfo y otros con el cártel de Sinaloa, los pocos sin

mochada recogían migajas con los raterillos locales; pero el Azul tenía fe en su idea y siguió duro y dale, hasta que sembró en buen momento.

El Chapo llamó a sus analistas y resulta que estos señores opinaron que yes, que la planeación y los acuerdos son un mejor negocio para todos; y esta vez la reunión tiene todos los condimentos para ser exitosa, pssss, no como los viejos intentos en los que una cosa se decía y la ejecución era distinta, oigan.

Y es que siempre pasa eso con los novatos, les gana la ambición; no se saben limpiar las nalgas y ya quieren comerse el mundo. Son plebes sin oficio, vaguillos, pues, se los jala un grupo, una banda, le hallan el gusto al cuete, a la droga, al varo, más del que tuvieron en toda su vida, y ya se sienten capos.

Mejor le cambio el tono pa sonar como profe.

Como comprenden, les digo a los principiantes, primero crezcan, pendejitos, tomen ejemplo, ¿que no ven que la nuestra es una organización vertical? Cada uno es dueño de su negocio. A ver, tú, qué te cuadra más: ¿quieres andar de poquitero? Pos órale, consigue tu narco-tiendita o tu picadero, pues, y ya la hiciste, te la llevas a gusto, centaveando. Pero si quieres ser bajador, operador, distribuidor, escolta, gatillero, comprapolicías o hasta quieres aprender a cocinar sintéticas, entonces hay que empezar desde abajo, hijo, aprendiendo a disciplinarte, a tirar, a negociar, a mezclar, a observar a las personas, a conectarte, a conocer; hasta el charco tiene su chiste, a poco crees que se trata sólo de subirte a una lanchita y hacerla de pepenador, ¿cuánto peso aguanta tu lancha?, ¿cuál es la hora buena de la pizca?, ¿cuál es la ruta para la entrega o la bodega? Esto no es de entro y salgo, como comprendes: es una carrera, una universidad, pssss, y se necesitan güevos: hoy estás vivo, mañana te moriste. El que no los tenga bien puestos o no quiera aplicarse, que se busque otro grupo, pague piso y a otro pedo. Lo bueno es que hay tanta demanda que se ha abaratado la mano de obra.

Muy bien. Pa que no se sientan tan exquisitos. Y ahora duro y a la cabeza.

El jefe de jefes, el gran Chapo, dice que quien domina la frontera controla el negocio, que la frontera no es sólo un muro gabacho sino el centro de la acción, es el control del bisne, y que más vale muchas cabezas satisfechas que una en la mira de la Uzi. Por eso él no tiene subalternos sino socios, y por eso los otros capos todavía lo ven pa arriba, le andan aprendiendo.

Ái va la muestra, señores: el Chapo tiene equipos de operadores y distribuidores en cuarenta y siete países; y de cajón, infiltrados a todos niveles en los gobiernos de esos países, digo, para que le barran el piso.

Unos fulanos bien enterados le hacen tablas comparativas de costo-beneficio, para saber en dónde conviene montar un laboratorio y dónde sale más bara la efedrina para fabricar mercancía de primera a precio de segunda; el Chapo sabe en dónde se procesó la coca que le vendieron las FARC, en dónde se cosechó la mota que tienen almacenada en Guerrero o en Sinaloa, de quién es el Boeing que acaba de aterrizar en el desierto de Coahuila y hasta cuántos pandilleros forman los Aztecas, esos drogos que ya se quieren zafar del cártel de Juárez para independizarse.

Además invierte sus ganancias en la industria del turismo y también en la del transporte. El Chapo es el Señor de la Montaña, el papá del cártel de Sinaloa, es mi patrón y lo sabe todo.

Me salió a toda madre. Bien portados, atentos, hasta tomaron nota.

El caballero que está al fondo del salón grande es Eduardo Costilla, el número uno del cártel del Golfo. Antes su brazo ejecutor eran los Zetas, los sicarios, pssss, desde el 97 más o menos, desde los tiempos de Osiel Cárdenas Guillén y Guzmán Decenas, el famoso Z-1, el que reclutó a sus compañeros militares del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales, los Gafes, para hacer su ejército de Zetas: mira, mi teniente, cómo comparas arriesgar la vida por seis mil mensuales a embolsarte cuarenta o más. Cien, doscientos gafes bien entrenados, madrugadores, obedientes y cabrones. El mejor tiempo de los del Golfo: mientras los Gafes eran el escudo de los capos, el Z-1 levantaba al objetivo que no había querido alinearse y llamaba a los Tango para que lo incineraran.

Osiel Cárdenas es el Mata Amigos y la Cenicienta del cuento, oigan. Mata Amigos porque a la hora de los quihubos no se acordaba de nadie: le encomendó al Z-1 que desapareciera a su segundo para quedarse con la esposa, pssss, ta madre; lo de Cenicienta se lo pongo yo porque dicen que le decían el Costroso, que siempre andaba mugriento, lavaba carros de judiciales, era su mandadero; luego pasó a madrina y órale, al rato ya había hecho alianzas con el Chacho, otro capo al que también mató.

Osiel nunca hubiera aceptado repartir el queso con nadie porque Juan García Ábrego, cuando fue la cabeza del cártel, le enseñó que la organización era una pirámide, todo el poder estaba en él, sólo que Osiel cayó en chirona y para entonces al Z-1 ya se lo había cargado el payaso en Matamoros. O sea, descabezaron el negocio. Entonces los segundos mandos: el Coss, un expolicía municipal de Matamoros, y el Tony Tormenta, hermano de Osiel, se cagaron del susto, hasta se querían esconder. Bájenle, Tony, tu carnal te va a dar línea y como va, dicen que dijo Lascano muy papasfritas.

Creo que no me están entendiendo estos cabrones, necesito hablar más despacio, como si fuera discurso, pues.

Lasca era el Z-3 cuando se unió; es un perro. A Osiel le caía bien por manchado y lo fue encumbrando. Desde la cárcel Osiel decidió que Costilla era el bueno y que Ezequiel, el Tony, se hiciera a un ladito porque nació para segundo o para hacer una pinza, psss, también se vale; total que vino el reparto pero siempre en pirámide: pusieron al Z-14 en Veracruz…

Ya no sé si entendieron, pero vale madre, son números.

Chelelo en Monterrey, el Chamoy para Cancún, al Goyo en Matamoros, pero un rato, porque en 2005 le hicieron su fiestecita de despedida por drogo y canceroso; se quedó el hermano. Y los Kaibiles que Osiel había traído de Guatemala también se hicieron más, tenían que entrenar bien a esos muchachos.

A la cabeza de todos quedó el *Coss*. Y cuando extraditaron a Osiel pues ya no hubo más jefe que Eduardo, que no es cuadrado.

El cártel del Golfo es el *number two* en México y su capo entendió que el Azul tenía razón, así que empezó a buscar la escalerita; como quien dice, el modo de hacer una mega narcoindustria, así que desde antes se reunía con Esparragoza, con el Mayo Zambada o con el Nacho Coronel para organizar el territorio, volverse una sola federación y que acabaran las matanzas entre ellos, pero de pronto uno de aquí hacía migas con el judicial de allá y esos desleales le daban chance mediante cuota, y a otro de allá se le olvidaba pagar piso aquí porque el ministerial era nuevo y quería más billete; y otras ejecuciones más gachas, oigan, muy sangrientas; y con eso, pssss claro, les faltaba confianza a unos y a otros, digo yo.

Hasta que después de seis o siete intentos vino la reunión de Monterrey, esa fue en 2007, por fin estaban de acuerdo en el reparto del territorio, en las cuotas de piso, en las nóminas para los gobernadores, los procuradores, los municipales, los delegados y los comandantes y los federales y hasta los policías de a pie; porque hay que reconocer que sin la protección del gobierno no existiríamos, ningún cártel, oigan; son nuestros socios, pssss. Y en esa reunión de 2007 estaban el Golfo, el Pacífico, los Beltrán Leyva, La Familia y hasta los hermanos Valencia Cornelio, los Valencia del Milenio, que fueron primero enemigos y luego se hicieron socios del Coss, ajá, los que antes cosechaban y vendía aguacates. Este arroz ya está listo, sí a la alianza. Se me hace que niguas, le dijo al Coss este cabrón del Lasca, y reunió a sus ya cuatrocientos Zetas entre Gafes y Kaibiles para decirles que a ver, levanten la mano los que estén de acuerdo en una alianza con el cártel de Sinaloa, y apenas uno que otro. Entonces ahí te ves, Eduardo, tú eres el que nos necesita. ¿Ah sí? Pos pura madre y órale, de puntitas, la joya de la corona es mía, y no sólo Nuevo Laredo, todo Tamaulipas, ¡y Nuevo León también!

Bien por mí, otra vez los tengo bien agarrados…

La guerra entre ellos fue porque todos los días pasan siete mil camiones de droga por la joya de la corona, y por estarse peleando, los federales engancharon a varios y se mataron a pasto. Pssss, la mentada alianza para formar la federación salió cara, oigan.

Año y meses después el cártel más poderoso del mundo dice hay que hacer un frente común, ora sí hagamos efectiva la alianza, no le hace que se hayan muerto fulano y mengano y que hayan apañado a doscientos. Y mi patrón el Chapo no habla porque tenga boca, por eso le creo cuando dice que esta vez la federación sí va a llegar a acuerdos netos, que si los Zetas son el enemigo la ruleta ya está girando: tenemos al Azul Esparragoza, que está bien contento, al Mayo, al Nacho, a La Familia, a la Barbie, al Milenio, al Coss y al Chayo; los Beltrán ya se rajaron, la están haciendo de pedo quesque porque el Nacho no les convidó de un bisne, pero hasta sin ellos somos la Nueva Federación y vamos a apretar hasta que reviente el Lasca. Sus pinches acuerdos con el Viceroy, los Beltrán Leyva y lo que queda de los Arellano Félix no nos preocupan, y las banditas menos.

Ahora sí enfílate para la curva final como te enseñó el Tío pa que se sientan en familia.

Así que aquí estamos, ustedes y nosotros, puestos para esta Narcocumbre en el estado de Veracruz, que es estado protegido para los capos, sus familias y sus socios, cerquitas de la playa y la arena, donde Eduardo Costilla, el Coss, que es el anfitrión, claro, porque es su territorio, ha preparado este rancho para una encerrona de cinco días. Creo que es o era propiedad de Miguel Ángel Félix Gallardo, el jefe de jefes en los ochenta, el primero que repartió territorios para el trasiego, el primero que armó corporativos y liderazgos; fue policía judicial de Sinaloa pero la cabeza le daba pa más, era un empresario. Tal vez en el fondo los capos lo están homenajeando porque todavía le cuelga pa que salga del botellón.

Que ya termines, chingao.

Señores: la mesa está dispuesta: langostinos al mojo, acamayas, chilpachole de jaiba, tegogolos de allá de con los brujos, y hasta ensaladas de mariscos. Vinos y tragos de tocho morocho, también sodas. Algo de coca para quien necesite, nada más con discreción, y yerba de Durango, que es la efectiva, no sea que alguien quiera. A todos los capos les gusta el buen trago y les encantan las hembras bien hechas, así que también hay edecanes, dos que tres pieles del muestrario salieron del concurso ese de la belleza.

Salvo el Chapo, que nombró a un representante, cada una de las cabezas irá exponiendo los asuntos de su territorio para que ustedes vean cómo está el bisne; todos sabemos que hay células en tierra ajena, células y espías, pssss, para algo sirven los federales, pero como gente de bigote, cada lugarteniente irá mostrando el inventario neto

de sus haberes y deberes.

Esos que están allá son los tres analistas que van a escribir las conclusiones.

Yo soy el Conde pa lo que se ofrezca, y como en el Mundial, el anfitrión será mano, así que siéntanse testigos protegidos de las negociaciones que acuña el nuevo tiempo, la globalización del narco. Como dice mi patrón: los gringos son viejos clientes, pero cuando brincamos el charco cobramos en euros y en yenes.

UNO

18 de abril. 5:40 de la tarde

Julia desespera, se le ha hecho tarde para la clase de karate y, aunque los apura, los niños obedecen a su propio ritmo; los perros ladran, se suben al vehículo, ella los baja, el calor se ensaña, por fin Sony cierra la puerta. Ya están listos para poner los seguros y abrir el portón. La Durango asoma la trompa. Julia se vuelve hacia su lado izquierdo, no viene carro, mira hacia la derecha y la sorprende un atardecer de rojos, naranjas, fiushas y amarillos. Pero no es lo único, ese atardecer sirve de marco a varios jóvenes con tipo de militares, todos vestidos de negro, uniformados, con emblemas y pelo corto; observan algo en el bordo, señalan.

Se habrá ahogado alguien, piensa Julia, *deben ser policías, igual que esos otros uniformados, porque nadie se mete al bordo si no tiene placa, y menos en un coche como ése con vidrios polarizados*. Avanza hacia ellos sin quitarles la vista de encima y algunos la señalan con un movimiento de cabeza, dicen algo, sonríen. Sus miradas siguen el paso de la camioneta, que da vuelta a la derecha para tomar el Viaducto. Julia los ve por el retrovisor y un presentimiento se revuelca en su abdomen, de pronto se siente invadida, las miradas se metieron a la camioneta. Sube la velocidad, prende el radio.

21 de abril, 10:35 de la mañana

Julia regresa a Reynosa después de llevar a los niños a la escuela, le tocó rola como casi todos los lunes, es la costumbre entre los padres de varios vecinos en edad escolar que estudian en McAllen, un día los lleva una mamá, otro día los recoge un papá y así se turnan para aligerar los viajes, sobre todo desde que el atentado contra las Torres Gemelas convirtió el cruce en un martirio. Gracias a las airadas protestas de los fronterizos, el gobierno texano creó una línea especial para las personas que van y vienen, incluso, más de una vez por día, pero aun así hay que hacer fila media hora o más hasta poder incorporarse a esa línea.

Este lunes Julia dejó una lista de encargos para que Goyo los hiciera temprano, entre ellos cambiarle el aceite a la Durango, así que se llevó la camioneta viejita y de regreso pasó a comprar carne y fruta al *supermarket*, va a asar unas costillas *barbecue*.

Cuando llega a su casa, Goyo abre la puerta. ¿Me trajo la camioneta,

doña Julia? Ella no puede evitar la risa y responde que sí, pero que la dejó en la cuadra de atrás, que se ha venido cambiando de camioneta cuadra por cuadra. El empleado no entiende la broma y la mira serio. En ese momento Julia siente una sacudida, se robaron la Durango, dice. No, opina Goyo docto, porque aquí están las llaves. Esta vez ella no puede sonreír ante la inocencia del asistente, la camioneta forma parte de su cotidiano, sus hijos crecieron con ella… y lo peor, en la guantera está la agenda con teléfonos, nombres y datos de toda la familia y más.

22 de abril. 9 de la mañana

El agente del ministerio público se les queda mirando sin comprenderlos. ¿En serio piensan recuperar la camioneta? No se los recomiendo. ¿Para qué quieren un Zeta afuera de su casa poniéndole una golpiza a usted, doctor Bennati? Mejor no le muevan, dice el MP en un tono que Julia y César no logran descifrar: ¿es cómplice? ¿Lo dice por ayudarnos? ¿Tiene miedo? ¿Quiere dinero?

23 de abril. 8 de la noche

Julia conversa con su madre. El narco es amo y señor de Reynosa, dice, cuando un comerciante no paga la cuota que piden le quitan el negocio o se lo queman, y a veces Julia teme por sus hijos. Hoy fue la Durango, ¿y mañana? Es que tú estás llamando a la mala suerte, responde su mamá. Y ella busca diluir esa indignación que brinca cada vez que piensa en la camioneta, ¿para qué hacerse la vida pesada? Viven ahí, el laboratorio está a punto de abrirse al extranjero; tienen planes, sueños. Mejor enterrar el asunto.

24 de abril. 6:15 de la tarde

César está en su oficina revisando la certificación de las pruebas que hizo el laboratorio sobre el nuevo producto cuando le pasan la llamada telefónica de Julia. Frunce el ceño y escucha. Sí te creo, July, no te pongas así. Ya no lleves a Sony al karate, no lleves a las niñas a danza por un tiempo, o toma una ruta distinta cada vez. No, por supuesto que no opto por sacrificar a los niños, pero no sé qué más hacer, y tampoco entiendo para qué pueden estarte siguiendo. Lo dice en el tono más sosegado y amable que puede y el temor se le revuelve con las ganas de creer. *Las seguridad está peor, es cierto, pero no creo que a nosotros… Debe ser paranoia por el robo*. Asiente convencido: los Bennati son gente importante, bien querida, él y sus hermanos nacieron ahí, ahí han vivido y ahí han abierto industrias y fuentes de empleo; tienen amistades a los más altos niveles y quién sabe si en los más bajos también, algunos compañeros de la primaria y la secundaria pertenecen al cártel. No, no se va a contagiar.

15 al 20 de abril

Julia y César viajan a Las Vegas para celebrar su aniversario. Los casinos acogen los pasos con alfombras interminables, y las luces de las máquinas y los salones y los anuncios y los timbres y monedas inexistentes hacen que los días sean noches de fiesta. Asisten a dos variedades porque tal cantante y tal ilusionista; las chicas del coro de cuerpos perfectos y sonrisas plásticas van y vienen frente a ellos. Noches sublimes, emocionantes, y por la mañana el desayuno en la cama y el televisor trasmitiendo programas insulsos, acordes con la relajación; sin embargo ella se siente extraña, por momentos la invade una tristeza tan honda como inexplicable y debe encerrarse en el baño del casino, del restaurante o de la habitación para que César no la vea llorar, hasta que es él quien le pide que deje de esconderse, es obvio que llora, ahí está el maquillaje escurrido y los ojos rojos, qué tienes. Julia no lo sabe. Trae puesta esa tristeza y sospecha que se va a morir, ya hasta quiere dar instrucciones sobre la crianza de sus hijos. Terminan regresando antes de lo previsto.

24 de abril

Un proveedor no surtió una entrega de productos químicos y fue multado por el incumplimiento según se estipulaba en una cláusula del contrato, en respuesta levanta una demanda por un fraude de tres millones de pesos, pero no contra el laboratorio sino contra el gerente; se arregla con los judiciales para que detengan al doctor Bennati el primer viernes de mayo por la tarde, que le apliquen el sabadazo, es su venganza.

2 de mayo. 8 de la noche

Julia sabe que César ama su trabajo, a veces dan las diez y apenas va llegando a casa, pero esa mañana dijo que estaría con ellos más temprano para ir al cine o a cenar, lo que los niños quisieran, sin embargo ya son las ocho y ni un telefonazo. Llama a la oficina y se extraña de que responda Margarita, su hora de salida es a las siete. Cuando pregunta por su marido la recepcionista se pone nerviosa, saluda tres veces, dice que sí y que no. A ver, Margarita, a ver, dónde está mi marido, pregunta Julia tratando de permanecer tranquila, y entonces la empleada se desborda en explicaciones: que se lo llevaron unos policías, que sí, ya le habló al arquitecto, al licenciado, al abogado, a todo el mundo. Y se pone a llorar. Julia la calma mientras siente una gran interrogante entretejiéndose con la impotencia. *¿Policías? ¿Por qué, adónde? ¿Y yo, a quién llamo?*

3 de mayo. De 2 a 4 de la mañana

César está sentado en la única banca de las oficinas del Cereso esperando a que llegue el abogado con el amparo. Un ministerio público y un secretario integran el expediente para internarlo; intercambian miradas, frases entre dientes. Él percibe los acuerdos no dichos y sin que se lo pidan ofrece cinco mil dólares para que lo dejen ahí. Los empleados ríen socarrones y preguntan por el relojito, la pluma, el celular que, mira, es de los buenos, mi lic, tiene computadora. César vacía sus bolsas y les regala todo.

Al fin llega el abogado, trae una fianza por trescientos mil pesos. De nuevo las miradas dicen más que las frases entrecortadas de los empleados. Llenan documentos con parsimonia, hojean, cotejan y vuelven a cotejar hasta que parecen satisfechos. Devuelven las pertenencias con media sonrisa pintada, uno de ellos toma nota en el libro de gobierno y el otro se aleja con el celular en la mano. César se estira y exhala fuerte para desechar el ambiente turbio que se le metió al cuerpo.

16 de mayo. 6 de la tarde

Julia y César están en la sala de espera del aeropuerto de la Ciudad de México. Vinieron a ver a un doctor muy prestigiado porque ella sigue sintiendo esa pesadumbre que la opaca, pero el médico no ha encontrado nada físico, no es cosa de hormonas, es usted muy joven, dice, y ni siquiera la mandó a hacerse análisis; que retomara el gimnasio y la natación, y ante la insistencia del marido no tuvo más remedio que decir que padecía un cuadro depresivo, pero que él no era afecto a recomendar Tafil, que intentaran a través del ejercicio primero. Julia busca las razones que pueden estarla perturbando, no quiere apuntar al clima de violencia que siente ha empezado a envolverlos. *Se llevan a mi marido al bote, mi mamá dice que yo llamo a la mala suerte, Diosito no me des ese don, por favor. Qué absurdo, son las hormonas, el climaterio, seguro*.

18 de mayo. 11 de la mañana

Julia ha aceptado fungir como jurado en las competencias de atletismo interescolares. Sus hijas ganan primero y segundo lugar en cien metros planos. Ella siente una alegría tan grande que sabe que no podrá contener las lágrimas. *Hay que ver a otro médico, no quería ir a Houston pero…*

23 de mayo. 3 de la mañana

Toda la familia Bennati duerme, hace aire, tal vez algunas hojas provocan tenues silbidos al caer en la alberca, o tal vez es el viento que mueve el agua y la hace silbar. Algo toma a Julia de los brazos y la sacude. Se endereza asustada, busca qué pudo ser, va a las

recámaras de sus hijos, todo está en orden. Vuelve a la cama y logra volverse a dormir. Dos horas después la misma fuerza la sacude, pero esta vez la escucha: vete, vete. No puede salir del sueño ni quitarse las garras de los brazos hasta que de pronto la presión cesa. Abre los ojos, siente el sudor que humedece la pijama, se baña con agua fría. La vence el insomnio.

24 de mayo. 3 de la tarde

Toda la familia va en la camioneta rumbo a Isla del Padre, a la casa frente a la playa, la casa amada. El Güero y su esposa los alcanzarán al día siguiente. El vehículo está cargado de hijos, sobrinos, víveres, fruta, juguetes y algunos libros, hay que hacer un par de tareas, pero el sábado celebrarán el cumpleaños del Güero con una gran comilona, sesión de películas con palomitas y juegos de mesa hasta que se duerman los chamacos. Después a Julia le encantaría que los cuatro adultos se instalaran frente al océano a tomar una o dos botellas de vino mientras la luna recorre el cielo, mientras cada uno cuenta sus sueños… o sus inquietudes, hasta que se laven con la brisa y con el estruendo de las olas y se vuelvan simples nubes perdidas en tanto cielo. Ah, y el domingo no pueden faltar las gorditas surtidas, César siempre se ofrece a ir por ellas aunque esté crudo. *Tiene razón César, soy muy complicada, pero se acabó*.

26 de mayo. 2 de la tarde

Julia llega a recoger a los niños, hoy ni sus hijos ni ella se apuntaron en la rola porque llegaron de la Isla directo a la escuela y ella aprovechó para ir a hacer algunos movimientos bancarios, no tenía sentido cruzar y volver una hora después. Cuando ve venir a sus hijos ruidosos y sonrientes una nueva angustia repta hasta su pecho. *¿Por qué, Dios mío?* Hay un cumpleaños en el patinadero, ¿nos llevas?, piden poniendo esas caritas pícaras e inocentes que ella tanto ama; ahí les van a dar lonche, las pupilas llenas de estrellas. Julia asiente.

El abogado vino al laboratorio a que César firmara el documento para la devolución de la fianza; ganaron el asunto. Ya con los papeles en el portafolios, el litigante cuenta sobre una matazón en Matamoros, son los del cártel del Golfo, dice, el gobierno de Tomás Yarrington los dejó crecer y se le salieron de la bolsa. César está de acuerdo, no es sólo que le cobren piso a todos y tengan trescientas narcotienditas por toda la frontera de Tamaulipas, no es sólo que pasen treinta toneladas de coca y veinte de mariguana mensuales, como es vox pópuli, es la guerra entre los Zetas y el cártel a raíz de su divorcio, se matan entre ellos y salpican a quienes se atraviesen. El abogado consulta el reloj y se despide. Cinco minutos después regresa con gesto preocupado. Hay una Suburban muy fea afuera de tu oficina. No sé qué es pero ahí te

va: cuídate, dice, hace una señal con la mano y sale. César constata que en efecto hay una camioneta enfrente, se acerca al guardia y le pide que la vigile. Luego regresa a la oficina porque debe preparar un informe y las estadísticas para la junta con su padre y hermanos, ya tiene el contrato con la farmacéutica listo para envío. Siente que por fin van a levantar cabeza después de estar al borde de la quiebra.

26 de mayo. 6 de la tarde

A las cinco la angustia ya era un animal demasiado grande para el vientre plano de Julia, pero trató de distraerse conversando con otras mamás. Una hora después, no la convencen las caritas ni las súplicas, dije que no y se acabó. Cruzan por un puente de la Avenida Hidalgo, dan vuelta frente al Hotel San Carlos y tres cuadras más allá pasan por el laboratorio. *Qué raro que estén todos aquí, ¡ah, la junta!* Saluda al guardia y en la esquina descubre el vehículo negro; hay gente adentro pero ella no alcanza a verlos; disminuye la velocidad y distingue las caras, cree ver sonrisas maliciosas, miradas retadoras. La sensación de un baño de agua fría baja por todo su cuerpo. *Son esos, los que me seguían*. Las manos tiemblan, la boca es un desierto, casi detiene el vehículo. Toma el celular.

César está en plena junta pero atiende. Escucha cuando ella le dice: te están cazando. No sabe qué responder, Julia sigue: hay una camioneta espiándolos en la esquina, pélate, haz algo. Okey, chaparrita, responde y cuelga.

¿Okey, chaparrita? ¿No escucha, no entiende? Qué hago, Dios mío. ¿Me bajo? No, primero son mis hijos. Tengo miedo.

César se disculpa mientras piensa qué debe decirles a su papá y a sus hermanos en cuanto Guli venga con el expediente. *Pero qué*.

Julia pide a sus hijos que se abrochen los cinturones y se tapen la cabeza. ¿Por qué, mami? Hagan lo que les digo. Arranca a toda velocidad con el corazón acelerado. En cuanto los rebasa, los sujetos encienden el motor e intentan ir tras ella. *Me estrello contra el quiosco, pero a mis hijos no los tocan*. La furia tensa todos sus músculos. Por el retrovisor ve que los perseguidores frenan y se echan de reversa.

César está en la puerta del laboratorio, se da cuenta de que ya no sólo es la camioneta, también hay un carro con vidrios polarizados en la otra esquina y otro vehículo enfrente. Su papá y Marco se asoman por una bardita lateral, le parecen tan indefensos que quisiera abrazarlos. Córrele por los soldados, compadre, ordena al vigilante. Improvisaron un cuartel a cinco cuadras, pero dos segundos después la camioneta se clava en el estacionamiento y las puertas se abren. César va hacia don Claudio y lo obliga a entrar al laboratorio, corren por el pasillo, corren jalando puertas; en el archivo, dice alguno y entran. Abajo se escuchan voces, ruidos, carreras. La puerta se abre de una

patada. ¡Las manos! Grita el sicario, ¡las manos por delante! *Parece nervioso… ¿o drogado?* Cuando salen al pasillo se encuentran con trece jóvenes: chalecos, armas cortas, miradas torvas. ¿Quién es el profesor? No hay ningún profesor. Quién es Bennati. Todos, dice César. Los dos que parecen mandar se miran, el más gordo camina hacia César y le suelta un puñetazo en la cara. La sangre brota de la nariz y de la ceja y hace caminos que se encuentran en la mejilla para seguir hasta la barba, el piso empieza a mancharse, la camisa se pinta. El gordo hace señas y los sicarios los empujan buscando la salida. La recepcionista está debajo de un escritorio, un sicario se ha encargado de dejar la huella de sus botas mineras en ropa, brazos y piernas; en la calle César ve que el guardia está tirado junto a la caseta con la cabeza sangrante, no se mueve, pero no puede ayudarlo. También ve que son muchos más los jóvenes armados con traje tipo comando; carros por todos lados. *Un ejército*. Empiezan a subirlos a la camioneta cuando otro sicario sale del laboratorio empujando a Guli, lo golpea con la cacha. No les peguen, señor, son mis hijos, dice don Claudio. El gordo detiene la agresión con la mirada, incluso advierte. Empujan a Guli para que se acueste encima de ellos. César no resiste la tentación de ver su reloj, aprovecha mientras se limpia los caminos de sangre con la manga de la camisa. *Diez minutos, sólo han pasado diez minutos, como si todo hubiera sido en cámara lenta. ¿Y ahora? ¿Y mi papá?* Aprieta el Cristo que pende de su cuello. *No, no nos va a pasar nada, no nos va a pasar nada*. Tensa la mandíbula. *No debo reaccionar*, en este vehículo apestoso está su familia, y el ambiente es tan tenso que si alguien estornudara se desataría una balacera. *El gordo viene a hacer negocio, esto es un negocio*. Se repite y repite y repite mientras la pistola de un sicario de dieciocho años se encaja en sus costillas y una extraña calma domina su cuerpo. Julia llama a la oficina en cuanto llega a la casa… nadie contesta, la llamada se corta. Vuelve a marcar, nada. *¿Por qué a nosotros? Cállate, Julia, ave de mal agüero. Tienen que responder*. Enciende un cigarrillo, la náusea maromea en su estómago, jala aire, el olor de la impotencia se cuela en la sala. Toma las llaves de la camioneta, escucha a sus hijos, se mesa el cabello; marca de nuevo: al fin. La recepcionista parece histérica. Otra vez afirma y niega, trata de evadir, pero Julia no tiene la calma. Qué pasó, con una fregada. Se los llevaron, dice la mujer al otro lado de la línea, unos como militares; golpearon a todo el mundo y se los llevaron. A quiénes golpearon, a quiénes se llevaron. A don César… a su suegro. Julia sigue con el auricular en la oreja pero ya no puede escuchar, las imágenes se atropellan: judiciales, golpes, llevaron. El guardia quedó tirado. Armas, demanda. Para que le cosieran la cabeza. ¿Y ya le hablaste a la policía? Tartamudea. No, mejor al abogado. Ya, doña Julia, dijo que… Julia cuelga y lo llama. Que va para el juzgado y él le

marca en cuanto sepa algo. Julia no quiere soltar la bocina, al menos así siente que ayuda, tiene dos minutos con el zumbido en la oreja, deniega, cuelga. Entra una llamada, es su cuñada, pregunta qué van a hacer. ¿Cómo que qué vamos a hacer? ¿Dónde está Guli? La voz vuelve a llegar de muy lejos. Se lo llevaron, ¡se los llevaron a los cuatro! Julia ve cómo su cuerpo se hunde y luego se eleva, se ve en el espacio, las formas son miles de pequeños puntos que empiezan a dispersarse… ya no está.

26 de mayo. 7 de la noche

La Suburban negra da vueltas absurdas por el cinturón de Reynosa. El copiloto gordo exige las llaves de las tres camionetas y las del carro, exige las carteras, los relojes, los celulares, la cadenita del madreado, órale, ráyense; César intenta negociar, al menos que les digan de qué se trata. *Un secuestro, un comando muy profesional, a ver de cuánto estamos hablando*. La camioneta se detiene, el carro negro con vidrios polarizados frena junto a ellos y recibe todo lo de valor. Movimientos de cabeza, gestos, la camioneta arranca y el carro toma otro rumbo.

Desde la ventana de la recepción los empleados ven que un carro negro entra al estacionamiento del laboratorio, las miradas coinciden en la puerta cerrada con llave, la recepcionista corre a esconderse temblorosa cuando ve que del coche bajan cuatro tipos, los demás se agachan. El contador asoma la cara, ve que los vehículos de los Bennati arrancan a toda velocidad.

Se detienen por segunda vez, César cree reconocer la gasolinera, parece la del Estadio, pero no está seguro, es una noche bastante oscura. *¿Y ahora qué? ¿Qué quieren estos cabrones?* Las pistolas en las costillas impiden que los hermanos se muevan, dos tipos bajan al señor Bennati de la camioneta y se lo llevan, ninguno de ellos logra ver adónde, sólo escuchan las pisadas en la grava. César ve su angustia reflejada en el gesto de sus hermanos. Reclama, el gordo se gira en el asiento: tú cometiste un fraude, cabrón, ustedes son unos transas. Les vamos a cobrar los tres millones de dólares que se quisieron chingar. Espérate, yo no me quise chingar nada, el laboratorio tiene un proceso penal por tres millones de pesos, de pesos, ¿ubicas? No te hagas pendejo, pagaste en efectivo. La fianza, compadre, trescientos mil pesos; si quieres la fianza quédate con ella, ya me la van a devolver, pero son pesos, no dólares. La ansiedad es un bicho que se arrastra bajo la piel mientras César trata de que comprendan que tres millones de dólares no los juntan ni en veinte años, mientras escucha a Guli repetir sus palabras, mientras piensa adónde pudieron llevar a su padre, mientras con el brazo trata de calmar a Marco, que se remueve con la pistola aún en las costillas. A ver, dice el gordo, tráiganse al abuelo porque vamos a platicar. *¿Cómo supieron de ese proceso? Me late*

que el proveedor le vendió el asunto a la Maña. El chofer se baja de la camioneta, no se ve nada pero se escuchan las voces; alguien enciende un cigarro, César también necesita nicotina. Suben al señor Bennati y se ponen en marcha.

Julia juega con un cuarzo, sigue pegada al teléfono, lo mira atenta como si fuera a adquirir vida o a escapar. Quiso hacer yoga, pero no logra controlar el cuerpo y la cabeza anda a brincos por su cuenta; repasa las escenas de los hombres siguiéndola, sus risas cuando los vio junto al bordo, sus risas cuando pasó frente a ellos, los imagina riendo mientras golpean al guardia y a su marido y ya no sabe a quién más. *Ilumíname, Señor, necesito sobrevivir*. Sus hijitos juegan con los perros, gritos, ladridos. *Es que no sé cómo actuar*. Ha ordenado que nadie haga ni reciba llamadas, sólo ella. *Pero son policías o soldados o qué*. Enciende el televisor para ver si en el noticiero… *¿y si es una venganza? ¿Y si el tipo le vendió el juicio a la Maña? Estabas aquí y ahora dónde estás, en dónde te tienen. Lo van a golpear más, lo van a… no, a matar no. No puedo pensar eso*. Llama a la doméstica y le toma la mano, busca consuelo en los dedos ásperos, busca las palabras que se hacen bolas con el llanto. Se llevaron al señor, dice, y los ojos de mujer se van haciendo chiquitos, con la mano libre contiene las palabras. Que no se puede hacer cargo de los niños, que por favor cenen, la pijama, se acuesten. Por favor, Reina.

Todavía en la camioneta los esposan a unos con otros, les tapan los ojos. César no alcanza venda, así que lo cubren con un pasamontañas doblado y vuelto a doblar, un pasamontañas que huele a sudor y a mugre. Cuando al fin llegan a quién sabe dónde los hacen entrar, tal vez sea una casa, pasos inseguros, manos que se extienden en el aire. Una voz nueva pregunta si son ciudadanos americanos. César está a punto de decir que sí, sabe que la DEA y el FBI cuidan a los suyos, pero los gritos, las órdenes, las preguntas no dan tregua, no puede pensar si es conveniente decir que sí o que no. Nadie responde. Suben y bajan pastoreados, a empujones; tal vez un pasillo y otra orden: siéntense ahí. César toca una pared, ayuda a su padre, la alfombra es gruesa. Oiga, mi papá debe tomar medicamentos para la presión y la próstata, advierte a quien quiera que esté junto a ellos, si nos van a tener aquí está bien, pero si mi papá… Llega otra persona, una voz joven. A ver, abuelo, dígame lo que quiere. Se escucha que abre un cuaderno o libreta; pregunta cómo se escribe eso y lo otro y lo otro. La voz del señor Bennati suena tropezada. Una lista muy larga. Otros pasos; le jalonean el brazo para abrir las esposas y se llevan a don Claudio. César se arrepiente de haber abierto la boca.

La hija mayor llama desde su celular para hacerle una broma a Julia, que está tan nerviosa que cuando se da cuenta que es ella grita, regaña, explica que levantaron a su papá, levantaron a tu papá, y

cuando lo dice se le aprieta el estómago y tiene ganas de salir corriendo, de no estar, de no ser. La hija se asusta, llora, les dice a sus hermanos y ellos también lloran sin saber por qué, sin saber qué significa "ser levantado". Julia quisiera soltar el llanto como ellos pero no puede, tampoco explicarles, necesita sentirse entera y pendiente del teléfono. *Van a llamar, van a pedir rescate*. Suena el teléfono, es su hermano Vale: que se vaya de ahí, que se lleve a sus hijos porque van a hacer cambio de rehén, que llame a la policía, que explique cómo sucedió. Julia no puede, tiene miedo de que las líneas estén intervenidas. Cállate, baboso, no nos vamos a ninguna parte, éste es el único lugar seguro, dice y cuelga. Reza, da vueltas por el cuarto con la mirada fija en el teléfono. Marca, quiere saber si ya le dijeron a su suegra lo que está pasando. Que sí, que todos están nerviosos, que se vayan para allá. No, se empecina Julia, cree que van a llamarla, tiene que estar ahí, tiene que hacer algo, pero qué. Llama al abogado. Que no hay otra demanda y en el Cereso no están, que espere que la contacten porque, confirma, fue un levantón.

26 de mayo. 11 de la noche

Cuando César, Marco y Guli escuchan que el señor Bennati entra al cuarto les regresa el alma al cuerpo. Don Claudio suena tranquilo cuando explica que lo llevaron a un hospital, que el médico insistía en que se quedara porque la presión alta y la ansiedad, pero él dijo que tenía asuntos que atender, que le diera una receta y ya. Los dos sabíamos lo que estaba pasando y los dos decidimos callar, supone. César pregunta qué le recetó. Que todo lo que toma más Lexotán. Los plagiarios traen frutas, agua, sodas. Sólo don Claudio come, es muy metódico con los alimentos. De otros cuartos o quizá desde el pasillo llegan voces, música tropical, comunicación por radio, parte en clave y parte comprensible. *Ellos como si nada y nosotros en la antesala de la tortura*. Prenden el aire acondicionado. El tiempo empieza a convertirse en un signo de interrogación. *¿Aún es de noche? ¿Cuatro horas?* Los plagiarios parecen no dormir. Se oye un motor y cuatro o cinco muchachos que entran en tropel al cuarto de junto, parecen jubilosos, hablan de las compras que hicieron con las tarjetas de crédito de los Bennati, reparten los haberes incluidos los relojes, un par de anillos, los celulares y algunas cosas que sacaron de los vehículos. Alguien trae colchonetas y almohadas. César escucha la voz de Marco preguntar si los van a soltar, si pueden quitarse las vendas. La respuesta es una carcajada. Es que necesito ir al baño. Un chasquido, las llaves, los jaloneos de las manos esposadas. Después de él voy yo, dice César, y cuando al fin lo conducen al sanitario y entra intenta desprenderse el pasamontañas; siente punzadas en la cara, la sangre pegó el tejido a su piel. Tiene que echarse bastante agua y

levantar poco a poco, domar la tela, hasta que logra verse las heridas, el ojo hinchado, el derrame. El agua es un alivio, la acuna y mete la cara una y otra vez. Desde el baño se escucha mejor la comunicación por radio: hablan de un comando, de un operativo; tal vez llega olor a mariguana. Obedecen como soldados, se escucha que piden botas, chalecos, alguien quiere una batería nueva. Parece haber un encargado de los radios, otro de la ropa y uno de las armas. Cuando César sale del baño trae puesto el pasamontañas. Una voz amigable que lo espera lo conduce al cuarto, el aire acondicionado suaviza el calor que nace de las heridas. Apenas están esposando a su hermano cuando se abre la puerta con violencia. ¿A ver, a cuál pelao nos vamos a quebrar? Uno por día. ¿Son gemelos? Bueno, dos por uno. Lo levantan, la mano de Marco lo contiene, levantan a Marco también y luego le aplican una zancadilla a César, que se va al suelo y arrastra a su hermano; se golpean, de nuevo la cara. Los tipos se carcajean. Duelen las heridas. La voz amigable suena contenida, que ya, cabrones, ya saben que vienen recomendados, no les vamos a hacer nada. *Recomendados por quién, ¿por el gordo? De seguro en cuanto amanezca le pone números al rescate*, piensa César aliviado, *¿pero hasta cuándo va a amanecer?* Se oyen motores, voces, ruidos de armas, gente subiendo, saliendo; cuando arranca el último carro la casa empieza a sumirse en el silencio. César percibe la respiración tranquila de su padre, Guli ronca suavecito, Marco alarga la mano libre para oprimir su brazo en un gesto solidario.

Julia se puso la pijama como si cumpliera un ritual y se desmadejó en la cama desde hace un rato, pero no puede cerrar los ojos; reza, ve la imagen de la virgen y suplica. El colchón es demasiado grande, demasiado frío. Apaga las luces. *¿Cómo es posible que yo esté acostada y no sepa dónde estás? ¿Y si te siguieron golpeando? No debo decir eso, no debo. ¿Pensará en mí? ¿Podrá escuchar lo que pienso si lo hago con mucha fuerza? No te des por vencido, amor, no te voy a abandonar*. Se corre al lado donde duerme su marido para no sentir el hueco. Se abre la puerta y asoma la carita de la hija mayor, atrás vienen los otros, todos se meten a la cama, la abrazan, buscan su regazo, le acarician el pelo con manitas torpes; preguntan, preguntan. Julia sabe que no debió hablar del secuestro, que no tienen edad, que no puede responder a sus preguntas, que no puede dejar correr su tristeza. Si pudiera cantar, si pudiera…

27 de mayo. 6 de la mañana

Hace apenas un rato que los niños se quedaron dormidos. Julia se levanta decidida a poner su mejor cara, expresión de optimismo, tratará de aligerar el ambiente con un buen desayuno. Va a la cocina, destapa la jaula, el perico hace sonidos guturales mientras las pupilas

se empequeñecen, luego ladea la cabeza, va y viene. ¡July!, ¡mis semillas! Es el saludo mañanero, ella no puede evitar una sonrisa triste. *Señor, que hoy llamen*. Pone café: que sus hijos no vayan a la escuela, que no salgan, su casa es la fortaleza, ahí nada les va a pasar. Mira las paredes, el jardín al otro lado de la ventana, la alberca, aspira a todo pulmón el olor conocido de la casa mezclado con el aroma del café, se siente abrazada.

César despierta, el ardor es más intenso o persistente. Pide ir al baño, se quita el pasamontañas y observa las heridas, algunas zonas no están cicatrizando, no quiere que se infecten, no quiere pedir alcohol ni gasas. Vuelve a lavarlas con agua y jabón abundante, soporta el dolor. Orina descansando los ojos de tanta oscuridad. Piensa en su casa y en los suyos, el ácido viene a morderle el ánimo, mejor no imaginar el cuerpo de su mujer junto al suyo, la pereza mañanera de los niños, el reclamo del perico, los ladridos de los perros. *Hoy se resuelve*; *y ese maldito proveedor… se las voy a cobrar*, asiente. Vuelve a ponerse el pasamontañas, pero cuida de buscar en la tela una zona sin sangre.

27 de mayo. 7 de la mañana

El timbre sorprende a Julia, que navega en conjeturas. Ve cuando la doméstica sale de su cuarto recién bañada y va a abrir. Es un empleado del laboratorio. Julia lo hace pasar, le invita un cafecito. ¿Sabes qué?, dice preocupado, anduve investigando y fue la Maña, ya ves que cobran venganzas; son los Zetas los que se llevaron a tu familia, y esa gente está muy difícil. Los pensamientos son rayos que cruzan por la mente de la mujer: *Investigando con quién, qué nexos tiene él con el narco, ¿no será él quien les puso el dedo?* De acuerdo, son los Zetas, ¿quieren dinero? Cómo voy a contactar con ellos. No sé, dice el empleado y agacha la cara con pesadumbre. *No, no está involucrado*. El timbre suena de nuevo. Voces. Otra vez el timbre, el timbre. En un momento la cocina se llena de gente, las mamás de los compañeros de sus hijos, una señora del gimnasio, un par de vecinos; dicen que pueden buscar a, o que ya hablaron con el secretario de, y el comandante de, no falta la que ya le encargó al presidente municipal. Hay que poner la cafetera grande y traiga galletas en un platón, pide Julia a la doméstica y los invita a pasar a la sala. Diez minutos después el optimismo es una nata gris, la mayoría de los presentes opina que las cabezas del gobierno están involucradas con el narco, que nadie es confiable, que no tiene caso seguir buscando ayuda. El vecino suelta indignado que el gobernador preguntó: ¿Bennati?, ¿no lo metieron al bote hace un par de meses? ¿Por qué se acuerda tan bien del asunto? Julia ya no habla, observa y desconfía de todos: de los políticos, de los abogados, de los vecinos, de esas señoras, incluso del

magistrado que vive junto a ella. *El que no está involucrado sabe quiénes y en dónde, ¿y si acudo a los soldados? ¿Y si los Zetas se enteran y los matan?* Los minutos se vuelven horas, unos se van y llegan otros que ofrecen llamar a fulano y mengano, incluso al mismísimo presidente de la República. Suena el teléfono. Es su cuñada, alguien trajo un nextel para que los plagiarios se comunicaran. ¿Alguien quién? Alguien que se lo dio a alguien, no importa… deja que te cuente: cuando sonó el nextel un voz neutra les dijo que no se preocuparan, que los Bennati ya estaban negociando, así que necesitas estar aquí mañana, van a volver a llamar al medio día. *Están vivos, gracias, Señor*.

27 de mayo. 8 de la mañana

Don Claudio pide una manzanita, es la hora del desayuno, el estómago no perdona. Minutos después el sicario pone en sus manos un refresco de manzana, Don Claudio suelta una carcajada. César sonríe, *qué bueno es el Lexotán*, piensa. Una vez hecha la aclaración los sicarios traen fruta. Alguien come, tal vez el papá y alguno de los hermanos. Hablan de cosas intrascendentes para empujar el tiempo. A lo lejos suena un programa televisivo mañanero. César no tiene hambre, lo único que desea es que el jefe de ese comando les ponga precio. A ratos le preocupa que no haya manera de pagar el rescate. ¿Hasta cuándo vamos a estar aquí? Pregunta ansioso sin saber si alguien escucha. La voz amigable responde que el jefe trabaja de noche y duerme de día, que tomen las cosas con calma, que tal vez sea hoy mismo, por la tarde… o poco más.

27 de mayo. 2 de la tarde

César teme que don Claudio haga conciencia de su situación, que se ponga nervioso o desesperado o que cualquier cosa lo altere y eso repercuta en su salud. Ya le ha explicado las ventajas del ISO 9001, las inconsistencias que encontró en el balance, ya le hizo un resumen del informe; Guli y Marco también han ampliado la conversación, César no sabe si su sentir es el de sus hermanos, pero interpreta que la necesidad de fuga es un estado lógico porque el timbre de sus voces es inusual, lo mismo que el modo en que van de un punto a otro y luego vuelven; salvo que los temas del negocio ya se agotaron, o al menos su padre no parece desear que se ventilen ahí. Entonces a César se le ocurre pedirle que cuente del nacimiento de Zeus, y el señor Bennati empieza a platicar sobre el héroe mitológico: el oráculo percibía la voz de Zeus a través del rumor de las hojas de las encinas sagradas, dice, Zeus es el padre de la humanidad. Y cuenta sobre el prodigio de su nacimiento, cuenta de Rea, su madre, abatida al ver a su marido engullir a cada recién nacido. El oráculo había advertido a Cronos que sería destronado por uno de sus hijos. Así que cuando llegó el tiempo

del alumbramiento de Zeus, el último de sus hijos, ella recurrió a sus padres para salvar a su vástago. César escucha que algunos pasos se acercan, escucha que se sientan y que entran más, tal vez a oír la historia. Su padre tiene el don de narrar, él mismo vuelve a encantarse a pesar de haber escuchado los cuentos de Homero cincuenta veces. Gea dio a luz en una caverna profunda del monte Egeo y su madre envolvió en pañales una roca y la ofreció a Cronos, que la engulló al instante…

27 de mayo. 7 de la tarde

El silencio una vez más, el silencio con todo su peso y su fuerza… tal vez los sicarios dormitan o no hay nadie. *¿Y si se hubieran muerto? Qué pendejada*. Contra lo esperado, el jefe no dio señales de vida en toda la tarde y la espera fue creciendo. César siente ganas de levantarse, de buscar la puerta a tientas, el corazón golpea su pecho. ¡Por favor no!, pide el guardián como si leyera sus pensamientos. Qué, qué pasa, pregunta don Claudio, y César siente la inquietud de sus hermanos. Nada, tranquilos. Otra vez ese silencio, hoyo negro.

Al fin se escucha el motor de una camioneta, tal vez sea él… pero no, son dos o tres muchachos que traen platos de carne asada, salsas y un tambache de tortillas. La voz amable, el guardián, levanta un par de centímetros las vendas. El aroma de la carne se mete por los sentidos, los Bennati se dan cuenta de que están hambrientos, tienen más de veinticuatro horas con el estómago vacío. Comen sin pensar, sin hablar, se comen la espera, la impotencia, se aturden con el picor de la salsa.

27 de mayo. 10 de la noche

Un hombre que no es el guardián ha estado conversando con los Bennati. Empezó diciendo que ya habían confirmado lo de la fianza y que tres millones de pesos eran buenos, pero insuficientes; que por el momento ellos no planeaban hacerles nada, pero si querían que los soltaran tenían que llegarles al precio. Y el precio resultó exorbitante. Llevan más de una hora en el estire y afloje y a cada propuesta la voz se vuelve mordaz. ¿Eso valen los cuatro? No me chinguen. ¿De veras quieren irse? Ya sabemos cuánto tienen, cuánto valen sus casas, sabemos cuáles están hipotecadas, cuánto hay en sus cuentas bancarias. Súbanle… súbanle… o piénsenle y mañana hablamos. Y los Bennati murmuran y hacen números sobre lo que pueden vender o conseguir rascando más allá de lo suyo. Al final no llenan las expectativas del hombre y éste se va ante la frustración de los hermanos, que no disimulan el coraje, la incomodidad de seguir esposados unos a otros, las ganas de bañarse, las ganas de estar lejos de ahí. De pronto César ve más allá de esas paredes: ¿son sólo ellos los

que están negociando o también pretenden extorsionar al resto de la familia? ¿Quién les informó sobre las propiedades y las hipotecas? ¿Quiénes están en la nómina de los secuestradores?

Julia sigue encerrada con sus hijos. La tarde se ha hecho tan larga que cada vez que consulta el reloj piensa que está parado, que se le acabó la batería, que… Una vecina la llama por teléfono para decirle de un jeep estacionado en la esquina desde hace muchas horas, puesto a modo para ver su casa y los movimientos. Corre a la ventana del estudio: sí, ahí está, son cuatro tipos. Siente ganas de insultarlos, de aventar algo, de gritar hasta quedarse afónica. *Qué me importa, que les salgan raíces*. No piensa salir. Mentira, debe salir al día siguiente, el nextel está con su suegra y ella necesita escuchar, porque César es su marido, su marido también está secuestrado, pero cómo salir sin que vean que deja a sus hijos, cómo salir sin que la vean. Sólo que se brinque por las azoteas. Está recostada sobre la colcha imaginando los movimientos, los implementos para trepar, las instrucciones para Reina. Sabe que no será capaz de conciliar el sueño, así como tampoco ha sido capaz de comer desde hace treinta horas o más. Se escucha la televisión del cuarto de las niñas, parece que ellas tampoco tienen sueño. La atmósfera de la casa es opaca, se atrevería a asegurar que ella y sus hijos disimulan sus angustias para no preocuparse mutuamente.

28 de mayo. 12 del día

Los Bennati concluyeron que no pueden reunir más de dos millones de pesos. Marco y Guli tienen las propiedades gravadas desde 2001, cuando el acto terrorista de las Torres Gemelas llevó el laboratorio casi a la quiebra, César acaba de liquidar la hipoteca pero no la ha liberado, así que no hay manera de negociar más allá de eso. Están listos para ofrecer, a ver a qué hora despierta el jefe, a ver a qué hora llega. *Si saben todo sabrán que no hay de dónde sacar más*. Entra uno de los sicarios jóvenes, pone unos audífonos en los oídos de César y dice: ¿ya viste?, está bien cagado. Quiere que escuche la melodía. Él toca los cables y reconoce el aipod que le acaba de regalar a su hijo menor. Traga saliva para no llorar, la carita del niño se refleja en el pasamontañas, siente que tal vez ya no vea a sus hijos ni a Julia, el cuerpo se le enjuta, el desánimo logra abrir una rendija que crece, y tiene que aguantar la música retumbándole en los oídos.

Julia da instrucciones a la sirvienta y al chofer, que si los tipos que están en ese jeep se acercan o tocan o hacen movimientos extraños se salten con los niños por las azoteas, como ella lo va a hacer, para salir por atrás. Quiero las puertas cerradas con llave, todas, las ventanas igual, no se asomen ni saquen a los perros ni le abran a nadie. Y me llama por teléfono cada media hora, Reina, o antes si necesita algo.

Desde la azotea ve la ciudad, el bordo y el jeep. La rabia es una bocanada de fuego que arde en el pecho.

28 de mayo. 2 de la tarde

Los vecinos, las amistades, los empleados llevaron charolas con fruta, con bocadillos, veladoras, oraciones impresas, abrazos fuertes, notas, cartitas. Cuando Julia llega a casa de su suegra comprende que todo Reynosa sabe que secuestraron a los Bennati, ¿por qué, si no lo han dicho en las noticias? ¿Porque fue a la luz del día y con lujo de violencia? ¿Porque ya se sabía que lo iban a hacer?

Le presentan a un negociador profesional, acaba de llegar de Houston para ayudarles. Ella reconoce que la idea de traerlo es muy buena, *alguien que sea objetivo y sepa lidiar con esta gente*. Julia sigue sin poder comer, incluso rechaza una copa de vino, quiere estar alerta; observa a todas las personas, *parece velorio*, hablan entre dientes, con suspiros nerviosos, encomendando a Dios a tan buenas personas, unas tragan sin parar, otras beben demasiado y no falta quién diga que eso les pasó por andar ostentando; incluso un ex socio del laboratorio viene directo hasta Julia para decir: es que tu marido no paga sus deudas, le debe a mucha gente. Ella no alcanza a contenerse, ¿quién no paga?, ¿mi marido o el laboratorio? Y según su lógica, ¿si alguien tiene deudas hay que secuestrarlo? Da media vuelta y deja al hombre pensando en la respuesta. Se acerca a sus sobrinos, juegan como si fuera domingo, es obvio que no saben nada. Llama a su casa, la doméstica dice que ve a la niña chica muy nerviosa, mal, pues, señora. En un rato voy. Siente ganas de salir corriendo, no encuentra su lugar, pero tiene que involucrarse, porque si las cosas no funcionan en familia tendrá que actuar por su cuenta; las cuñadas y su suegra ya están aleccionadas, ya saben quién va a hablar y qué debe decir. Suena el nextel y todos callan, alguien pone el altavoz. *Ésa es la voz del secuestrador, ésa es la voz*. Nosotros somos personas de palabra, somos caballeros. Vamos por los tres millones de dólares. La familia intercambia miradas de sorpresa, deniegan, se escuchan llantos, a Julia le da un vuelco el estómago, tampoco puede contener las lágrimas, reza con fervor, quisiera tocar el corazón del tipo. No tenemos ese dinero, balbucea la cuñada. Pues yo no sé; quiero ese dinero y rápido. Y mucho cuidado con querer pasarse de listos, tenemos socios en todos lados. Oiga, mi suegro toma medicamentos y… Esperen otra llamada. Y cuelga. ¿De dónde vamos a sacar ese mundo de dólares? Están derrotados, exhaustos, mudos. El negociador trata de calmarlos, intenta traducir o leer de otro modo. Nadie escucha. Julia no logra tranquilizarse, quiere hacer reiki, el mundo se derrumba, la ausencia de César duele. Vuelve a sonar el nextel. Se miran, la cuñada responde. Y no queremos que conteste usted, ¿me

oyó? Necesitamos hablar con otra persona, mejor con un hombre.

El negociador les indica que despidan a todas las visitas, sólo debe permanecer la familia inmediata. Por qué mencionaron esa cantidad, pregunta el profesional, Julia supone que es la fianza por trescientos mil pesos, el asunto del proveedor, la demanda fue por tres millones, tal vez están confundidos entre pesos y dólares. Los secuestradores siempre exigen mucho, explica el profesional, apartan a los rehenes para negociar por separado. Les sugiere que analicen su capacidad económica para saber hasta dónde. Él está ahí para ayudar con la negociación.

28 de mayo. 8 de la noche

Julia llega a su casa exhausta, el jeep sigue vigilando. Lo único que se le ocurre para tranquilizarse es encender otro cigarrillo. Los niños le piden que duerma, ofrecen cuidar el teléfono, pero ella sabe que es inútil, *no puedo, tampoco comer ni pensar*, que mejor cenen todos en la mesa, ella ya comió con su abuelita, pero los acompaña. Acaban de sentarse cuando suena el teléfono y Julia se asusta tanto que por un momento no quiere contestar. Es la abuela Mirna, mami. Le pregunta por qué no ha llamado. Julia ve cruzar toda la historia y no logra tomar la punta. Calla lo que pasa y su madre piensa que está enojada, por qué. No, mamá, estoy a punto de bañarme. Cuelga. Ya habrá tiempo de explicar.

Los Bennati oyen la voz que exige, que pide más y más como en una pesadilla, que amenaza y ablanda, que aprieta y suelta. Quiere el gran botín. Qué más tienen, qué más, no olviden la casa de Isla del Padre. *Saben de mi vida más que yo, puta madre, quién les informa*. César percibe que don Claudio empieza a sentirse desesperado, sobre todo a raíz de una mancha de sangre que descubrieron en la alfombra, una gran mancha de sangre medio lavada que Guli vio cuando les permitieron comer las carnes asadas con las vendas un poco arriba; antes de dormir se acercó a César para decírselo en un susurro, él se lo dijo a Marco no sabe ni por qué. Estaban en una casa de seguridad en donde esos sicarios habían asesinado a alguien; corrían el riesgo de morir, el mismo riesgo, pagaran o no, y él hubiera querido tener millones, pero no los tiene, y no halla qué más decirle al hombre que parece un subastador de vidas y que termina amenazando: hay un carro que vigila cada una de sus casas. Sabemos todo de sus familias. Piénsenlo bien, es la última oportunidad. Cuando se cierra la puerta, César escucha un resoplido en la habitación, no es de alguien de su familia, es del guardián; se enciende el motor de un vehículo y después de eso el silencio se vuelve una mala hierba que repta. César no quiere volver a pensar en sus hijos, no quiere pensar qué pasaría si faltara, no quiere pensar que pudieran hacerle daño a los suyos.

Habla, papá, cuéntame algo, o tú Marco, digan algo, es importante que hablemos, que estemos unidos. Mejor rezamos, hijo, Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y la Tierra… El guardián chista: espéreme tantito, señor, aquí Dios no los va a salvar, aquí los voy a salvar yo, dependen de mí, así que guárdense los pinches rezos. Lo dice con la misma voz calmada pero firme, no es una petición sino otra amenaza. César busca su crucifijo. Se lo quitaron. Le pide a su papá un Lexotán y se encomienda a Dios en silencio, le explica que tiene que apostarle a alguien más arriba de él, que perdone su soberbia, necesita estar en sus manos. Y visualiza las manos de Dios extendidas hasta que lo vence el sueño.

29 de mayo. 6 de la mañana

De nuevo el ritual de destapar la jaula y poner café mientras el perico pide sus semillas, llama a Reina y suelta una carcajada. Julia no quisiera moverse de su casa, en realidad descubre que ya no quiere moverse, que desearía volver a la cama, tal vez consiguiera dormir o juntara fuerzas para partir convertida en humo y rescatar a su marido. Sale al jardín y se mece en un columpio, debe ir con su suegra para ver qué instrucciones les va a dar el negociador, pero quiere permanecer ahí, meciéndose. Insulta a los Zetas, al laboratorio, a Reynosa, al gobierno corrupto, al cártel del Golfo, insulta, insulta y luego vomita.

César ve sus heridas en el espejo, punzan, tienen pus, las exprime hasta que sangran y las lava. De algún lado llega el olor a mariguana, esta vez es bastante fuerte; deduce que los soldaditos no se han acostado, tal vez pasaron la noche en operativos y ése es su desayuno. Piensa que durmió mejor que nunca en toda su vida, que durmió sin estar alerta, sin oír, sin miedo, y tal vez por eso ve muy claro que están en manos de un grupo de sicarios irresponsables como niños, que igual se les va un tiro o tiran a matar, por divertirse o por obediencia. Debe pensar en algo para que los suelten. La única propiedad sin gravamen es la de su padre, el hogar de la familia, si siguen con la presión él terminará ofreciéndola. *¿Habrá manera de liberar mi casa a la distancia?* Cuando sale del baño trae el pasamontañas mal acomodado para no presionar las heridas, el guardián que lo espera en la puerta se da cuenta en seguida y mete los dedos entre tela y frente para bajarla y cubrir los ojos, pero al hacerlo César echa una ojeada rapidísima al cuarto y descubre una cámara de vigilancia. *Nos ven hasta cuando dormimos, cabrones*. El cuarto pesa, huele a muerte.

29 de mayo. 2 de la tarde

A pesar de la recomendación del negociador otra vez hay demasiada

gente en la casa de sus suegros, todos quieren involucrarse, todos saben y opinan. Julia siente que la están dejando afuera, que se vuelve equilibrista y brinca azoteas para estar ahí y no toman en cuenta sus observaciones. Suena el nextel, todos se callan, esta vez el tío responde, él será el vocero. Okey, okey, qué más me vas a dar. Ya juntamos lo que había en los bancos y ya se llevaron las camionetas. Okey, súmenle la fianza. Quiero las facturas de los autos y Jazmín 90. ¿Me oíste? Jazmín 90. Las dos palabras quedan vibrando en el aire, todas las miradas convergen en Julia. *¡Mi casa!* Piensa que no es verdad, no quiere que sea verdad; el mareo la hace buscar un apoyo. No, no está liberada, César no ha recogido la carta en el banco, el notario no ha inscrito… El terror se le sube por la tráquea. Imagina su espacio mancillado, la caras de los sicarios se meten por las ventanas. Con razón el jeep. Tiene que sacar a sus hijos inmediatamente. Sale sin despedirse.

Mientras maneja llama por el celular: Güero, necesito tu ayuda. Mamá, te necesito. Pero a ver, July, explícame, cómo te van a quitar tu casa, cómo. Ahorita no tengo tiempo, ma. No me cuelgues, ¡Julia! Necesito tu ayuda, ma, ¡por favor! Entra a la sala, dice que se alisten. Los niños la rodean, quieren saber a dónde van, por qué se van. ¿Ya no puede ser nuestra la casa? En ese momento Julia ve su futuro sola y se aterra, no sabe de adónde sacar fuerzas. Que se vistan rápido, las pijamas, también las mochilas. ¿Puedo llevar mi…? No sabe qué responder, las voces son mímica. Asiente. Mira a sus hijos que obedecen concentrados, no comprenden nada.

Se escucha el claxon, es su hermano, sube a sus niños a la camioneta y toman la avenida, el Güero va atrás de ellos. El jeep arranca para seguirlos, Julia ve por el retrovisor que el tipo al volante ríe, acelera y se les empareja: son cuatro, pero no hay gente en la línea y el Güero se mete entre ellos y su hermana, los sicarios quedan atrás de él. Llegan rápido al Cruce Internacional, cuando le toca turno al Güero le dice al oficial de migración que esos sujetos parecen criminales y los vienen acosando. El jeep queda atorado. Se encuentran en un estacionamiento. Julia abraza a su madre y le deja a los niños. Tiene que regresar a casa de su suegra. Le cuesta mucho pero se resigna, *si eso vale César que se la queden*. Los dos secuestradores encargados de traerles de comer se quedan a conversar con ellos, son jóvenes, ofrecen cocaína o anfetaminas, les parece rarísimo que no quieran ni tantita mota, pueden conseguir lo que sea; quieren saber cuántas amantes tienen, qué lugares del mundo conocen y de paso que les enseñen a manejar ese aipod tan chiquito y bien chingón. Como el guardián no está los jóvenes se relajan, cuentan chistes, bromean, y uno menciona que piensan dejarlos ahí como dos semanas, que mejor ya les den todo para que los suelten. *Mi papá no*

va a aguantar y a mí me va a partir la madre si…

29 de mayo. 4 de la tarde

El negociador pide una vez más que se vayan todos los que no tienen relación directa, cuando al fin se quedan unos cuantos pregunta quiénes son esposas, de quién es esa casa, qué están haciendo ahí. Mira a todos a los ojos, éste es un caso atípico, dice, ésas personas no son secuestradores profesionales, puede que esto dure dos días o dos meses. *No voy a resistirlo*. Quiero un comité de cuatro personas, sólo cuatro, remarca y vuelve a recorrerlos con mirada sagaz. Julia se apunta, el tío y su esposa, el hermano de su cuñada y el negociador. Una vez definido el comité, los invita a que crucen la frontera, que abandonen el país, ¿pueden? Con un familiar, renten departamentos, lo que sea, pero es preferible que nadie de ustedes quede vulnerable, al día siguiente pide ver al comité en un centro comercial de McAllen a las nueve de la mañana. ¿Quién va a llevarse el nextel? Hay una gran movilización familiar: deben hacer maletas, los hijos, ajustes de quién en dónde, la suegra se angustia, ése es su hogar, mira a todos lados sin reaccionar hasta que la esposa de Marco la abraza. No hay remedio.

29 de mayo. 6 de la tarde

Julia llega a buscar una maleta grande y mete ropa, cree que sabe lo que hace: ropa de los niños, ropa suya, de César, zapatos, el vestido para la graduación. Cierra la maleta con esfuerzo, la arrastra y en la puerta percibe un rumor: ésta es tu casa, tus rincones, tu fortaleza, estás saliendo de tu casa y ya nunca vas a volver. Siente que se desvanece, le falta el aire, la pared se desdibuja. Reina viene a sostenerla, la abraza, las dos lloran en silencio. Le encargo mucho a los perros y al perico, por favor, le voy a mandar cajas para… Julia ya no puede seguir hablando, cómo decirle que debe empacar sus recuerdos, sus ilusiones, toda su vida.

Las lágrimas no la dejan ver, sólo sigue las luces del carro que la precede en la línea. Una pelota dura en la garganta. Aspira profundo para contenerse y maneja y maneja hasta llegar a casa del Güero. Toca, no le abren, no le conocen la voz, soy yo. Salen los tres niños para abrazarla, la miran expectantes: ¿y mi papá? *Cómo les digo, qué les digo*. Yo les voy a devolver a su papá, se los prometo.

29 de mayo. 8 de la noche

De nuevo la presión: qué más, qué más nos vas a dar. El tono burlón. Qué más, abuelo. *Quieren su casa. Chingue su madre, yo les doy la mía, al cabo si salgo de ésta en mi vida vuelvo a pisar Reynosa. Que se la queden, que se la metan*. Ahí está Jazmín 90, te la doy, güey, ya

estuvo. Ándale, ya nos vamos entendiendo, ¿ves como sí podías? Dice la voz y abandona el cuarto. Ninguno de los Bennati habla, tal vez por la sorpresa. Diez minutos después llegan otros sicarios, quieren armas, joyas, zapatos. Ya, hombre, no estén chingando, dice el guardián, pero no le hacen caso, quieren cámaras, aparatos, qué más, qué más. Bocas ansiosas. *Les voy a partir la madre*. Que ya, chingá, órale, a sus negocios. *No, mejor que sigan hablando, es mejor cualquier cosa que el silencio. El silencio duele. La espera es morirse poco a poco*. Don Claudio se levanta y a tientas se desliza por la pared, tal vez busca la ventana, se oye sofocado. César quiere ir con él, está a punto de quitarse la venda, necesita tranquilizarlo, *¿y si me matan?, ¿y si nos matan?* Los sicarios leen sus pensamientos, se adelantan a ellos. *Pero ni modo de quedarme sentado*. Busca la pared para seguir a don Claudio. Quítate la venda, abuelo, pero nada más tú. César se detiene y su cuerpo gira hacia donde nace la voz. *Gracias, como quiera que te llames, gracias*.

La madre de Julia no entiende que alguien pueda quedarse con una casa de un día para otro si los trámites notariales son tan lentos, tardan como dos meses, dice. Julia no puede explicarlo porque no lo sabe. O sea que cómo, pregunta una y otra vez, con qué papeles. Conjeturas y vuelta a la pregunta. Julia está a punto de reírse pero mejor insulta a los Zetas para mitigar la impaciencia. El Güero quiere ayudar, en qué, ella responde que en nada, absolutamente en nada, y en ese momento se da cuenta de que está inerme, no tiene ningún control, ni siquiera de sus emociones; un dolor profundo se regodea en el vientre, ya no puede hablar. Sabe que tampoco hoy logrará dormir ni comer. *Me echaron de mi espacio, de mi fortaleza… me echaron de mi casa y de mi país. Me dejaron sin país, éste es el inicio del destierro… nunca voy a regresar a México*.

30 de mayo

Julia abre la maleta y se da cuenta de que empacó puros vestidos de fiesta, no hay ropa interior, no hay ropa para el diario, no trajo cepillos de dientes. Se da un largo baño y la esposa del Güero le presta jeans y una playera. Cuando ve su rostro en el espejo descubre una máscara gris con ojeras profundas y pómulos marcados, envejeció cinco años. No puede darse el lujo de sentir pena por esa que la ve en el espejo. Toma las llaves de la camioneta y sale.

En el centro comercial compra cepillo y pasta y busca con urgencia un baño dónde lavarse, la boca le sabe a adrenalina, a nicotina, a llanto. Llega al lugar de la cita veinte minutos antes y mientras espera recibe una llamada en su celular, es Goyo: que robaron en los laboratorios: las computadoras, los químicos, la cámara que acababa de comprar don César, que se llevaron hasta las gorras y el refrigerador, que si llaman a la policía o qué. Julia le pide que cierren,

que no le hablen a nadie, que no denuncien, que se vayan a sus casas, ellos los llamarán. El corazón se le estruja. Unos minutos antes de las nueve se juntan los cinco, Julia les da la mala noticia, hay reacciones, coraje, pena y resignación forzosa, ahora lo importante es la vida de los Bennati. El negociador explica y da instrucciones, el tío debe hablar despacio y controlado. Son casi las diez cuando entra la llamada: Entonces ya quedamos, los papeles de los coches, los prediales y todo lo de la casa, la credencial del IFE del doctor y los dólares en efectivo, en billetes de veinte y fajillas de dos mil. El negociador anota lo que hay que preguntar y pasa la hoja. Les doy las instrucciones a las doce, esperen la llamada. Otra anotación. También a las doce les digo quién va a llevar el paquete. Cuando el secuestrador cuelga empiezan las hipótesis ¿y si sólo sueltan a uno o a dos o a ninguno? ¿Y si matan al que lleve el dinero? ¿Y si alguno está herido? ¿Y si luego exigen más? Una pregunta desata otra y ésa hace que brinque otra y luego otra. La imagen de los Bennati heridos o muertos es un fantasma que se queda atorado en las gargantas, nadie se atreve, es llamar al mal, mejor ocuparse en decidir quién va a llevar lo que piden, una nube negra sobre ellos, roces, histeria, alguna indirecta que se vuelve directa y es respondida con violencia, hasta con insultos. Es el miedo, la desconfianza, la impotencia, es la necesidad de fugarse. El negociador deja que se desahoguen y luego pide calma, explica que es obvio que los tipos quieran cerrar el trato rápido, tal vez porque hay indignación en la gente, porque hay presiones sociales y políticas sobre ellos. Los Bennati dan trabajo a muchas personas, pertenecen a la ciudad y todos los conocen. Zetas o no, se están poniendo nerviosos, dice, así que hay que aprovecharlo y cerrar la negociación. *Virgencita que sea verdad, por favor cuídalo, cuídalos*. Pero el profesional advierte: en los secuestros no hay garantías, pueden incumplir; sin embargo creo que van a liberarlos, a los cuatro. Una llamita de esperanza busca cobijo en Julia y ella quiere arroparla, quiere creer, quiere…

Sacan a César de la casa de seguridad esposado y vendado, cuando la camioneta está lejos le quitan el pasamontañas. La luz duele en los ojos, los aprieta para dejar que entre en rendijas, al fin ve que sus acompañantes son cuatro babosos armados hasta los dientes.

Las instrucciones precisas llegan a través del nextel: ellos irán guiando al mensajero por teléfono, así que tendrán que darle un celular, y ya cuando reciban el paquete les dirán en dónde van a soltar a los rehenes. ¡Que ni siquiera piensen en llamar a la policía!, ¡y que el mensajero no quiera verlos!, que no les busque la cara porque ahí se rompe el trato y les meten cuatro plomazos a los Bennati.

César y sus vigilantes llegan a una gasolinera. Un hombre flaco, de traje, se presenta como el licenciado Ponce y saluda ceremonioso.

César está a punto de soltar la carcajada: cuatro días sin bañarse, la barba sucia, la camisa rota y llena de sangre, las heridas de la cara con pus. Estoy muy bien… ¿y usted? Venga por acá, responde como si nada, la sonrisa en su lugar; ahora van en otro carro con dos narcojuniors que parecen desarmados. La idea de abrir la puerta y salir corriendo cruza por su mente, pero no, su papá y sus hermanos siguen allá, la razón está peleada con el sentimiento, piensa en los años que se ha partido la madre para construir su casa, la que es de sus hijos, la herencia… su casa, se le humedecen los ojos. Llegan a una notaría, y como por arte de magia el abogado tiene los papeles listos, copias de todo, certificados de libertad de gravamen, el libro abierto para la firma, los narcojuniors son los testigos.

Que se apuren, que ya están esperando el paquete, dice el plagiario. Y a la distancia, desde un cuarto de hotel en McAllen, Julia, su suegra y sus cuñadas dan instrucciones para cumplir con lo que piden.

Goyo es el encargado de llevar documentos y fajillas de dólares, le tiemblan las manos, no halla dónde ponerlos, la bolsa del mandado, suda. Mete todo al vochito. Desde que sale de la casa ve que lo sigue un jeep, tiene ganas de rajarse, pero no, el patrón… Lleva el celular en altavoz y de una calle lo mandan a otra y de esa a otra y a otra hasta que lo alejan del centro: que se estacione en el negocio de hamburguesas. Lo hace pero nadie viene, el jeep ya no está atrás, siente tentación de bajarse, tal vez a la vuelta, tal vez los que están frente a él comiendo son de los mismos, mejor se queda ahí y aguanta el calor.

La suegra de Julia reza alejada de todos. Alguien abre las ventanas porque el humo de tantos cigarros los tiene entre tinieblas, piden bebidas, nadie come.

César sale de la notaría, los acompañantes evitan darle la cara, él adivina un gesto de compasión, *sí, cómo no*. Vuelven a la gasolinera donde se encontraron, la camioneta de Marco está estacionada ahí, César no sabe si hay alguien adentro, tiene sed, tal vez le van a dar las llaves del vehículo y lo van a soltar. Los narcojuniors le invitan unos tacos. *Carajo, como si nos conociéramos de la cuadra*. Pero de pronto siente hambre, mucha hambre, el pantalón le nada, *cuatro kilos menos*, y no tiene un centavo. Dice que sí, que acepta los tacos. Aún no se los termina cuando llega otra camioneta en la que vienen don Claudio, Marco y Guli, todos sin vendas y sin esposas pero acompañados de un comando con cascos, ametralladoras y granadas. A una seña se meten a la camioneta y un minuto después pasa una patrulla junto a ellos. *¿Les dicen el horario del rondín, tienen comunicación por radio con la policía o qué? Qué me importa, con tal de que esto termine*.

Son más de las cuatro cuando Goyo ve la camioneta del patrón entrar al estacionamiento, no sabe qué pensar, pero cuando se abre la

puerta baja de ella un sujeto que no es don César, llega hasta él en dos zancadas. ¡Que bajes la vista, con una chingada! Órale, a lo que viniste, exige, y Goyo no encuentra la forma de ver sin ver, de pasar los documentos, la bolsa que está panzona y se le atora con el volante. Si serás pendejo. Y nada más mira la vidriera de la hamburguesería en la que se refleja el secuestrador, en la que se reflejan los acompañantes que traen chamarras, *con este calorón*, piensa.

Goyo reporta que ya recogieron el paquete, que qué más hace. Que cruce la frontera, se entretenga dos horas en McAllen y luego se vaya a su casa, dice el negociador.

Ahora empieza el tiempo de la angustia para la familia, les han dado todo, ¿los van a soltar?

Los Bennati no saben lo que pasa, por qué no los sueltan, nadie responde. Una hora después llega otro comando, todos traen puestas las gorras del laboratorio, ellos se miran y buscan esconder la rabia. Otra vez la incógnita, *¿hasta dónde? Ya no tengo casa y a lo mejor tampoco tenemos negocio*. Que se suban, dice la voz del guardián, y es hasta entonces que César le ve la cara, no es como lo imaginó. Otra vez encimados, rodeados de armas, vueltas y vueltas; los cigarros de mariguana empiezan a circular, pasa otra hora. Quiero ver a mi novia, dice uno de los jóvenes y el que lleva el volante toma rumbo definido. Suena el claxon y se acerca una jovencita. ¿Y ora? Aquí traemos a estos pendejos, al ratito los vamos a liberar. *Pendejos… pobre diablo; no importa, ya nos van a liberar. ¿Ya? ¡Cuándo es ya!* La espera resulta un verdugo que se ensaña, la espera cansa. Los Bennati se hacen señas apenas perceptibles buscando tranquilizarse, buscando paciencia. Se escucha el radio: ¿Todo bien? Sí, responde el guardián.

El nextel vuelve a sonar. El sicario pide un carro en la gasolinera del libramiento, Julia habla con el chofer del laboratorio, le piden apoyo, le dan instrucciones. Llega a la gasolinera que está por la Refinería…

De nuevo el radio con una serie de claves que el guardián contesta con más claves. La camioneta arranca quemando llantas y se detiene en un lugar oscuro. *Nos van a matar, aquí nos van a…* los sicarios se bajan.

Que no, que en esa no, que en la que está del otro lado, rumbo a Monterrey. Y después va a ser en otra y luego quién sabe qué más; son estrategias para entretenernos y quién sabe si… estalla Julia y se encierra en el baño a llorar porque vio la sangre, oyó las detonaciones…

Tranquilo, güey, vamos a mear, dice el guardián. Regresan con nuevos cigarros de mariguana encendidos y vuelven a ponerse en movimiento, calles de terracería, zangoloteos, se detienen en un terreno donde hay dos Hummer estacionadas. *El guardián se está poniendo nervioso, por qué*. Se abren las puertas, pero nadie se mueve.

César ve el miedo en sus hermanos, siente que la angustia es una caja negra en el abdomen. Llega otra Hummer y se detiene junto a ellos, baja un hombre joven, gordo, de mirada turbia. Qué pasó, cómo están. Pásame mi equipo. Los Bennati ven cómo se pone el chaleco, armas por todos lados, *¿son cachas de oro?*, el guardián se acerca al jefe y responde a sus preguntas con evidente nerviosismo. Creo que es el Caris, murmura Guli. ¿Quién? Adán Sauceda, el hermano del Goyo. Cállense, amenaza uno de los secuestradores. El jefe vuelve a su camioneta y la Suburban lo sigue hasta otra gasolinera. Los Bennati no pueden volver a hablar ni fumar ni moverse, de nuevo las pistolas en las costillas, de nuevo la agresividad en las caras.

El chofer ve que le hacen un cambio de luces. Sí, sí es aquí, avisa por el celular. No te muevas, le piden, no los veas. Por el rabo del ojo registra una pick up escondida entre unos matorrales, una Hummer sobre la calle y la que le hizo señas, algunos hombres se mueven detrás de los vehículos.

Baja don Claudio… después Marco.

En el hotel todos están alrededor del celular, todos menos la esposa de don Claudio, que sigue rezando, ya sin fortaleza. Julia tiembla. ¡Ya bajaron dos, señor! ¿Quiénes? No sé, no veo más que las sombras, creo que es don Claudio y…

Baja Guli.

El chofer ve a otro de los Bennati, lo reporta, Julia contiene un grito. La cara del negociante se tensa, las miradas le pesan; ya había advertido que en los secuestros nada es seguro.

El guardián tiene la mirada en los ojos de César, extiende la mano con la cadena y el Cristo: esto ya se acabó, siento mucho lo de tu casa… espero que les vaya bien. César recibe la devolución y con la izquierda aprieta la mano, tiene ganas de abrazar al guardián, *¿abrazarlo?* Esconde la reacción, retiene la diestra extendida con las emociones hechas nudo. Baja de la camioneta y camina hacia el carro que lo espera, ya no necesita contener el llanto.

1 de junio

Julia y su familia caminan por los pasillos de Valle Vista Mall. Las heridas en la cara de César dejarán huella, pero ya empiezan a cicatrizar. Es la primera salida, el primer intento por encontrar un hueco para ellos en la vida, en otro país, con una rutina; hay que comprar algunas cosas, ropa, lo necesario mientras terminan de empacar el menaje de la que fuera su casa, tienen tres días más para desocuparla. También necesitan dejar a sus suegros en una propiedad que sea de ellos. Hay tanto qué organizar, tanto en qué pensar. Julia y César tratan de verse normales a pesar del silencio, tratan de controlar la urgencia de volver la cara a todos lados, tratan de creer que los

gritos de César en la madrugada fueron una pesadilla que se prolongó aún en la vigilia, pero que fue sólo un hecho aislado, que es cosa de machacar que ya pasó, que el carro que se detuvo no viene por ellos, que puede dormir sin vigilar, que todo volverá a ajustarse y seguirán adelante… pero es mentira, en este momento es sólo un buen deseo, a partir de que los soltaron, a pesar de saberse libres, empezó otro cautiverio: César quiere comprar un arma, camina inseguro, incluso los niños van demasiado cerca de ellos. Comamos algo, propone Julia, qué se les antoja; quiere darles gusto, suavizar la tensión, encontrar las pinzas para seguir simulando que todo está bien. Y cuando al fin unifican el menú y hasta hay más de una sonrisa en el aire, se topan de frente con tres de los sicarios vestidos de civil, Julia recuerda sus caras, César recuerda sus caras, son los mismos de la Suburban, es la misma risa burlona, desafiante: Aquí traemos a estos pendejos, al ratito los vamos a liberar. Toman a sus hijos de las manos y huyen tropezando, el corazón desbocado.

12 de junio. 11 de la noche

Hace dos semanas que César y su familia se encerraron en la casa de Isla del Padre. Aquí estamos seguros, hay un solo puente para llegar, dice él, y sin embargo sigue confinado en su mutismo, ha dormido días y noches, sueño sin reposo, de pronto despierta temblando, de pronto Julia descubre sus ojos abiertos en la oscuridad, pero duerme; tose mucho, no tiene hambre, sólo duerme. En cambio a los niños se les fue el sueño, el televisor del cuarto de juegos pasa encendido muchas horas, incluso durante la noche, a veces dos, a veces sus tres hijos se acurrucan en los sillones mientras dormitan, despiertan, comen cualquier cosa, se escurren buscando nuevo acomodo y vuelven a la duermevela.

Julia sabe que ya no hay para dónde más correr, está en la orillita del mundo que los cobija. Atiende, abraza, organiza, busca distraerlos, y cuando ya no puede hacer más se refugia en la playa, como esta noche, para que nadie vea que es una madre débil, una esposa débil que sufre, y se siente más sola que nunca. Ella y el mar… y la noche.

Pierde la mirada en la tenue línea que divide el océano del cielo, se llena los oídos con el estruendo de las olas, pellizca puñitos de arena, la sopesa y luego la deja que escape poco a poco, que se pierda entre los billones de billones de granos que la rodean, entre el viento suave que la dispersa una y otra vez; conforme crecen la cólera y la tristeza clava los puños más abajo y atrapa otra arena, arena húmeda, tibia, que se apelmaza, ahora la aprieta para que no escape, tiene los ojos secos y las ilusiones deshabitadas; necesita construir un ancla. Abre los puños y mira los granos. No puede hacerla con arena, no quiere que se diluya como los sueños, ¿serán también de arena?

DOS

Se han reconocido como esposas de emigrantes; a pesar de que una se expresa mejor en zapoteco y la otra en tzotzil, hablan el mismo lenguaje de llamadas telefónicas cargadas de nostalgia, de remesas que a veces crecen y otras no llegan, de visitas cada vez más espaciadas porque el cruce, la migra, el costo del pasaje; hablan de una esperanza desgastada a tanto imaginar, esperanza de un regreso cada vez más lejano o de un encuentro que esta vez parece a punto de hallar acomodo, porque "él" mandó para el pasaje, quiere que pasen juntos la época navideña y mostrar los adornos y las calles y las tiendas.

Cada una lleva atesorados los datos del pollero que correrá el telón de ese otro mundo, el de los ricos, los güeros, los poderosos, y las mujeres se maravillan de imaginar su timidez perdida en las calles de ese país llamado California, el más rico de Estados Unidos, el más lleno de sol y de edificios.

Hablar mitiga la largura del viaje, aunque de pronto el ansia la acrecienta, pero al fin almas gemelas, vuelven a encontrar sosiego en las palabras de una o de otra, se preguntan el nombre, la que tiene casi cuarenta se llama María Natividad y la que apenas pasó los treinta es Francisca María; se hermanan con una sonrisa y después miran por la ventanilla el verdor del paisaje.

Pasan nuevas horas, nuevos sueños, nuevos pasajeros que sustituyen a los que bajan, y entre esos sube otra mujer en la que ellas adivinan el mismo anhelo; es más joven, veinte quizá, lleva un niño de brazos y en sus ojos se lee el miedo aparejado con la osadía.

La necesidad la acerca, le pinta una mirada de confianza y la invita a compartir la misma historia porque no importa de qué ciudad o pueblo, no importa si son dos o cinco hijos o apenas el primero, el abandono es un lenguaje común entre las mujeres que se quedan, igual que la incertidumbre. Se llama Cinthia, es de Michoacán y a ella no le mandó su marido para el pasaje, fue guardando cada centavo que pudo, cada ahorro en la comida o en los zapatos; quiere darle la sorpresa antes de Navidad, y lo que más la emociona es que le abrace al niño, al júnior, como él lo llama, porque es muy triste que su hijo no tenga papá. O a poco se vale tenerlo tan lejos sin que se conozcan, les pregunta a sus compañeras que no parecen encontrar la respuesta porque le han dado vueltas muchas veces, por años.

El paisaje ha empezado a ganar aridez.

La mesa del conductor está junto a la de ellas. Come y escucha sus historias, come y asiente. Después llama a la mesera para pagar y desaparece, tal vez fue al baño, tal vez está revisando el autobús o

estirando las piernas, las mujeres no lo vieron, no saben cómo es, ¿por qué habrían de fijarse en el chofer, que no hizo otra cosa que abrir la puerta del autobús para que subieran y mirarlas, a veces, por el espejo retrovisor?

Tal vez si se esforzaran recordarían la forma de sus ojos y de sus cejas, pero no hay necesidad, sus intereses están en otro lado muy cercano, más cercano que nunca, y por ahora se ocupan de comer burritos de machaca, una naranja de ombligo, leche para el niño, platos de frijoles, un refresco de cola de dos litros que comparten; hay que estirar los centavos.

Es tiempo de volver a sus asientos. Cinthia toma al niño en brazos y lo llena de mimos y cuentos y promesas para que renuncie a la libertad sin percatarse. Las tres saben, lo platicaron, repitieron las palabras de sus hombres: ya sólo falta cruzar ese largo desierto que termina en una montaña de piedra. El chofer pone música estridente; el cielo, antes azul pálido, ha empezado a cargarse de nubes grises. Natividad se arropa, el niño se talla los ojos, sus párpados piden descanso.

El vehículo busca la carretera y el horizonte se vuelve monocromático, apenas algunos saguaros, alguna gobernadora. Tal vez para evitar la tristura que le provoca el paisaje, tan distinto al de su tierra, Francisca enumera las palabras con que su marido salpica las conversaciones, palabras que no le decían nada al principio, pero que ahora ya comprende, igual que comprendió el español, a base de oír y acomodar; Natividad se une al regusto por los pochismos y un rato después las tres ríen al rectificar un significado o acabar de deformar la pronunciación de otro.

Júnior duerme en un asiento vacío.

Al fin llegan a La Rumorosa, las tres admiran el descomunal tamaño de las piedras con los últimos rayos de un sol de fuego que a ratos se envuelve en nubes negras.

El motor del autobús ronronea furioso. Suben y suben por una carretera desde donde se mira que el precipicio se va haciendo infinito; el viento habla cada vez más ruidoso y el frío estremece al pasaje. Una llovizna salpica los vidrios y luego hace hilos, los enreda o los hermana.

El conductor pregunta por radio si está nevando más arriba, si van a cerrar la carretera; habla de aguanieve, avisa que no puede aumentar la velocidad y llegará a Tijuana de noche, que lo esperen una hora más tarde, ahí.

Los pasajeros más cercanos al chofer ven sus relojes y asienten resignados. Las mujeres reaccionan con el nombre de la ciudad, el sueño está a punto de volverse realidad. Cinthia pregunta cómo harán

para cruzarse al gabacho, ellas muestran el tesoro: un nombre, un teléfono celular, una instrucción. Comentan casi en susurros el costo de cruzarlas; el de Francisca cobra menos. Cinthia tiene suficiente para pagar a ese pollero, ¿no será mejor si las pasa a las tres?, ¿no será más barato? Natividad lo duda, si compras tres medidas de arroz pagas tres medidas de arroz, explica, y advierte que no piensa ir con otro que no sea ése que trae anotado, aunque cobre más caro es el que dijo su marido, tiene varios años usando sus servicios, a ella le da miedo no hacer lo que él dijo. Cinthia pide a Francisca que la incluya cuando hable con su pollero, al cabo las dos van al Este de Los Ángeles.

Al fin entran a Tijuana, una ciudad gris a pesar de las luces, las calles en construcción, un mundo de automóviles, camionetas, autobuses y ruido; es una noche cerrada.

Apenas sale de la vía rápida, el autobús se orilla, los frenos resoplan. Los pasajeros se ven unos a otros. El conductor se sitúa en el pasillo y señalándolas pide a las tres mujeres que bajen, dice que una persona de gobernación quiere ver sus documentos.

En efecto, dos hombres de traje que esperaban en la calle de acercan a la puerta del vehículo. Las miradas de Francisca y Cinthia buscan protección en Natividad, que no tiene nada para ofrecerles más que la misma sorpresa. El conductor habla con una mezcla de impaciencia y comprensión: que no se preocupen, que es nada más un trámite, pero que deben bajar para que el autobús termine su viaje o todos quedarán detenidos. El resto de los pasajeros las ve con molestia, hay murmullos, chasquidos.

Presionadas, con el susto en los ojos, las tres bajan, Cinthia es la última, Júnior se despertó y llora. El conductor saca las pertenencias del compartimiento de carga.

Ellas miran que el vehículo se marcha y se apiñan. Los sujetos las flanquean, preguntan sus nombres, de dónde vienen, a dónde van y cómo, quién las espera en Tijuana; piden la credencial de elector, Francisca no tiene. Uno de ellos gesticula haciendo ver el hecho como grave. El otro exige saber a qué vienen, con cuánto dinero cuentan. ¿Van a cruzar la frontera? Las preguntas son lluvia ácida, las mujeres responden a algunas cosas y callan otras, se atropellan, mienten y desmienten.

Al fin Francisca, que es la más nerviosa, accede a darles los datos del pollero, porque la autoridad dice que lo que ese hombre hace es contra la ley y lo que es delito se castiga con cárcel. Nadie quiere ser cómplice de un delincuente. Francisca saca la media hoja de cuaderno que anida en su seno y la extiende.

Natividad se encierra en un mutismo sabio, sólo mira la bolsa de

regalos, la mochila de ropa, un charco en la orilla de la banqueta. Cinthia no encuentra el modo de callar al niño, Francisca empieza a llorar, tal vez resiente la traición a su sueño o no halla otro modo de quitarse el miedo que dejándolo salir convertido en agua.

Los hombres intercambian miradas, gestos, manejan el suspenso con maestría y luego uno de ellos, condescendiente, les dice que tendrán que acompañarlos, deben verificar si están diciendo la verdad. Si todo es cierto y pueden localizar a sus maridos o a sus familiares, ellos verán la forma de ayudarlas. Las llevarán a una casa en donde van a estar protegidas. Es cosa de un par de días.

El otro hombre habla por radio y de la nada aparece una Suburban negra. Las obligan a subir y echan bolsas y maletas a la cajuela.

Cinthia abraza a Francisca, el niño ha vuelto a dormirse y se estremece de sentimiento. Natividad sigue en silencio junto a sus compañeras, las mira con fuerza, tal vez ellas sienten el mensaje de sus ojos, aún tiene los datos de su pollero, ya encontrarán el modo.

Dos camionetas negras salen de la casa a la que van llegando. Natividad alcanza a ver que adentro llevan a tres mujeres jóvenes. En cuanto se despeja el camino entran ellos y el carro que los sigue, las puertas automáticas se cierran.

El chofer ordena que bajen y abre la cajuela para que cada una tome sus pertenencias. Dos hombres más aparecen de algún lado. Son las nuevas visitas, dice el conductor. Los cuidadores ayudan con la carga y las llevan a través de la enorme casa: el patio, el comedor, la sala grande y un televisor del tamaño de una ventana que proyecta sin que nadie lo atienda. Siguen por un pasillo. Cinthia empieza a actuar con tranquilidad. Una mujer está terminando de asear la habitación en la que dormirán las tres y todavía sobran dos camas. Mira a las recién llegadas con una sonrisa que sólo la más joven responde; les muestra el baño y el cajón en donde están las cobijas, por si tienen frío.

El acento de la señora de servicio tiene algo de costeño, igual que la figura y su pelo. Uno de los cuidadores ordena que les traiga de cenar y pide a Cinthia que lo acompañe, el licenciado quiere empezar con los cuestionarios. La joven está a punto de dejar a Júnior en una de las camas, pero el cuidador la detiene, debe ser con todo y el niño. En cuanto Cinthia sale, la puerta de la recámara se cierra con llave, Francisca vuelve a mostrar su desamparo con un par de lágrimas que Natividad recrimina sin palabras.

Entra la joven y se llevan a la indígena tzotzil.

Sobre la única mesa hay sodas, leche, carne asada, un canasto de tortillas, salsa y guacamole. Cinthia deja al niño y come con gran apetito. Entre trago y bocado le comenta que no se la llevaron para nada malo, que no hay de qué asustarse, que escribieron sus datos en

una computadora para mandarlos a Michoacán por internet, y que por otro lado los mandaron a Los Ángeles, al correo de su marido; la foto de ella está bien que le llegue, pero la del niño no porque quiere que sea sorpresa, así que aunque también retrataron a Júnior le aseguraron que sólo era para el expediente, estaba tan dormido que ni sintió la luz de la cámara.

Natividad escucha con la misma mirada fija, no habla; la cara ancha y morena parece de piedra. Saca algunas cosas para asearse y un cambio de ropa.

Cuando Francisca regresa del interrogatorio parece tranquila, apenas se llevan a la oaxaqueña se prepara un par de tacos. Cinthia entra al baño, no se dan tiempo de comentar, tal vez no es necesario. Júnior duerme mientras mama la leche del biberón.

Acaban de desayunar cuando se abre la puerta y un hombre que no habían visto levanta al niño. Las mujeres tratan de impedir que se lo lleve, pero el factor sorpresa juega a su favor. La madre llora, golpea la puerta que se cierra con llave, grita hasta el vómito. Sólo se escucha la televisión de la sala, la misma que estuvo encendida toda la noche. Natividad observa los rincones del cuarto, no hay ventana, la puerta es pesada. Francisca controla su angustia y ayuda a Cinthia, corre por una toalla mojada para limpiarla, humedecerla, para palmear su espalda, un cariño tímido.

Por la tarde vuelve a abrirse la puerta. Es el licenciado y dos cuidadores. Entran. Él, con una sonrisa inocente, explica que mandó al niño al hospital para saber su estado de salud y felicita a la mamá porque salió muy bien de todo; ahora viene por ella para que vayan a recogerlo.

Las palabras resarcen el daño, Cinthia corre a mojarse la cara, agua abundante en los ojos hinchados, se pasa un peine; el hombre espera calibrando a las otras mujeres. Los ojos de Natividad siguen sus movimientos, su mirada, esculcan sus gestos. Y tal vez como reacción el hombre asegura que ya establecieron contacto con la familia de ambas, que de seguro mañana podrán dejarlas en el centro de Tijuana para que sigan su camino. De nuevo una amplia sonrisa, sonrisa pulcra como su traje. La madre toma su chamarra y la del niño.

La puerta se cierra de nuevo en cuanto salen los cuatro.

Natividad se acerca a abrazar a Francisca y le susurra que es mentira, que todo es mentira, que los hombres van a hacerles un mal. Cuando la compañera quiere reaccionar, protestar o tal vez negarse a escucharla, la oaxaqueña vuelve a contenerla en un abrazo que más que una muestra de afecto es una orden para que permanezca quieta. Es importante que sepa que esos hombres son malos y que oyen por algún lado lo que ellas hablan, las espían. Tienen que escapar, pero no

sabe cómo. Francisca se separa un poco y pregunta cómo es que lo sabe. Natividad explica que todo lo que le dijo al tal licenciado fue falso, lo de Oaxaca y lo de California. El miedo vuelve a gobernar el cuerpo de la mujer tzotzil.

Un movimiento la despierta, le cuesta trabajo comprender en dónde está y qué pasa, las dos hicieron turnos para velar y pareciera que acaba de dormirse. Poco a poco reconoce a la persona que sacude su hombro con suavidad: es la señora que les trae los alimentos, la que tiene esa forma chistosa de hablar.

Apenas intenta enderezar el cuerpo se percata de que la cama de su compañera está vacía, el baño sin luz, su figura no hace bulto en ningún lado. Antes de que pregunte la señora la jala, la urge para que se levante. Tienen que salir de ahí. No hay más palabras que las que dicen sus ojos y el rictus de su boca.

Se calza los zapatos y camina con sigilo, pisando sobre los pasos que se hacen muchos, atenta al cuerpo sin ver, casi sin respirar. El ruido del televisor se va quedando atrás. Salen al patio trasero, el viento de invierno las saluda. Llegan hasta una puerta de servicio, la señora la abre con gran lentitud, controlando, apagando los chirridos, y vuelve a cerrarla con las mismas precauciones. Después empieza a correr, la otra la sigue, van un poco sin rumbo, sin certezas, aprovechando la luz de las estrellas que parece azul, atravesando terrenos baldíos, yertos, arenosos, buscando la urbanización que se adivina por un resplandor que empieza a ser más real conforme avanzan.

Sus jadeos apagan el sonido de los pasos, siguen como si no importara el bombeo del corazón, siguen hasta que la señora para la carrera en busca de aire, necesita recargar el cuerpo, asirse, pero no hay más que unas piedras. No, no pueden parar, aún están muy cerca de la casa, el cuidador tiene el sueño ligero a pesar de la borrachera, saldrá a buscarlas. Ahora es la otra la que la jala, la ayuda, aunque sea caminando, a cada paso se ven mejor las luces.

Están en la cocina de la primera casa habitada que respondió a sus toquidos. La doméstica, un hombre joven y una mujer que podría ser la madre del muchacho escuchan la catarata de palabras atropellada y por ratos difícil de entender o de creer, la señora explica que esos hombres son malos, que ella es salvadoreña. ¿Quiénes son malos, por qué? Quiere saber la dueña de casa mientras se cierra el cuello de la bata. Es que bajan a las mujeres de los autobuses, con mentiras las bajan. De nuevo la información que sale a borbotones. Las traen, las encierran en la casa grande. Son malos. Al fin toma una punta de la hebra: secuestran a las mujeres como ella, que vinieron a cruzar la frontera, porque los choferes protegen a los asesinos. Son desalmados.

De nuevo el caos. Venden a la gente, la venden. Venden a los hijos, venden a las madres. Venden. A las mujeres jóvenes las venden a los prostíbulos. También piden rescates a las familias, rescate a la familia que trabaja al otro lado y rescate a la familia de El Salvador o de Guatemala o de Honduras o del mismo México. Venden la libertad de la mujer, secuestran sólo mujeres y las venden.

Conforme la escuchan, la palidez de la indígena se acentúa, los labios resecos tampoco tienen color. Se deja caer en una silla.

La salvadoreña sigue: ¿y qué hacen si la familia no paga? Hoy supe que no la sueltan, son malvados. Explica que hasta antes de esa noche ella sólo había escuchado que a veces venía ese que llaman doctor y después una de las mujeres no estaba. Se fue, se puso enferma, ya vino su familia. Siempre había una explicación, pero esta vez tuvo un presentimiento. Miré que entre dos se llevaron a la señora que llegó con ella, la llevaron dormida a la casita de atrás. Es evidente que la angustia le camina el cuerpo y se abraza antes de seguir.

Vio a los hombres que llevaban unas cajas, la camioneta se fue a toda velocidad, ella los veía trajinar desde la ventana de la cocina. Surgen las preguntas y las dudas del hombre de la casa. La salvadoreña confiesa que sí había sospechado, pero qué iba a hacer si estaba bajo amenazas para ella y para su hijo que trabaja en Sacramento, ella no es mexicana, los hombres dijeron que eran de gobernación. Ahora es la dueña de casa la que indaga si mostraron credenciales, si había uniformados y por último cómo supo eso de que las venden.

Es posible que a la centroamericana le parezca una explicación demasiado larga para su miedo, porque aspira y suelta el cuerpo vencida. El cuidador se puso a tomar y a tomar y quiso una cena que ya no tocó de tan borracho y luego empezó a reír como si fuera loco. Me dijo que la próxima sería yo, que me iban a cortar en veinte pedazos, a vender mis tripas, el corazón, los riñones, los ojos; que me iban a vender aunque estuviera vieja y que luego le echarían mi pellejo y los huesos a los perros, igual que hicieron con Natividad.

Francisca deja salir un grito de horror y empieza a temblar.

Los dueños de casa se miran y las miran, tal vez se preguntan qué deben hacer, a quién llamar, qué significa una denuncia; tal vez están tentados a pedirles que se marchen porque qué necesidad de involucrarse y de correr riesgos, de que les sigan la pista y al rato sean ellos los que salgan huyendo.

Por fin el joven toma las riendas después de sopesar la situación; la doméstica se asegura de que nadie merodea en la calle. Suben al carro y saca a las prófugas acostadas en el piso de atrás; maneja rápido, las calles lucen vacías.

Tal vez sean las cinco de la mañana. Francisca y Adolfina están

paradas en la Avenida Revolución, tienen doscientos dólares que les dio la señora de la casa, los observan, los reparten y no saben qué más hacer; quién las puede cruzar la frontera, con qué van a pagarlo. Tal vez si llamamos por teléfono, se dicen, pero mejor esperar hasta que amanezca porque…

Deciden caminar para olvidarse del frío.

Un policía empieza a seguirlas.

Segunda parte

Nada raro, ya tengo tres horas cuidándolos y todos parecen paisanos, pero si le entendimos bien al cacho de papel que se encontró el Filo, el infiltrado debe ser uno de estos cabrones trajeaditos hijo de su pinchi madre, porque cada cártel cuidó mucho sus piezas que iba a traer. Así que a wilson es uno de éstos, pero cuál… ¿y si no es cierto y echo a perder el bisne? Pos me morí por pendejo. Y ni modo de ir a rajar, como si yo fuera incapaz. Mejor me sigo sin quitarles ora sí que el ojo de encima a ver si pesco algo…

¿A poco no estuvo chido que el facilitador nos pasara el power point con todas las estadísticas? Eso se llama narcomodernidad.

Estarán de acuerdo conmigo en que lo que se ha planteado en esta cumbre es la neta: las matazones calientan las plazas y luego no se puede trabajar como es debido…

A ver si aventándole carnada…

… para frenar a estos Zetas trepadores que se han ido metiendo en plazas duras como Monterrey, Coahuila, Durango y Zacatecas, que es la que más me duele, mi Zacatecas. Ya hicieron sus corredores en más de veinte estados que controlan con las mentadas estacas especializadas por delitos, cada una con su jefe de grupo y un contador. Y hasta tienen sus tablitas de cuentas: ¿operativo cargado? Va medio melón para gastos y me los compruebas. ¿Adónde se había visto eso, oigan?

Cero, debe estar entrenado. Se ocupa estar más atento a las jetas, a los ojos… ora sí que es personal.

Pero aquí el asunto es, ¿cómo le hacen para crecer igual que conejos estos hijos de Hidalgo? Invaden terrenos y tienen casas de seguridad por todos lados y autoridades protectoras, como las tabasqueñas, y hasta comunidades que los protegen, se las echan a la bolsa: quinientos pares de zapatos, quinientos anteojos pa los chamacos; cosas que necesitan los jodidos, psss. Y sí, como dijo el analista, los de la Compañía y los Zetas son lo mismo, se cambian el nombre para despistar a los pendejos. Y los mentados Kaibiles no todos son desertores del ejército, un camarada me dijo que a él le consta que en Guatemala hacen leva: tons qué, ca… ¿te sumas a los Zetas?, o le suelto un plomazo a tu vieja y a su madre y a tus hermanas y tíos y compadres; a toda la comunidad, pues. Y ni chilles, papá, que vas a ganar en dólares. Hasta Maras se han traído, y como necesitan feria, se la pasan pensando cómo sacar más.

Ahí está el sistema de secuestro para los indocumentados: si pagan

sus gentes lo sueltan, si pagan bien hasta le consiguen su clave con la aduana gabacha, y si no pagan avientan el cadáver a una fosa.

Y es que al Lasca no le importa matar ni que le maten a sus zetitas, para eso son, pa morirse, le duran un año. A Lascano se le quemó la tatema con la coca o es hijo de un kótex, oigan, le gusta la sangre, tiene que estar reponiendo gente y entrenándola: que aprendan a manejar armas de tocho, que aprendan a hacer pacas, a cortar la coca, que aprendan a tantear a los dedos… como yo aprendí… y también a descubrir a los agentes dobles, porque eso sí, hay un buen de elementos, sobre todo en la frontera, que ahoy están con nosotros y mañana con los Beltrán o con los Zetas, y a esos sí ni cómo ayudarlos.

Métele lumbre, Conde, que suene a amenaza y wáchalos fijo.

Aquí y allá el traidor se muere.

Aquel cabrón como que quiso respingar, pero aquella doña también.

Ya les había explicado que nosotros ganamos buenos sueldos, alcanza pa mandarle a la familia y hacer un guardado, pero tenemos obligaciones: primero nuestro narco oficio, que casi siempre es durante la noche. Y durante el día se ocupa leer todo lo que salga del narcotráfico, de ahoy o de otro tiempo. Por eso yo me sé los rollos de los capos de antes, porque tengo buena memoria. Tenemos que leer lo que escriben los periódicos, las revistas y otros libros, y hasta leérselo al que no fue a la escuela. Y luego viene uno que es como el maestro para ver qué entendimos, qué es cierto y qué no; a quién pescaron en dónde y qué se ocupa hacer. Los que caen se vuelven dedos a menos que sean muy cabrones, pero casi todos se quiebran, así que si ya tuvieron tiempo de cantar hay que ver si podemos rescatarlos para que se mueran entre compañeros o hay que arreglarles la defunción en el Cereso o en el hospital o en el camino, aunque vengan resguardados.

Otro piquete a ver si… mmm, sería mucha mi suerte…

La mano del cártel es larga y como de hule, cabe donde quiera y llega, de a güevo.

No encuentro el norte… ¡clarín!, es que de entrada pensé que era cosa de los Zetas pero también puede ser un federal o de parte del Viceroy. Y sí, eran instrucciones sobre objetivos, me cai, así que despabila o ve a que te dé un aire.

Como les decía, debemos leer y estar a las vivas cuando nos llega información. Si ahoy me preguntan qué vimos de la organización de los Zetas lo repito sin atorarme: los chapulines atienden las narcotiendas, lo que no creo es que les paguen mil dólares a la semana igual que a los azules de la nómina. Luego están los escoltas pa cuidar el bisne. Los halcones son los que echan ojo y ganan ochocientos dolarucos al mes. Los cobras son los sicarios, ganan mil doscientos y les dan equipo y porcentaje; a esos les va bien aunque se mueran. Los

tango son los verdugos y los Nuevos Zetas son los Kaibiles, tienen que demostrar que son más hijos de su pinchi madre y más sanguinarios que todos los otros juntos, oigan, si no, por qué les pagan más. ¿Me equivoqué en algo? Ah, ¿verdad?

Si el infiltrado es Zeta tendría que haber hecho cara de orgullo y nada. A ver, otro piquete.

No sé ustedes, pero yo casi me voy de nalgas cuando escuché que los gringos publicaron que los Zetas ya son el cártel nueve, que tienen un madral de armas de alto poder y tecnología de punta. Ya hasta hicieron conectes en Europa, nomás falta que saquen un comercial con cancioncita y todo.

Está bien entrenadito el hijo de la chingada, porque no lo hallo o de plano es de Juárez porque federal está más difícil, ya nos hubieran mandado un pitazo.

Miren, señores y señoras, ustedes no comprenden quiénes son los Zetas, nomás saben lo de encimita, así que ái les van las tripas.

Osiel Cárdenas, el Mata Amigos ése, el del Golfo que les conté, los contrató para tener un ejército que hiciera, como quien dice, el trabajo sucio. Nomás que por ái de 2003, cuando los federales engancharon a Osiel, los Zetas empezaron a hacer negocios por su cuenta, a vender protección a los empresarios: pagas o se incendia tu changarro, mi buen. Y también empezaron a vender droga al otro lado, pero no como siempre, con un pasador, un bajador o un conecte; niguas, la pasaban ellos por su tanates. ¿A qué hora es el rondín de la fronteriza? Pues tú, Z-18, le das en el jeep doce minutos después del rondín o tú Z-6 desembarcas o tú Z-21 recibes la avioneta y tú distribuyes y tú, Z-40, buscas orejas y cobras la mercancía y con ese varo compras esta lista de armas, y tú, Rufo, busca distribuidores, que al cabo hay mucho ilegal sin jale y a los aduaneros gabachos les encanta el varo, ya estamos en tratos. Bien papasfritas como si se mandaran solos, psss. Se le salieron del huacal al capo y nos torcieron a todos.

Digo, mantener un ejército cuesta mucho billete, pero apropiarte de las plazas que ya tienen dueño para mantener a tus soldados y de paso hincharte de dólares es otro pedo, oigan, muy distinto; porque viene el que ya estaba ahí y defiende lo suyo y entonces se arman los bazucazos. ¿Qué no comprenden que calentar las plazas nos perjudica a todos? Y estos cábulas extorsionan y secuestran hasta a sus madres o peor: lo pepenas, te lo traes y le sacamos hasta las anginas, carnal…

Al menos ya descarté a varias de las doñas, quedan cuatro.

… en la piratería: ahora vas a vender nuestros dvd clonados y nuestros cd clonados y nuestros muslos de pollo clonados de contrabando, cómo ves. ¿Que no? Pues ya no es tuyo el negocito, carnal…

Esos cuatro también quedan fuera.

… taxis piratas y los choferes son sus halcones; cobran piso a los comerciantes y a los dueños de antros y puteros, y todavía les plantan competencia enfrente. ¿Dónde quedó la mercadotecnia? Además les cobran a los pasadores lo que es de ley: 300 dólares por kilo de coca, etcétera; quien no paga se muere incinerado, hecho picadillo, desbaratado en ácido o en un hoyo con un chingo de cal.

Dos más descartados, voy bien. Le voy a subir del rojo al morado.

No sé qué se mete el Lasca además de coca, es especialista en inventar torturas, cuentan que a uno que le dicen el Chicles y que estaba en una estaca de Lázaro Cárdenas, casi lo mata por no pagarle un préstamo, le perdonó la vida porque le caía bien, pero lo tuvo un mes encerrado a pan y poquita agua. Lo llaman el Verdugo, y es que es tan retorcido que él fue el que empezó a darles cuerda a los enemigos y a los secuestrados: amárrenle un alambre en el pescuezo, le ponen un palo de escoba así de lado y le dan cuerda hasta que se le caiga la cabeza; o le mochan las manoplas y las patas, o lo matan y le escriben un recado en la panza. Ah, y también le encanta rociar gente con gasolina y encenderla de un disparo. Claro, como se la roba… porque sí, instala bombas para ordeñar los ductos de Pemex y sacarles guachicol que luego revuelve con diesel y ya: negocio para las gasolineras del gabacho. También chupan gas, melones de dólares de gas de la Cuenca de Burgos. Un empleado de Pemex da el pitazo, los Zetas ponen su camión modificado o su autotanque robado, y a chupar. Dicen que unos funcionarios petroleros están en el ajo y reciben su mochadota, quién sabe. Lo escribió un periodista, pero yo digo que el petróleo es de todos y el gas también, así que si ellos ordeñan nosotros tambor, oigan, todos coludos.

Te distraes, cabrón, tú no vas a decir qué se haga y qué no.

Pues el asunto es que estos Zetas son malos como la tiña, diría mi abuelo, y estorban. Así que como propuso el motivador: si ellos tienen campos de entrenamiento tendremos que multiplicar nuestros propios campos de preparación; si tienen escuadras Pietro Beretta nosotros debemos tener M-16 con lanzagranadas; si tienen AK-47 y AR-15, nosotros debemos traer Uzis, nueve milímetros, GT-200, Hecklers-53.

¿No será el que se la pasa apuntando? Pero ése viene con el otro, quesque es su cuñado. ¿Y? Podrían ser dos… de qué irá el pedo, ¿vienen a pasar reporte o nos van a plantar una bomba? Hijo de su pinchi madre, si son varios y a la hora del cierre sacan dos granadas, se llevan a todas las cabezas de la federación… y a mí.

En resumen, los Zetas son el enemigo y como dijo mi patrón: “el muro no es un muro sino el control de la frontera”.

Y de entrada les digo, yo me aplico con el Chapo hasta la muerte.

Alárgale tantito pa seguirlos calando, a güevo tienen que reaccionar.

Si alguien es gente con uno hay que ser agradecido, pssss. Y este señor es eso, oigan, un señor.

Yo soy de Jerez, oigan, y no tuve padre, o sí, pero lo dejé huérfano por briago y por arrearle a mi jefa que no sé cómo no lo mandaba a la… bueno, allá lejos. Entonces me fui a vivir con mi abuelo. Estaba solito el viejo, ya no tocaba en ninguna tambora y los hermanos de mi jefa andan por California, muchos de Zacatecas se van de mojados, y los de Jerez se van más. Mi tío Álvaro hasta jaló con la esposa, el otro dejó a la suya y a los dos chamacos mis primos. Decía el abuelo que ya tenía familia nueva en el gabacho y que tampoco iba a regresar, psss. Por eso estaba muy solo y se puso contento de que yo le hiciera compañía y de que me gustara la escuela y de la memoria, le presumía al que se dejaba que su nieto esto y lo otro, que al fin uno de su raza iba a ser licenciado, porque en Jerez hay universidad; pero una tarde cuando salí de la prepa me encontré a mi viejito muerto. Se acabó mi vida de hijo. Lo estuve mirando como dos horas, luego junté sus guardados y me empecé a ir con la imaginación y luego con las patas porque ¿qué iba a hacer, a qué me quedaba? Hay un dicho entre mis paisanos: “Esas gentes de Jerez miel y veneno a la vez. Todititos son parientes y no hay dos que se puedan ver”.

No vi patrás, ni siquiera pensé en mi novia ni en las tamboras del jardín, y menos en Ramón López Velarde, que es nuestro héroe jerezano, oigan; y me fue creciendo el camino porque de Guadalajara pasé a Mazatlán y de ahí como pude hasta Tijuana. ¿Adónde más, sino con mis tíos? Ellos siempre le mandaban centavos al abuelo, seguro habría algún jale para mí y ya después a ver. Pero no encontraba el modo de cruzar, no me alcanzaba el poco varo, que además se hacía menos cada día, aunque uno no quiera le gana el hambre. Y empecé a buscarle de lo que fuera pero cómo, si parecía retrato; me traje dos pantalones y tres camisetas y me robaron la méndiga mochila en Sonora; y cada vez que lo intentaba me decían que niguas por cochino, porque no había vacantes o por la edad; no en las maquiladoras, no de mozo, no de mandadero, no de cargador; no, no, no y cada vez más mugroso con el jorongo que era cobija, almohada y tapadera; cada hora más hambriento, hasta que afané lo que pude en una tienda y no me detuve hasta llegar al puente donde dormía. Ya se imaginan, un puente donde había drogos y ratas, pero yo estaba de paso, yo era distinto y ni en cuenta.

Al principio seguía necio con la cruzada. Lo intenté como otro montón de pendejos: a ver si me meto entre la gente y no me ven, a ver si nadando allá por Rosarito, a ver si me trepo por el alambre, a ver si alguien me pasa y le pago de a como quiera. De todos los cales el que más me gustó fue el de Rosarito. Ni sé por qué se me hacía tan fácil; la reja es de tubos altos y profundos que se siguen hasta bien allá

del mar, y yo no sé nadar. Pero sí me gustó la playa y su ruido de olas enojadas y como que le daba vueltas a la idea, así que me senté a ver el agua y una familia que estaba de picnic me invitó un burrito de machaca que me supo a gloria. A ratos volteaba a ver los barrotes ¿qué no cabré entre los de allá? Y el señor de la familia ésa como que me leyó el pensamiento. Mira, morro, me dijo, después de los barrotes sigue la reja, y las patrullas van y vienen, mejor camínale por allá para que conozcas el monumento al límite de México, es como un pico, y a diez pasos vas a encontrar unas cruces, mil cruces de madera que parecen cortina; ése también es un monumento por los que murieron tratando de pasar. Tú dirás si quieres que le pongan otra crucecita. Y para resbalar el regaño me convidó una soda.

No creo que tenga que contarles cosa por cosa de cómo fui perdiendo el norte y el sur… y todas las direcciones, psss. De raterillo pasé a asaltante, luego me uní a una banda, luego me propusieron vender *speedball*; era más fácil. Y de qué se trata este asunto, pregunté; y que me dan clases. Casi al mismo tiempo empecé a fumar cristal, hay que conocer bien la mercancía y la competencia. Y ya encarrerado el gato que chingue a su madre el pinchi león. Me daba igual si era roca, arpón o perico, si pasaba la noche en el carro de alguien o en la casa de otro alguien o hasta en un hotel con sepa la madre, porque se sienten ganas de estarse meneando sin parar, oigan, ganas de coger o de bailar o de todo. Hasta que una tarde viene un bato y me dice: ese morro, necesito un paro porque me andan siguiendo, me van a fundir. Y que me engrapa un sobre por adentro de la playera para llevárselo al Mayo a Navolato. Que lo entregara a la gente de Zambada, pues. Y ái voy. El bato era halcón. Pero con eso del meneo que se me olvidan las claves.

¿Comprenden lo que estoy diciendo? A mí, al de la buena memoria, se le olvidaron las claves, oigan; llegué al lugar de las señas de pura chiripa. Pssss, la gente del Mayo no me creyó y me empezaron a arrimar una chinga de perro chucho mientras yo, con el *ice* adentro, tirando patadas y madrazos, pero igual le llevaron el sobre al jefe. Los Arellano Félix odian a Ismael Zambada, Ramón palmó porque fue al Carnaval de Mazatlán a cazarlo, y el sobre traía los movimientos de Benjamín en el gabacho y el domicilio donde estaba escondida su mujer con sus hijas; todo en clave. El Mayo fue a parar la madrina, pero, ah jijo, ya me habían fundido un ojo, tenía rajada la cabeza y me partieron el brazo… hasta me mandó al hospital. No me morí porque no me tocaba. Y yo creo que sintió gacho de ver cómo me dejaron, yo sí sentí de la madre, y si me hubieran visto ustedes ni modo que no. De ái me vino el apodo del Conde: el Conde de Miramal, por el ojo de vidrio, pero al cabo me quedó el otro, y hasta me gustó ser conde, psss.

Los caminos de la vida hacen vereda sin que uno meta las manos, a poco no. El lado bueno es que me limpié, y el premio de consolación fue quedarme a trabajar con el Mayo, ya había probado que era leal y que tenía el cuero duro. Estamos hablando de 2002. Un año antes mi patrón se había fugado de La Palma. Y bueno, ahora ya lo puedo decir porque se publicó en revistas y periódicos y en noticieros, Nachito Coronel lo escondió un rato y luego le dijo al Chapo: "Ve a que el Mayo te haga fuerte y de aquí palante, compadre". Y entre él y uno de los Beltrán Leyva le juntaron una vacota para que arrancara.

Así que ái nos conocimos, y yo le tuve ley porque es humano y muy inteligente, más que todos los capos, y me le pegué para aprenderle, pa ser como él. Y si él dice ve y tráeme la cabeza y las patas del Lasca yo veré cómo le hago pero le cumplo, se la debo. Gracias a él ya no uso piedra ni arpón ni coca, ya no ando como perro chucho, ahora leo y me instruyo, tengo un buen sueldo, me hice hombre. Y me cae que si hubiera podido cambiar lugares para estar en el pellejo de Edgar, el hijo de mi patrón al que asesinaron en el estacionamiento del City Club, en Culiacán, ni lo hubiera pensado, oigan. Sentí de la puta madre yo, ahora él.

Nomás no chilles, pendejo, te ablandas, estás en otro asunto, mejor suéltales otro piquete…

Pero ya sabemos de dónde vinieron las ráfagas y tendrán ve de vuelta. Todo a su tiempo.

Aguanta tantito, que se queden ái nomás con la dedicatoria.

Estuvo bien contarles mis cosas, hasta sentí nostalgia por mi Jerez, su Jardín Rafael Páez; y hasta se me hizo agua la boca nomás de pensar en un asadito de boda o en un caldillo de carne seca con su gusto a naranja. Todavía no me he animado a ir, oigan, pero el Chapo me regaló este cinturón piteado, a poco no está rechulo; éstos nomás en mi tierra. Ah, y también me encargué una silla de montar para un caballo que todavía no compro.

Otra vez ya te fuiste por otro lado, chingá.

Y de paso pude explicarles que el Chapo está de luto por el asesinato de Edgar, por eso no vino a la Narcocumbre, sin en cambio le pidió al Azul que él pactara, el Azul Esparragoza es el mejor negociador y no tiene más que la cara que vemos, como está tan negro hasta azulea, pero es de ley.

A mí el patrón me pidió que lo representara, que afinara la memoria para verlos bien a todos ustedes… y… atenderlos como se merecen… o sea, a cada quien lo que ocupe, por ley.

Señoras, señores, ustedes querrán descansar y cenar algo antes. La mesa es suya. Hay licores y vinos de Parras; si quieren botanas, trajeron nachos de los meros originales. Y para los que ocupen cenar fuerte hicieron carne asada, cabrito, machaca y gorditas de harina

rellenas. Hoy sí descósanse, porque además mandaron dulces de Saltillo: rollos rellenos, quesos de nuez y de piñón, palanquetas y unas Glorias fresquitas que se deshacen en la boca.

Ayer el del chalequito mamón se puso hasta su madre y luego le entró al perico, pero ahoy se ve cool. Hay un infiltrado entre estos cabrones y se me está escurriendo el hijo de su pinchi… que se me hace que me voy a esculcar sus chivas mientras tragan, chance y…

¡Oigan! Mañana empezamos a las once, por favor sean puntuales.

Carajo, es mi primera comisión de rango y ningún pendejo me va a pasar a perjudicar, dejo de llamarme el Conde de Miramal si no lo hallo.

Nombres de arena

UNO

Vemos a la madre sentada en el único sillón de la vivienda, el mueble está vencido, la tela alguna vez café tiene desgarros pero se amolda cálida al cuerpo de Lourdes, que acuna al recién nacido. Lo observa bostezar igual que sus otros hijos: Armando de nueve, Lady de seis, Jacqueline de cuatro; a Lady le dan risa los gestos de asco que hace el bebé, como es sordomuda sólo emite ruidos y copia los gestos exagerando para que sus hermanos la comprendan; todos ríen, hasta Lourdes. Por fin cómo le vamos a poner, pregunta Armando que parece el más entusiasmado, Juan Gabriel, amá, que se llame Juan Gabriel, ándele. Ya te había dicho que esos nombres no, Mandy; Mejor que se llame Cristóbal. Qué te parece, chiquito, ¿te gusta tu nombre?

Vemos a Cristóbal durmiendo en un cajón de madera envuelto con trapos y cobijas, el moisés está junto a la cama, Lourdes trata de tranquilizar al hombre, el padre del niño, el amante. Ruega, se disculpa por haberle pedido dinero pero dice que la entienda, sus hijos necesitan comer y ella todavía no está buena para irse al *table*. Él la toma de los brazos con fuerza y la avienta sobre la cama. ¿Quién te manda tener tanto chamaco? Hombre que te gusta, hombre que te hace un hijo; y más valía que ése se hubiera muerto como los tres difuntos que llevas. Lourdes hace oídos sordos a la humillación, busca las palabras, la actitud, incluso deja que su mano intente acariciar el falo. El hombre la insulta, la ofende y ante la insistencia termina golpeándola con el puño cerrado en la cara, en el vientre, otra vez en la cara aunque ella se cubra y quede ovillada en el suelo. Cristóbal despertó con el escándalo y llora. Antes de salir, el amante se detiene junto a su hijo, hace el amago de patear la caja, pero se contiene. Desde las colchonetas, Armando, Lady y Jacqueline lo ven atravesar el cuarto que sirve de comedor, cocina y sala; hacen como que duermen, su madre les tiene prohibido que se asomen, que pregunten. Vemos sus ojos espantados en la oscuridad, Mandy y Jacquie escuchan el llanto desgarrado de Lourdes, sus lamentos acallan los lloros de Cristóbal, ni modo.

Vemos el patio común de las viviendas, un patio de tierra, alguien puso un remedo de mesa en medio, son las seis de la tarde. El Cris está rodeado de niños porque hoy cumple tres años, Armando hizo milagros para comprar un refresco de cola del tamaño más grande y panqué de nuez, es su pastel. Vemos a los invitados: descalzos,

mugrositos, muestrario de ropa muy grande o chica, rota, los más pequeños en calzones. Todos cantan las Mañanitas, menos Lady que sólo emite ruidos, luego Mandy reparte bocados minúsculos de cada rebanada para que alcance y para dejarle un buen pedazo a su hermanito, que está muy contento, tiene mirada inocente, sonríe, observa todo y a todos.

Vemos que Lourdes entra a la vivienda con paso alcohólico, pasan de las cuatro de la mañana; la sigue un hombre, también parece estar borracho. Ella ríe cuando intenta cerrar la puerta y machuca el pie del invitado, el también ríe y se soba, ella chista y explica que sus hijos duermen, los señala. Al hombre no le importa lo que dice ni que haya alguien más, lo único que quiere es poner las manos en las tetas generosas de Lourdes y pegar su cuerpo a ella, que corresponde a sus ganas. Con paso vacilante caminan hacia el otro cuarto en busca de la cama, van quitándose la ropa, lamiendo, tocando, diciendo. Armando tapa los ojos de Jacqueline, Lady se los cubre sola, los ojos de Cristóbal quieren comprender qué pasa, se endereza, ve hacia el cuarto, ve a su hermano, que con señas le indica que duerma: el Cris se acomoda y aprieta los párpados buscando el sueño.

Vemos que Lourdes aún no llega, el nuevo amante está instalado en el viejo sillón viendo la tele, los niños también miraron el programa desde sus colchonetas; Mandy les hizo burritos de frijoles y salsa, como casi todos los días, el plato con algunos restos sigue en medio de ellos. Las niñas y el pequeño duermen. El mayor se levanta con el plato en la mano y lo deja en la cubeta donde ponen los trastes sucios, luego sale al patio de atrás, tiene flojera de ir hasta el común, sólo quiere orinar; casi acaba cuando siente que el nuevo amante de su madre esta atrás de él. El hombre lo engancha en una competencia absurda sobre el tamaño y sobre lo que se siente manipular el pene hasta la erección; entonces el sujeto se agacha a chupar el miembro infantil. Vemos placer en la cara del muchacho, un placer asustado que crece cuando encuentra el clímax. El hombre se levanta y toma la cabeza de Armando, ahora tendrá que pagarle con la misma moneda. Como es obvio, podemos suponer que la cuota irá creciendo en paralelo a los chantajes y amenazas.

Vemos que ahora es el Cris el que orina medio dormido. No ha cumplido los cinco años. El amante camina hacia él restregándose la entrepierna. Cuando se agacha para tocar al niño, una gran piedra se estrella en su cráneo. A mi hermanito no, cabrón, a él no. Los ojos del pequeño se llenan de susto cuando ve la cabeza que sangra y al hombre que boquea sobre el charco de orines.

La casa de dos habitaciones parece más limpia que antes, sobre la estufa hierve una olla de frijoles. Vemos que ahora es Lady la que hace de mamá. Asoma la cara para ver si Lourdes quiere comer, lo pregunta

a señas, pero ella está entretenida en calentar el bote de cerveza que atesora la piedra que inhala y no quiere nada, excepto que su hija se largue, se lo dice, y cuando insiste la corre con gritos y señas. Lady vence la cabeza, va por los platos, los pone en la mesa, donde un trapo guarda las tortillas de harina calientes. Entran la Jacquie y el Cris con sus cuadernos en bolsas de plástico; hambrientos, juguetones, gustosos. La hermana hace señas para que comprendan que su madre no va a venir a comer, que se está drogando, así que pueden acabarse los frijoles. La mirada del pequeño ya no es tan clara.

Vemos a Cristóbal en la escuela primaria de la colonia. Es la hora del recreo, junto con otros niños de su edad juegan a ser aztecas en todo el patio, que no tiene bardas ni malla ni confines; los pandilleros guerrean con otro grupo: los mexicles; unos y otros quieren apoderarse de dos metros cuadrados; con gises y bolígrafos se han dibujado en brazos y cara ruedas con ojos, tal vez pájaros o signos. Cualquier cosa es una pistola, cualquier cosa puede ser una metralleta o una daga, el chiste es anunciar el arma escogida y matar primero, de preferencia por la espalda, y luego hacer alarde para que el muerto no pueda levantarse: maté a fulano, maté a mengano. Eh, piñero, piñas, me hice a un ladito y no me atinó. Entonces hay que dar por buena la postura y volver a emboscar al resucitado. Vemos que el Cris es el líder de los aztecas y que sus ideas para atrapar al enemigo son acertadas, incluso inventa dejar a uno vivo, amarrarlo a un árbol para que confiese en dónde está el jefe de los mexicles. Como el niño lo ignora, y aunque supiera no lo diría, Cristóbal estrella el puño en su cara. El llanto del prisionero es acallado con los gritos de los otros aztecas, le dicen niña, puto, llorón; lo amenazan con no dejarlo jugar nunca si raja. Y el niño se traga las lágrimas y se calla cuando vienen los de su pandilla para que no digan que es marica y se calla cuando se acerca apresurada la maestra porque alguien fue a chismearle que allá en el árbol… el Cris mira fijo y amenazante al pequeño enemigo cuando insiste en que se cayó solo y se limpia la sangre de la boca, Cristóbal sonríe con ojos de gusto, es la primera vez que paladea la violencia y el poder.

Vemos al güerco, cumplió ocho años, hace gala de tener un hermano en la cárcel por asesinato, dice que toda su familia pertenece al cártel de Juárez, él y sus cuatro amigos se ostentan como gente de la Línea y cobran cuotas módicas a quienes quieren entrar al baño, niños y niñas: si no pagan no entran, y si rajan les echarán montón a la salida o le romperán las piernas a su mamá o la Línea irá a rafaguear su casa con un cuerno de chivo. Algunos han pagado los tres pennies, otros han quedado a deber y los más terminaron convenciéndolos por medio de intercambio, súplicas o crédito. Como los niños están en clases, los aprendices de delincuente tienen tiempo

de planear cómo obtener más dinero y “el jefe” sugiere que también ofrezcan protección; hay varios morros que son blanco de agresiones por gordos, porque usan lentes, por ser estudiosos, ¿y si los defienden por un dólar a la semana? Un dólar y un chocolate. La mirada del Cris brilla de emoción.

Vemos que Lourdes reprende a Cristóbal a las puertas de la escuela. La cara de la mujer evidencia los excesos, el niño se cubre con la bolsa de plástico que contiene sus escasos útiles y los libros gratuitos, que están intactos. Lourdes no tiene tiempo de seguir con el regaño ni tampoco encuentra argumentos, total, dice, esto me tocó por hijos: una muda, una pendeja, un pandillero y un asesino, a ti te perdono porque un dólar no es nada, en los ojos del Cris vemos alivio, pero a tu hermano… haber matado al único hombre que me quiso… nunca, óime bien, nunca volveré a ser su madre ni tendrá casa ni familia. Y pobre del cabrón que le abra la próxima vez que venga a tocar la puerta. Ándele, diantre de güerco tan abusado, jálele pal cantón. En los ojos del niño vemos resentimiento.

Jacqueline ya no quiere ir a la escuela, a cualquier hora juega a besarse y a toquetearse con otro desarrapado de la cuadra, como ahora, que lo hace junto a la vivienda; el Cris merodea ansioso. Vemos que la falta de actividad lo lleva a inventar torturas para las lagartijas, para los gatos, para algunos niños menores que él: una piedra a distancia, una trampa para que tropiecen, un aventón inocente. Lady trata de contener la violencia que habita en su hermano, lo consiente con una ración extra de lo que sea, pero la fierecilla le tiene tomada la medida, recibe el regalo, es un premio, y sigue con la escalada de crueldad y el ocio, alma en pena, hasta que por accidente, el niño de diez años descubre la droga que su madre guarda debajo de la cama; la ha espiado, sabe cómo se enciende. Y lo hace y se aletarga y sale a abrazar a Lady que lo huele y lo quita emitiendo estridencias como regaño. Vemos que el Cris se enfurece y con fuerza insospechada avienta a su hermana, que se golpea la cabeza en la pared y escurre hasta el suelo inconsciente. La rabia del chamaco se mezcla con el miedo. Ahora vemos que rompe lo que encuentra, destruye, golpea. La Jacquie entra corriendo a mirar qué pasa y tiene que huir para salvarse.

Vemos que el niño ya no es Cristóbal ni el Cris, es el Loco, así le dicen los que lo entrenan para gatillero. Empezó como informante y lo hizo bien, luego lo probaron haciendo pequeñas entregas en una mochila como la que nunca tuvo, también lo hizo con esmero; el jefe del grupo se sorprende por las ganas que le echa el morro, es muy listo aunque tenga doce, y no le saca, el primer muerto por encargo es la cuota de entrada, por el segundo le pagarán treinta dólares. Ese güerco es el mejor de los cincuenta cholos de esa camada que

formaron con habitantes del cinturón de miseria, la basura de la frontera.

El Loco ya pertenece a la Línea, es muy confiable, trabajo que le encargan, trabajo que hace sin preguntar; las extorsiones y los secuestros son lo que más le gusta, vemos cómo le brillan los ojos cuando golpea o da toques o inventa torturas para amedrentar a la víctima. Tiene una AK-47, una 38 con cacha de oro, la puntería precisa y la sangre fría. La mitad de los funcionarios del gobierno no se da cuenta de lo que pasa en Juárez, los billetes verdes producen sordera, ceguera, amnesia; la otra mitad sí lo sabe, pero prefiere no arriesgar el pellejo.

Vemos que el Loco se encuentra a la Muñeca, así se llama ahora Armando, el que es su carnal, su apá y hasta su amá, no conoce otro amor filial. Se abrazan con el cariño y las palabras y las tristezas, dejando hilachas entre ellos y lágrimas. Comparten una bacha en la que entierran lo que ya nunca van a decirse. La Muñeca abre las puertas del cártel para su hermano, lo presenta con el jefe, responde por él. Después se va, está asignado al trasiego y hay una carga en espera.

Vemos que el Loco hace dupla con otro sicario, son Linces, asesinos a sueldo; viven aislados, se mudan con frecuencia, no hablan con nadie. El Loco golpea a la prostituta que le toca en el reparto, desprecia a las mujeres, las insulta con vileza. El Loco derrocha cuanto gana en droga y juguetes electrónicos, mata a más gente de la necesaria, habla de la emoción que siente al apretar el gatillo y al ver la sangre, siempre se arriesga hasta el límite. El Loco se inyecta tanta heroína en los ratos de ocio que su lealtad pareciera más endeble con el nuevo día, y los objetivos se han ido diluyendo…

Pasan los días para el resto del mundo, para él son todos iguales. Necesita una esperanza, un juego nuevo o más droga… y no tiene un peso.

Vemos que el muchacho termina en dos partes: el cuerpo de dieciséis años con torturas, expuesto, hinchado; la cabeza en un costal para mandársela a la Muñeca, que no ande comprometiéndose por cuenta de traidores, entre narcos no hay familia ni amigos.

Nadie reclamará el cuerpo de Cristóbal.

Tal vez mañana la noticia sea un mensaje y veamos esa cabeza en algún periódico amarillista de circulación nacional, como portada de un libro o en alguna página de Internet; tal vez veamos en esa cara los ojos incrédulos y un gesto de niño asustado.

DOS

Al principio estaba agarrotada de miedo, el corazón se me cambió

de acomodo, lo traía bien gordo en la garganta tronando igual que tormenta, y mis ojos nomás miraban, allá lejos un lado y allá lejos el otro que parecía el mismo, todo igual. ¿Para dónde agarro? Sabrá Dios si pasaban montones de minutos o pocos, el paisaje seguía casi lo mismo más que por el sol, a ratos más pálido, rayos de cuchillo; a ratos una losa del tamaño de la vida. Pura arena gruesa, parda, y unos cuantos matorrales agarrados con sus patas cortas a la poquita agua que ha de caer de en veces. Me apachurraba una mano con la otra para encomendarme a la virgen y al Sagrado Corazón y resistir porque entre mí no lo creía, pronto allá iba a verse el bultito de la camioneta acercándose rodeada de espejos que son mentiras, haciendo humos de luz y calor hasta volverse verdad, ¿cómo no iba a regresar?, ¿por qué dejarme en esta inmensidad de nada? Ese Zopilote iba a volver o a mandar a otro pollero, o uno cualquiera tendría que pasar, hasta la bórder patrol, que dicen que anda husmeando como conejo por toda la orilla de su barda, hasta esa podía acercarse de repente y entonces yo le haría señas a brincos o como pudiera, porque dolía moverse, pero iba a doler más quedarme sosegada hasta que el sol empezara a derretirme. Y pasaron quién sabe cuántos tiempos, más que mis fuerzas, menos que mi sed, y el sudor me empapó el cuerpo herido y la salecita ardió como chile, y llegó la noche; una noche nueva de tan grande, oscura y calmosa.

Ya no me atormenta el sol, ahora soy parte de este desierto, de esta luna, soy la princesa del desierto. Ahora acaricio y juego las piedritas tibias con mis manos: meto los dedos, los entierro, los hago caminar haciendo surcos, formas; la arena gruesa es tan alegre que me hace olvidar el pasado nuevo y mejor me lleva de las greñas al pasado viejo que traigo cargando; ése que es dulce como chirimoya porque nomás lo sé de oídas, una película arrugada de cuando mi abuela llegó a México a refugiarse desde aquel lado del río Suchiate, el río atrabancado que separa esas naciones mayas que en otro tiempo fueron la misma; un río que atravesaron ella y los suyos tragando agua y poniendo duro el cuerpo para resistir la corriente, porque al otro lado estaba la esperanza y atrás se iba quedando la muerte; mi abuela y sus padres y otros paisanos ayudándose de una cuerda larga que el líder había amarrado de la orilla de cada país. A unos se los llevó el río, a otros les entró el miedo y se echaron de regreso a esperar las balas del gringo invasor o del gobierno, pero muchos sí escaparon y la autoridad mexicana construyó un campamento para esos guatemaltecos, para salvarles la vida, dijeron, y les traían comida y doctor y medicinas porque no se podían mover de ese pedazo de selva; de ahí que sembraran hijos y verduras; ahí, sin asomar los pies, advertidos del castigo. Un paraíso sin dios. Hasta que las autoridades se fueron olvidando o cansando y los dejaron con su hambre y las

chinches y los males de las tripas; los dejaron que empezaran a morirse para que mejor regresaran a su selva y a sus balas del otro lado del río, pero algunos jóvenes huyeron del campamento buscando comida o trabajo o libertad, y la abuela, que era muchacha, escapó con Pedro Domingo, escapó de su madre y del paraíso, y así, escondidos en la selva de este lado se hicieron uno con las plantas y se hicieron dos y tres y más, y entre esos chiquillos que les fue trayendo la juntura nació mi madre, apenas para conocer a su tata, que se fue un día en el tren de la muerte a buscar trabajo allá, al otro lado de otro río, adonde todos decían que se ganaba mucho billete verde, muchos cheles para mantener a los patojos tiernos que no lo volvieron a ver al tata; y Elmira se quedó palmeando tortillas en una fonda y lavando ropas ajenas y llorando por las noches cuando ya no la escuchaban sus muchachitos; y la sombra de mi abuelo se fue perdiendo en la memoria de todos y entre los rechinidos de la cama que cobijó a otro Pedro y luego a otro, porque la abuela sentía frío en los huesos y ya estaba cansada de llorar al primero, al de verdad, y se sacaba los chamacos que le dejaban los Pedros porque decía que ya tenía seis bocas llenas de hambre. Pero una noche el gancho de sacarse hijos estaba tan filudo que le hizo tremendo hoyo en los adentros y por ahí se empezó a vaciar la abuela, y a empapar la tierra de su casa de palos que había levantado Pedro Domingo en un rincón de la selva, y sus pasos ya no fueron por la mañana a buscar el tambache de ropa para lavar ni fueron a la fonda de El Porvenir a echar las tortillas gorditas que la habían hecho famosa, las tortillas de segundo tiempo que aprendió a palmear en Guatemala.

Cuando en la mañanita los chiquillos la vieron tan pálida y tiesa tuvieron miedo: del mundo, de las gentes, de los días que iban a seguir quién sabe cómo y mejor callarse y mejor enterrarla y mejor decir que estaba enferma y buscarse ocupaciones y mandados; pero las gentes sospecharon de no ver a Elmira y no verla y no verla, y sin en cambio mirar a los chiquillos más mugrosos y flacos, hasta que le sacaron la verdad a uno de mis tíos y las mujeres vecinas abrazaron a esos huérfanos que ya pudieron llorar a su difunta y comer una sopa caliente.

La arena se chupa la sangre, la arena siempre tiene sed, la tierra de la selva no, ésa está viva y cuando siente frío se tapa con las hojas de tanto árbol. En cambio aquí se anda tan solo… ni un alma… que la gente se ha de hermanar con la luna y con la cobija de estrellas; al cabo es una vista bonita y me conforma. Antes, cuando abrí los ojos y no conocía me asusté; me puse a pensar con mucho esfuerzo para entender qué había pasado, y poco a poco me fueron llegando las hilachas de recuerdos: la risa podrida del Zopilote, las palabras podridas; sus manos esculcando, los trapos rotos, manos de fierro,

dientes de perro y luego un golpe y luego sangre, y su lengua en la sangre, y otra mordida y otro golpe para que no estuviera chillando. A ratos me moría y él mismo me echaba un buche de agua, me quería despierta para que gritara, para que tratara de defenderme hasta que se cansó de jugar, se cansó de coger, se cansó de echar agua en mi cara o se le acabó, quién sabe; y yo me harté de gritar, de llorar, de maldecirlo; al pollero, al desgraciado, porque fue capaz de engañarme: que me iba a cobrar nomás quinientos dólares porque era una pollita muy linda, y que me iba a llevar más lejos para que no me agarrara la bórder patrol, y que si me portaba bien hasta me iba a conseguir jale en la pizca de unos socios. Le creí. Le creí porque tenía muchas ganas de creerle, no le costó trabajo al mal nacido. Desde el piso de la camioneta lo vi subirse el pantalón, el cierre; sonó la hebilla, buscó su sombrero y luego me arrastró de las greñas para sacarme. Sentí el tajo, oí luego el motor y el tronidito que hacen las llantas cuando aplastan los granos de arena. Entonces terminé gritando maldiciones para mí, la culpa era mía. Clarito vi que me levantaba y corría atrás de él, corría tan fuerte que lo alcanzaba y no lo dejaba pasar. Clarito vi. Pero no, seguía aventada, con la ropa hecha garras, con los pezones masticados y el suelo chupando mi sangre. ¿Qué iba a seguir? Ahí empecé a ver el desierto tan grande, desierto para todos lados. Vas a volver, Zopilote maldito, dije primero, y luego me dio coraje porque otra vez me estaba engañando sola, pero ya no me quedaban lágrimas ni gritos, a lo mejor ni fuerzas. Las heridas dejaron de dolerme, se fueron quedando sordas y luego se durmieron, y la sed se me fue olvidando porque la cabeza ya no pensaba como es su trabajo sino que armaba visiones y gente y luego ya estaba yo hablando con mi madre, con ganas de soltar los sentimientos y con ganas de callármelos porque ¿y si se iba y me dejaba ahí tirada? Me acostó en sus piernas como cuando vivíamos en El Carrizo y mientras me sacaba la arena de entre los pelos se puso a contarme de cuando ella era chica, igual que antes.

Los hijos de mi abuela fueron juntándose a la gente que les dio caridad: una aquí, otro lejos, otro quién sabe dónde para trabajar la tierra o para restregar los pisos o para vender por las calles de San Javier, que fue lo que hizo mi mamá: aprender a cargar el rebozo panzón de fruta, sonreír, hablar español y hacer cuentas para dar los cambios y evitar manazos. Eso fue su trabajo hasta que creció y se hizo muchacha bonita, porque tenía la sonrisa de dientes parejos y blancos, y se le hacían hoyitos en los cachetes rojos como duraznos, y el hijo del tendero la llamó para comprarle toda la fruta. Dijo: ven, muchacha, para que me la dejes acá en el pasillo, y mi mamá obedeció tan contenta sin pensar que el hijo del tendero también quería otra cosa y que la iba a jalar de la trenza para tumbarla y encajarle las

rodillas y arrancarle los calzones y meterse adentro de ella rápido, sin darse cuenta de que Eulalia le hubiera dado lo que él quería porque era un muchacho guapo y fuerte, como un sol, decía, y con unos ojos verdes iguales a la selva donde ella había nacido, y cuando mi madre ofrecía la fruta a las puertas de la tienda lo espiaba por la orillita del ojo y a veces lo soñaba despachándole arroz o frijol o un cuarto de queso fresco o un peso de curtidos. Mi mamá se llamaba Eulalia, mi papá se llamó hijo del tendero. No sé cuántas veces ella se haya abierto para él después de esa, la vez de los apachurrones y los llantos que no duró nada, pero sí sé que cuando el español viejo se dio cuenta de que la panza de Eulalia crecía conmigo adentro, le dio dinero a la madrina para que nos mandara lejos, que no volviera a San Javier, dijo, para que no la metiera a la cárcel por embaucar a su muchacho, dijo, y mi madre fue a dar en ca unos parientes de la madrina que vivían muy cerca del mar. Allí nací. El sol me hizo prietita para tapar el recuerdo de mi padre en la piel; las cuijas me arrullaron por las noches. Mis pies no supieron de otro suelo que no fuera la arena en las calles, en los cuartos, en los caminos, en los rincones que los niños le ganábamos a las plantas para jugar, en la escuelita donde aprendí a leer y a hacer números. La arena estaba en la comida, se levantaba con los vientos para meterse por las narices, en los ojos; se escondía entre la ropa; y los domingos íbamos a la playa, a jugar la arena vuelta castillitos y montañas y acequias, y escuchábamos al mar, a veces contento, a veces triste, a veces tan mal geniudo que azotaba sus fuerzas en nuestras patas y luego nos hundía en la arena; siempre la arena.

Eulalia se fue a trabajar donde los petroleros y me dejó en ca los compadres de la madrina, que ya eran viejos y no tenían hijos y estaban muy contentos conmigo, hasta que murió doña Choca y don Choco tuvo miedo de criarme y mejor volverse a Macuspana y mandó llamar a mi madre. Era muy otra, una desconocida: ojos de artista y la boca roja como bandera; ya no era aquella que me llevaba de la mano para sentarme a la orilla de la playa y jugaba con la espuma de las olas que mojaban nuestros dedos panzoncitos, Eulalia iba disfrazada. Yo también era una desconocida para ella. Nos quedamos mirando y se le empezaron a escurrir las lágrimas porque en el verde de mis ojos encontró el recuerdo de mi padre que nunca supe cómo se llamó, tal vez ella tampoco. Qué chula estás, Eunice, ojitos de gato, me dijo. Y me llevó de la mano donde trabajaba para recoger sus cosas, sus ahorros; para decirle adiós a las personas, y nos fuimos a otro lado más al norte, adonde nadie la conociera para no tener vergüenza, dijo, yo la oía sin comprender, y nos fuimos en un camión que se tardó mucho tiempo, mucho. Yo dormía y despertaba, y los paisajes iban cambiando de verdes a secos y a más secos, hasta que llegamos a una

ciudad llena de casas de piedra y de iglesias de piedra que desde el alba empiezan a sonar sus campanas para que se vayan los pecados de los que durmieron con ellos o los que soñaron con ellos, y así purifican los pensamientos de todos; y es que con el recado de una de las mujeres amigas de allá, Eulalia consiguió trabajo en una tienda, y se fijó bien en aprender porque pasaba ahí muchísimas horas. Las tiendas siempre le traían recuerdos verdes.

Fue el tiempo más mágico y más pobre, el más cariñoso y triste, era mucha la soledad y más el aprieto; mi cariño no le llenaba el corazón y el color de mis ojos le fue abriendo un agujero de suspiros en el pecho. Una noche Pedro vino a cenar a la casa, era el Pedro de ese tiempo y de esa mujer; también trabajaba en la tienda, sólo que haciendo entregas. Mi mamá se pulió con el guiso y después de cenar me mandaron a la cama. No sé por qué no me extrañó que a la mañana siguiente Pedro siguiera en la casa, en la cama, en la vida de Eulalia. Ya no tuve a mi mamá para mí, Pedro tenía celos del que fue mi padre y a veces los desquitaba conmigo, mi casa ya no era tan mía y Eulalia se veía contenta y cantadora y hasta tuvimos tele. Me apuntaron en la escuela y la maestra se volvió el hada de los cuentos. La maestra Clarita era vieja, pero se convertía en princesa, reina o hechicera, en caballo y hasta en palacio encantado; la maestra le puso muebles a mis sueños despiertos igual que a los dormidos, y me enseñó a saborear los colores más que los números, las letras eran colores; Clarita me pintaba las arenas de un desierto que se llama Egipto, un reino de alfombras y camellos y una princesa muy lista que inventaba historias para no morir. Pero en las noches el hambre seguía apestando en mi casa y las discusiones, cuando él llegaba borracho, iban orinando las paredes y los muebles, y mi nombre siempre brincaba como chapulín asustado.

Una tarde Pedro dijo que la única forma de acabar con nuestra pobreza era irse de mojado a ganar oro; juntaría para construir, para poner un changarro; mandaría cada mes. Estaba decidido, se iban él y su primo y otro amigo, ya les habían anotado los datos de un pollero que conseguía trabajo en Texas. Eulalia se enojó, lloró, suplicó, dijo que iba a ser la misma cosa que con su tata, porque los que se van no vuelven y que ella no quería llorar el frío en los huesos como Elmira, y lloró más y se abrazó de Pedro. Él la puso quieta. Yo me escondí en el patio muchas horas, tantas que se asomó la luna y el frío y el miedo, y me escurrí a mi camita con las orejas apretadas para no escuchar tanta tristeza.

La casa era chica, apenas dos cuartos, pero el lunes la casa se hizo grande: no había tele ni todas las cosas de Pedro; tampoco dinero. Eulalia tenía ojos de mandarina.

No sé para qué hago el recuento de los tiempos tristes como si

alguien pudiera consolarme. Yo sólo quería volver al recuerdo y recostarme en las piernas de Eulalia cuando me sacaba los granitos de arena de entre el cabello y el mar sonaba con sus rugidos cariñosos, pero una cosa me lleva a otra y a otra, y ya para qué.

Sí, vivir en la ciudad de las piedras fue lo peor aunque haya sido lo mejor, porque me quedé con la maestra cuando ya no tuve mamá ni casa, pero nunca saboreé eso, que era lo mejor, por estar retorciéndome en lo peor. Y aunque yo haya tenido la culpa, no sé cómo podría haber hecho para que Eulalia no trajera un hijo de Pedro en la panza y me gritara que ya había padecido bastante por mí y que si ella pudo ser huérfana yo también tenía que poder. No me dio tiempo de armar las palabras porque se me pelearon con las lágrimas en la garganta, y cuando quise ya mi mamá no estaba. Tuvo razón: por mi culpa la echaron del pueblo donde se enamoró del hijo del tendero, por mi culpa dejó su trabajo en la casa aquella donde tenía buenas amigas y se pintaba la boca del color de las sandías jugosas, por mi culpa peleaba con Pedro, el amor bueno de su vida, dijo, así que se vino al norte tras él y yo me quedé allá, pero no estaba en ningún lado, como ahorita.

Es bueno vivir con maestras. Se aprende. Hubiera querido estar con la cabeza despierta para que alguien se sintiera orgullosa de mí. Ay, sí, qué fácil se mira desde esta cama de arena… pero no pude, también tengo la culpa de los enojos y las penas de Clarita. Soñaba con venir a buscar a Eulalia para pedirle perdón, para prometerle que nunca más sufriría desprecios por mi causa, era lo único que le rezaba a la virgen, que me pusiera los medios para juntar dinero y fuerzas para encontrar los caminos. Y una tarde que estaba en el jardín me dije: sí me escuchó, la virgen de Loreto me escuchó y ya me mandó a Remigio, y es el camino.

No sé si lo hubiera querido, no sé si me gustó, aunque feo no se veía parado frente a mí, pero más bien su prisa me fue enredando, su prisa y las botas picudas que dijo que eran de pellejo de víbora. Subía la punta a la banca para empinarse a mirar mis ojos de cerca, ojos de gato, dijo. Mira pues, ojos de gato, ¿será que me recordó a Eulalia y se coló por esa tabla mal clavada? ¿Y qué? Igual lo hecho ya no puede borrarse.

Está bueno, dije, porque se llamaba con otro nombre. Está bueno, dije cuando me invitó a venirnos pal norte, así, pal norte, que porque la cosecha en Coahuila y le iban a pagar todo junto y los contratos y tenía que apuntarse ya; y que quién era la maestra para pedirle permiso si además él no tenía para la boda y yo era menor de edad. Está bueno, dije a todo, porque ya me iba quedando más cerquita, y le di gracias a la virgen y me puse contenta; y todavía pensé que era ella la que mandaba señales cuando la pizca se fue poniendo más y más

pesada y acarreaban a los hombres como animales desde temprano, en camiones, para llevarlos al campo, rodeados de escoltas a la hora de comer, en camiones para regresarlos a los cuartos donde nomás caían como moscas de tan cansados. Más trabajo más dinero, pensaba yo, al cabo es por un tiempo. Ni luz había, pero qué tal el calor.

Una nochecita vinieron a avisarme que desocupara porque Remigio se había escapado. ¿Remigio? Que adónde, que cómo. Nada. Ellos no dan explicaciones ni aceptan que uno les pregunte a otros trabajadores sus compañeros. Como estacas esperando que jalara mi garrero sin lugar adónde ir, sin centavos. Oiga, pero… y para que todos pudieran oír me dio la paga. Esto fue lo que juntó el inútil de tu marido. Los ojos de los vecinos brillaban blanquitos en la noche, y yo tenía ganas de llorar y decirle que cuál marido, que ahora qué iba a hacer con las promesas y los sueños, pero dije no, no le voy a dar gusto a este viejo bigotón, Remigio me está diciendo que me siga más al norte, la virgen también me está diciendo que me siga más al norte y me da los medios, así que buenas noches. Y me fui arrimando a la orilla de este país, a la que me quedaba más a mano: Ciudad Acuña. Ahí encontraría un pollero que me cruzara el río. Nomás pregunta por el Zopilote, dijeron.

Y hasta aquí llegamos la virgen y yo. Hasta esta madrugada que cada vez se va poniendo más dulce, más fresca y más triste, que me ha ido secando las lágrimas porque de todos modos ya no hay remedio. No voy a tener tiempo de buscar a Eulalia para decirle que no es que su tata haya sido ingrato sino que se cayó del tren de la muerte y una rueda lo partió a la mitad, y que él tuvo la culpa, porque se vino de Guatemala huyendo del gringo para luego irle a buscar la cara a su tierra, y que ésa es la desgracia que nos marcó a todos: soñar con el norte y quedarnos soñando, con la mirada perdida en las nubes para siempre, como le pasó a él.

Consolarla… eso es lo que hubiera querido, pero ni modo, madrecita, ya no hay forma; aunque lo vi en el mapa montones de veces nunca quise creer que este país fuera tan grande y tan feo, puro desierto sin princesas ni camellos, desierto sucio.

De buena gana le daba de retache para irme en ca de Clarita hasta hacerme yo también maestra, como ella siempre quiso; de buena gana hacía penitencia dura en la Procesión del Silencio por andar creyendo que los asuntos en donde mete la cola el maloso son bendiciones de la virgencita, de buena gana me olvidaba de la virgen de Loreto y le pedía otra vez a la Guadalupana que por favor me devolviera la vida para empezar de nuevo, que ahora sí me iba a fijar bien para no tener la culpa, para no hacer sufrir a la gente, para no creerme de lo que yo en mis adentros sé que son mentiras, como la huida de Remigio, el pobre, si también está muerto; pero ya me da vergüenza de que la

Gualupita piense que no es cierto, que me ando acomodando y que nomás he estado duro y dale con el recuento de tanta calamidad para que se apiade de mí, porque lo que en verdad necesito no es encontrar a Eulalia ni a Remigio ni trabajo ni dólares, sino que la santa me saque de este hoyo que se ha ido haciendo cama para cobijarme, y que me arme los huesos que se están volviendo arena, porque así como estoy nadie va a poder dar conmigo y ya nunca tendré cristiana sepultura.

Tercera parte

Carajo, ahora sí que está enredado el pedo… me lleva… era la hora correcta… pa qué fue el bato a su cuarto. Porque decir puede decir lo que se le ocurra, pero ya era hora de venir al resumen. No, pa qué le doy vueltas, el infiltrado no era ése y tuvo mala suerte. Ora ya. Lo aguanto hasta donde pueda porque chingá, no sé si desaparecerlo o hacer reporte o qué madre. Y no sé qué tan importante era el güey. Y ya están todos muy sentados y atentos y yo rolando la cagada. ¡Ya! ¡Habla!

Señores, señoras, digo… bueno, más bien pienso… no me crean, digo, ni me conocen, psss, *la estás cagando, concéntrate…* pero en el 2001, cuando mandaron a Osiel Cárdenas al gabacho subieron en el mismo avión a su enemigo más clavado: el Güero Palma, el que era socio del Chapo y que lo agarraron porque se cayó su avioneta en Tepic; cosas de la suerte, ¿erdá?, el único que sobrevivió y que lo enganchan. Pero no sólo ellos iban en el avión de las extradiciones, creo que míster USA pagó por la docena: también subieron a otro operador del Chapo: Saúl Saucedo; y nada menos que al Mayel, el que se hizo famoso por las pachangas que hacía con perico y colombianas y por ser el mejor pasador de droga de los Arellano Félix; subieron al Gilillo, hermano del Mayel, que empezó con los Arellano y luego los traicionó para unirse al Mayo Zambada cuando se puso a hacer un corredor para el trasiego en Baja California, territorio de los Arellano, el CAF. Bragado el Gilillo, antes no se murió, y yo lo comprendo, oigan, entre el Mayel y el Mayo hay dos güevos de diferencia.

Pero ya ni modo, porque si dejaba que creciera el escándalo ahorita estaría cavando mi propio hoyo para que me comieran los asqueles, a güevo.

A otro que subieron fue al Güero Gil, incondicional de Amado Carrillo Fuentes, el Señor de los Cielos, cártel de Juárez. Y el último fue uno de un cartelillo pedorro: los Arriola, empresarios de Chihuahua, ái medio socios con el cártel de Juárez.

Era él o yo y ya fue, así que mejor mira lo que hablas. Ahoy lo de ahorita y luego ya veremos.

Lo que les quiero contar es que en la misma charola pusieron a gente de cada cártel: Osiel del Golfo, el Güero y Saúl del Chapo, el Mayel de los Arellano, el Gilillo del Mayo, y Miguel Ángel Arriola junto con el Güero Gil de Juárez. ¿Qué pensarían de ver a sus rivales en el asiento de junto? ¿Seguían siendo enemigos? ¿Se les arrugaría de imaginar que en un descuido cualquiera los pica hasta con un tenedor de plástico? A lo mejor ya ni en cuenta, oigan, a lo mejor ya nada más

sentían necesidad de irse en bola no sólo por tener la misma profesión sino por ser mexicanos.

Creo que en su tiempo los Arriola fueron de peso, antes exportaban carne, les decían los *Pichones*, y luego ya importaban coca directa de Colombia vía Venezuela, y estaban bien parados con aquel gobernador Patricio no sé cuánto y con el procurador, uno que sí sabía hacer negocios, el Chito Solís, pero siempre camelaron todo bien discreto, hasta el lavadero, y en el mismo tono discreto los gringos les fueron pegando hasta que los tronaron. Por eso nomás los chihuahuenses lo saben.

Adónde vas con tanto detalle, a ver, qué les importan los Arriola. Y ni creas que no te están mirando los patrones, pendejito. Recomponte, no le hace que no hayas oído la exposición, ya sabías por dónde iba.

Como les decía… el cártel de Juárez siempre ha sido amo y señor de la plaza que es, ¿cómo le dicen?, la manzana de la discordia, el portón.

Y bueno, seguro ya escucharon los excesos del pinchi Viceroy. A nadie le extrañan, se mete mucha coca y le gusta asesinar, en eso él y Ramón Arellano Félix son iguales, o eran, porque como les conté ayer, ese Arete murió baleado en Mazatlán.

Camelo que ya se hicieron bolas con tanto nombre y tanto apodo, si quieren les hago la historia para que se vayan familiarizando… *más bien pa agarrar la viada*. Resulta que desde los sesenta hasta los ochenta y tantos, el que pasaba droga por Juárez era Pablo Acosta Villarreal, un campesino de Ojinaga criado en Texas; su segundo era ex jefe de la policía: Rafael Aguilar Guajardo. Cruzaban heroína, coca y mota por el desierto del Gran Recodo, yo no lo conozco, pero parece que es muy árido, y de ahí la distribuían a California para la izquierda y hasta Carolina del Norte por el otro lado. Y un traficante de Jalisco, don Neto, le llevó a sus sobrinos Amado y Cipriano Carrillo Fuentes. A ver si me hace favor de enseñarles a trabajar, compadre, son listos mis muchachos, pero este Amado anda de robacarros gastando la pólvora en infiernitos. Don Pablo Acosta se hizo viejo y una tarde lo cazaron los federales: que te rindas, no tienes escapatoria. Ah cómo chingaos no, dijo, le mentó la madre al federal y se pegó un tiro. A la cabeza se puso Rafael Aguilar Guajardo, que traía a puro agente de la DFS ¿se acuerdan de la Dirección Federal de Seguridad? Pues puro de ahí, habían sido sus colegas. Y este bato Rafael era más joven y quería más, oigan, y se anchó para Coahuila; así se empezó a formar el cártel de Juárez, con él. Y ahí seguían ya como socios Amado y sus hermanos Vicente, el Viceroy, y otro: Rodolfo… a Cipriano lo ejecutaron antes. Carrillo Fuentes es el Señor de los Cielos. De ése sí se tienen que acordar, fue el que murió cuando le estaban cambiando la cara y creo que la panza. Bueno, pero ya le brinqué a la historia.

Vamos tantito patrás. En 1993 asesinaron al ex poli Aguilar Guajardo en Cancún y ¿quién quedó como jefe? Pues su segundo, que era un zorro suertudo y amante de los aviones, le gustaban de corazón, hasta tuvo su aerolínea. Empezó a traer cargamentos en Boeings 727: Colombia-Venezuela, Venezuela-Cancún, Cancún-Ciudad Juárez, todo era su corredor; y de Juárez a cualquier lado, en carrotanques de la policía judicial, ellos le protegían la carga ¿y cómo no, oigan?, invertía cinco millones de dólares de esos tiempos en mordidas, regalos y nómina de federales. Antes todos los capos eran respetuosos de los territorios: que voy a traer de allá y aquí está la cuota, que voy a pasar por tal y aquí está la cuota; nomás confiando en la palabra. Hasta tenían un dichito: "entre chuecos las cosas son derechas".

Aunque tuviera residencias por todo México para desaparecer y aparecer, el *Señor de los Cielos* era gente del campo, un plebe de Guamuchilito que apenas sabía leer, pssss, llegó hasta tercero de primaria pero era tal y como dijo su tío don Neto: muy listo, y aprendió bien de don Pablo, y volvió locos a los gringos porque ganaba un chinguísimo de millones de dólares cada día, como doscientos. Todo bien aceitado, gobernadores y procuradores, y hasta el general Gutiérrez Rebollo estaba a su servicio, oigan, nomás que a la DEA no le gusta que le jueguen el dedo con tanto descaro, en 1997 le apretó las tuercas al presidente Zedillo y los negocios se empezaron a atorar y hubo cacería; entonces Carrillo Fuentes dijo pues síganle buscando, oigan, yo me voy con mi familia a Chile, ái les dejo a mis hermanos, a mis socios y a mis empleados, agentes y políticos incluidos. Pero de seguro la pensó tantito: si me quedo con esta cara tarde o temprano me van a apañar, como que se ocupa un cambio… Se vino de Chile nomás a eso, a morir en su tierra. Entonces su hermano Rodolfo, el Niño de Oro, dijo ya van, soy el jefe, me toca, y que se lo ejecutan. Y el Viceroy, el que sigue de los Carrillo Fuentes, debe haber dicho: ¡viva la flaca! Mis carnales ya no me van a estar controlando el dedo en el gatillo ¿erdá?, ya me puedo atascar de coca, ya no tengo que empinarme ni recibir órdenes ni compartir las plazas ni el portón.

Qué hago con el cuerpo y cómo lo reporto. ¿Es el muerto lo más urgente o encontrar al infiltrado? ¿Y si son dos o tres?

¿Pero quién iba a querer jalar con el Viceroy? Los asociados lo mandaron a chingar a su máuser, primero se fue el Mayo, luego el Azul y por último Nacho Coronel. *Si yo hubiera mandado un comando para chingarle la cumbre al Azul, mando cuatro cabrones…* Por eso los Beltrán Leyva se quedaron negociando para ambos lados, y los del Golfo igual. Como quien dice: a prueba.

Pero aparte de entrenados deben tener órdenes de desconocerse o a lo mejor neta ni se conocen.

Ésa es la historia del cártel del Juárez, y hay otra historia de Chihuahua y la DEA que me gustaría contarles, digo, si no están muy cansados… al cabo es cortita.

Quiénes de éstos parecen de allá. Tas pendejo, no tienen que ser de Chihuahua. Más bien si me fijo cómo comen a ver si enseñan el cobre o algo… o quemo el último cartucho hablado.

A mediados de los ochenta hubo un capo de capos: Rafael Caro Quintero, también de Sinaloa, ese fundó el cártel de Guadalajara; don Neto, el tío del Señor de los Cielos, y otros narcos de ese tiempo estaban con él, y resulta que compró mil hectáreas en Chihuahua para sembrar mota. ¡Imagínense!, tenía a diez mil campesinos chingándole a la cosecha; estaban medio secuestrados, porque ni modo de cuidarles la boca a distancia, oigan; ora sí que secuestrados por su bien. Entonces apareció el Kiki Camarena y les dijo que era un policía gringo corrupto que podía protegerlos, ¿ah sí?, pues gracias, carnal, de a cómo no. Y el día que iban a llegar los camiones a recoger la cosecha lo que llegó fue el ejército. Caro Quintero y sus socios perdieron todo, a duras penas alcanzaron a pelarse.

Tres o cuatro con sus órdenes cada uno, chance y una vieja…

Entre los socios estaba Miguel Ángel Félix Gallardo, el capo mayor, el que casi estoy seguro que es el dueño de este rancho.

Alguno tiene que reaccionar, a güevo, y aplícate, que no tenemos medio año.

¿Cómo se paga la traición entre nosotros? Desde el primer día les he venido diciendo cómo se paga, oigan. ¡Con la vida! Una de dos y cada quien que le piense: Camarena se rajó. O neta estaba haciendo su chamba como agente de la DEA. ¿Y ya por eso tiene otros derechos? No, señores y señoras, eso no le quitó lo traidor. Él les puso el dedo, él vino a saber y luego usó esa información porque tenía otros patrones. Se la jugó… y es lo mismito que si alguno de ustedes viniera de pinchi infiltrado pensando que acá nos chupamos el dedo… lástima, pero se ocupa matarlo.

Por eso cuando a Caro Quintero le quedó claro tuvo que cumplir con nuestra ley, ni modo de hacer excepciones porque me caes bien, güerito. La muerte de Enrique Camarena le costó la cárcel, a varios, entre ellos al tío de los Carrillo Fuentes, a Caro Quintero y a Félix Gallardo.

Ya tengo un candidato, nomás faltan las pruebas. ¿Ya revisé su cuarto? ¿Cuántos me faltaron? Ni modo, Filito, te la vas a tener que rifar conmigo, ora sí que ya no puedo tenerlo con "aguántame tantito", ya vamos de salida.

Espero que este resumen sirva de arranque pa los que no saben quién es cuál, y ahora sí volvamos al repaso de lo que se planteó ahoy sobre el cártel de Juárez. El Viceroy no es honorable, no se puede

pactar con él; cree que su gente de la Línea está cumpliendo con su parte, y esos hasta tienen un segundo mando que son los Aztecas, unos pandilleros con mierda en la choya, nomás piensan en matar, en Juárez o en El Paso; pero la Línea ha crecido y no tarda en querer chisparse por su cuenta, de un enemigo saldrán dos. Por otro lado el Viceroy está convencido de que su alianza con los Zetas es la buena porque sabe que el Lasca ha abierto nuevos negocios, como el secuestro de centroamericanos para pedir rescate o para incluirlos en su cártel, por eso les ha ido cediendo corredores y poder; hasta presta oídos cuando Lascano le aconseja que forme un escuadrón de sicarios con ex militares; sólo que el mando y control de esos que al parecer son los Linces lo va a tener la Línea, con lo que Vicente aumentará el poder del que pronto será su rival.

Como decía mi abuelo: divide y vencerás.

El Lasca es igual que el Viceroy, o peor, es un asesino de a madres, oigan, y la bronca no es que al rato se trepe a las barbas de Vicente sino que por el volumen agarre tanto vuelo que acabe con las plazas, qué digo las plazas, acabe hasta con México: asocia o mata a funcionarios de todos niveles, mexicanos y gringos, los comercios de Juárez ya no abren, cerraron maquiladoras y empresas, las familias de lana se fueron a vivir a otro país y si la cosa empeora capaz de que legalizan las drogas.

No sé ustedes, pero su servilleta cree, como mi patrón, que urge hacer ese frente "Unidos contra los Zetas" o como quiera que terminen poniéndole, y también urge enviar al grupo de choque para levantarles Juárez, la Gente Nueva tendrá que entrar desde abajo pagando mejor a los funcionarios o haciendo tratos para ayudarlos a hacer su chamba.

También puedo comparar la letra, cómo no se me había ocurrido.

Ya es tarde, no alcanza el tiempo de preguntarles si tienen dudas o algo así, pero les voy a repartir unas hojas para que me pasen por escrito lo que se ocupe… ¿erdá? Y yo les contesto temprano o los busco. Y eso es todo.

Para los que quieran botana hay guisadito de *winies* y sotol del bueno, hasta trae víbora.

Si quieren cenar trajeron sopa Basaseachi; también hay tacos de Parral, burritos de machaca, chiles rellenos y barbacoa de res*;* esta vez los dulces de leche y nuez son de Chihuahua, de la Gota de Miel. Todo está muy bueno, pero les recomiendo los chiles.

Mañana los esperamos otra vez a las once. Buen provecho.

La revisada que espere, ahoy *me fijo en sus modales y sirve de que como, ya me truena la tripa, y por la noche me encargo del muertito, lo saco a que le dé un aire y de paso que me dé a mí*.

Gente de arena

UNO

Luisa se mesa los cabellos en el límite de sus fuerzas, siente que la cabeza le estalla, incluso ha pensado en el suicidio: estrellar la Durango contra un muro y ya, acabar con esto, pero ¿y su familia? ¿Cómo se permitió llegar hasta aquí, un callejón sin retorno? El tiempo no mide consecuencias y el laberinto es tan complejo que ya no ve la luz, eso es lo único que parece claro. Ésta que está aquí, asomada a la negrura de la noche, con la baraja echada, no parece ser ella. Quisiera que existiera el diablo para poder venderle su alma, ¿venderle? Pero si se la compró hace años. Falta saber cómo se cobrará la deuda.

Todo empezó cuando Luisa se dio cuenta de que entre el expediente había un sobre con dólares. La reacción lógica fue mirar a todo lados, quién, para qué. En una esquina de la delegación un abogado la miraba; quizá sonriendo, le guiñó un ojo cómplice. Ella volvió al delito señalado en las fojas: posesión de cinco kilos de cocaína. No pudo evitar que las piernas le temblaran un poco, tenía apenas dos meses de haber empezado a trabajar como ministerio público. Cerró el legajo y se fue a la oficina del jefe de área. Cuando él vio su expresión y el fólder tembloroso en su mano le ordenó cerrar la puerta, le ordenó sentarse y antes de que ella pudiera decir tuvo que escucharlo; su voz era de trámite, de absoluta tranquilidad.

—No quiero saber cuánto vale, hay confianza, y… todo se sabe, de cualquier forma la mitad es para los mandos superiores. Lo pones en otro sobre y lo dejas en este cajón cuando yo salga a comer. Ésa es la dinámica. Puedes levantar un acta y denunciar… o darle buen uso a ese dinero.

—Yo soy una profesional, abogado.

—Por eso te están incluyendo. Tú decides si estás adentro o afuera… pero si optas por el afuera no creo que dures mucho en la agencia.

—Es que a la corrup…

—Primera regla: esos expedientes tienen que trabajarse bien; piénsale, cambia el delito, quita informes, elementos probatorios; el indiciado tiene que quedar libre cuando acabe el turno. ¿Alguna duda?

—¿Y si…?

—Por favor, abogada, usa el Código Penal.

Ahora que lo revive, descifra cada una de las emociones que se le anudaron en las vísceras, desde el amor propio por el tono que usó su jefe hasta el miedo a pensar en lo que seguiría después de eso; desde la reticencia a contar el dinero y dividirlo en dos hasta el terror a las consecuencias por no aceptarlo, por no obedecer lo que fue una orden, ¿o una advertencia? Necesitaba el trabajo, le había costado recomendaciones, antesalas, caravanas, no podía quedarse con las manos vacías. Se supo incapaz de negarse, pero tampoco tocaría ese dinero, ella no era corrupta, no quería serlo. En cuanto llegara a casa iba a platicarle todo a Rubén, él sabría qué hacer, a quién acudir para no lamentarse por las represalias: en verdad necesitaba el trabajo, ¡y lo merecía!

Ahora rememora esos primeros años de matrimonio, la casita minúscula, rentada, con muebles comprados en abonos; le parece un tiempo tan lejano, hasta un poco ajeno, con un resabio dulzón de nostalgia, de juventud ida. Tenía veinticinco años y dos de haber salido de la universidad. Le había resultado cuesta arriba trabajar y estudiar, hacerse un espacio para aprender códigos y leyes en una casa familiar demasiado ruidosa; combatir el tedio del derecho civil y el del derecho romano mientras despachaba en la cristalería. Fue hasta el séptimo semestre que su padre la abrazó conmovido cuando vino a encontrarla en la mesa del comedor, dormida sobre el libro de contratos.

—Vete a la cama, Güicha, te va a ir bien en el examen, confía en tu memoria y en tu buen juicio.

¿Y dónde estaba ahora ese buen juicio? Jugando a las escondidillas. Y ella tan ufana porque eran pocos los universitarios en su familia, el mismo Rubén había abandonado la carrera cuando sólo le faltaban dos semestres. Y aunque se justificara diciendo que litigaba igual, que sólo había que pagar la firma y que terminaría cuando él quisiera, ella sabía de su frustración. Pero en aquellos años veían mucho futuro hacia delante, el mundo con cara de manzana, y deseaban tanto estar juntos que Luisa salió de una apretura para entrar en la siguiente por la puerta grande y con los ojos vendados. Recuerda esa sensación absurda de ponerse en manos de su marido, el mago, el fuerte… todo iba a estar bien.

—¿Y qué hiciste?

—Eso, lo dejé libre “por falta de elementos”.

—¿Y el dinero? ¿Sacaste la micha?

—Y qué más podría hacer. Pero lo mío no lo he tocado.

Recuerda que dijo “lo mío” con la certeza de que así era, ese sobre y esos dólares que se negaba a tocar eran suyos, igual que la responsabilidad que implicaba haberlos contado. El corazón le dio un vuelco y supo que ese paso ya no tenía vuelta atrás. ¿Cómo denunciar

si faltaba la mitad? Ni modo de decir que el jefe… él ni siquiera estaba en su oficina cuando entró a dejarlo. ¿En qué se había metido? El frío subió de su vientre hasta la cabeza, una pesadez de acero. Ya era cómplice. La certeza le hurtó el aliento. Tal vez la venda hizo su parte cuando Rubén la abrazó amoroso, sonriente.

—Vamos a buscar la forma de protegerte, amor, no estás sola; si algo sale mal él tendrá que ir por delante.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, que ya estás implicada.

—Pero yo no… Soy una persona honesta. ¿Qué podía hacer?

—Lo que sea, no lo hiciste. Ahora hay que cuidarte la espalda.

—¿Por qué a mí, Rubén?

—Deja los escrúpulos para mejores causas, lo hecho, hecho está; mejor míralo como una compensación.

Sí, era cierto, ese dinero vendría a quitarle presiones a su vida, hasta podrían darse un par de lujos; pero también era cierto que los escrúpulos se tienen y no es fácil hacer como que no, al menos eso recuerda, un sentimiento de culpa construyendo nido en su cuerpo o tal vez en la cabeza, como decía su marido.

—Todo está en tu mente, mi amor, ¿crees que porque no participas en un asunto las cosas se detienen? Contigo y sin ti, los engranajes dan vuelta cada día.

¿Se puede ser muy corrupta o un poco corrupta? ¿Se mitiga el pecado con lo sufrido? Y en lugar de responderse concluye que no importa si la podredumbre es mucha o no, porque una vez corrompida el camino es distinto, lleva a otras metas, produce cambios tan radicales en la forma de ver que hasta los valores se trasforman y van modificando el entorno.

Qué lejos quedaron los días cuando escuchaba a su padre comentar con los amigos del dominó que los juarenses tenían la culpa por haber dejado crecer a esos malandros, que bien sabían todos que el Greñas era narcotraficante: chamarra vaquera de mink, botas de víbora haciendo juego con el cinturón piteado y cinco cadenas al cuello, se notaba a leguas; todos decían que era analfabeto, pero el que tenía tienda lo atendía a cuerpo de rey, el que vendía carros le invitaba las cenas, el de la inmobiliaria lo consideraba el mejor cliente, en los restoranes lo saludaban desde que entraba hasta que salía, muchos esperaban que les diera jale, traía viejas de todas las edades; entonces, ¿por qué les extrañaba? Ahí estaban las consecuencias, cómo chingaos no. Y veía a sus compañeros a los ojos para luego soltar la ficha conveniente.

¿Qué pensaría su padre si se enterara? Se preguntaba en esas noches de incertidumbre que la mantenían sacando conjeturas. ¿Qué pensaría la familia completa? Su mamá y hermanos, su primo y la esposa; sus

suegros y sus cuñados, hasta los vecinos. La vergüenza, ese gusano carroñero, le hurgó el vientre hasta el límite del insomnio y del arrepentimiento.

Pues nadie iba a poder inculparla, y la próxima vez que le asignaran un expediente cargado, nada de amenazas; entraría con el jefe para pedirle, con todo respeto, que pusiera la oportunidad en otras manos porque ella había sido educada para ser honesta y estudió leyes para aplicarlas.

Tampoco pensaba comentar su decisión con Rubén: le había sido muy fácil aceptar el soborno y gastarlo, claro, no era él quien cometía el delito. Y le asustaba descubrir aristas oscuras en su marido cuando preguntaba si no le habían dejado otro encarguito, tenía miedo de que algo se quebrara entre ellos. Necesitaba parar, necesitaba limpiar lo podrido antes de que los infectara. Días pensando, practicando las palabras adecuadas, las mejores, para no ofender, para no dejar la puerta ni tantito abierta. Ahora concluye que ese lapso entre el primer soborno y el segundo era premeditado, la prueba, el termómetro; y ella se comportó como ellos esperaban.

—Pero abogada, ¿no se te ha ocurrido pensar que sabes demasiado? —le dijo el jefe cuando ella, ilusa, quiso rehusarse.

—¿Yo? Yo no sé nada y tampoco quiero saber.

—Por favor, toda la agencia participa, ¿me entiendes?

—No me diga más, todos menos yo.

—¿Y cómo sabemos que vas a cerrar la boca?

—Acusar a alguien es implicarme, abogado. Pueden seguir con su dinámica, yo sólo quiero hacer mi trabajo. Y si me cambian de delegación, mejor.

—No me la pongas difícil.

—¿Yo? Usted a mí.

—No se trata de que te cambien o pierdas la chamba, se trata de no arriesgar la vida. ¿Sabes quién está detrás de los peones?

—Supongo que…

—Carrillo Fuentes.

—Es que no puedo ir contra mis principios.

—Él tampoco, y es un asesino —extendió el expediente con media sonrisa dibujada en un rostro absolutamente inmutable.

Hoy se pregunta cómo fue haciendo estómago para no protestar cuando el jefe la fue requiriendo más: de una o dos veces al mes pasó a asignarle expedientes cada semana; cuándo se convirtió en esa otra, se pregunta cuando revive cómo la fue obligando a arreglar escenas del crimen o a inculpar a inocentes para dejar salir a los narcos o para eliminar a los competidores; aprendió a reconocer a los agentes, policías y patrulleros deseosos de colaborar; incluso algunos, los que cobraban sueldo con el cártel, debían estar disponibles 24 x 7 para

modificar las rutas de la justicia.

Y al andar su vida en sentido inverso, no le queda más que preguntarse en qué instante modificó su escala de valores o con qué artes la cambiaron para que terminara no sintiendo culpa ni remordimientos ni el ruido de los escrúpulos que, estaba segura, habían formado parte de su conciencia. Cada vez le parecía más lógico recibir el sobre de dólares, contaba con eso para cambiarse de casa primero y luego para adquirir una, para pagar las mensualidades de la camioneta, la del año; para comprar tal y tal o irse de vacaciones; y gracias a la seguridad que da la experiencia, tuvo la postura de pedir más cuando el asunto era difícil, cuando le requería aguzar el ingenio y el conocimiento, o implicaba mayor riesgo.

Su papá quiso creer que el cambio de estatus era producto del trabajo de los dos, de créditos, de algún asunto legal venturoso, sin embargo ella adivinaba una sombra de duda porque no sólo eran la ropa, la casa y los vehículos sino la prisa, la evasión; ya no más fiestas familiares, el cumpleaños de un hermano, la graduación del otro, siempre con visitas de doctor; pero ¿cómo ver a su padre a los ojos y sostener la mirada…?

—Mire, mija, el juarense siempre es ciudadano bajo sospecha: cuando uno pasa pal otro lado lo ven, le buscan, le esculcan, voltean el pasaporte hasta por el canto, ¿erdá? Y luego allá en El Paso lo andan cuidando a uno: lo miran, lo tantean, no se vaya a quedar; y cuando pasa uno pacá otra vez: qué trae, qué compró, abra su cajuela. Siempre bajo sospecha sin deberla ni temerla, pero a veces uno se hace sospechoso por puro sonso. ¿Le pasa algo, mija?

—No, apá, será el cansancio, viera qué pesado el turno.

Su mamá vino a aflojar las cuerdas tensas con un masaje en los hombros de Luisa. Le supo a gloria. Era verdad: tenía puros nudos por todo el cuello y la espalda; y también en la conciencia.

Con los meses la actitud de Rubén empezó a parecerle detestable.

—¿Cómo nos fue en el nuevo asunto? —dijo una noche apenas la vio entrar y se sentó para escucharla con la mejor de sus caras y unos folletos de automóviles en la mano.

Luisa odió la sonrisa por amplia y sincera. Odió que su esposo llevara un traje comprado con una tajada de los sobornos, lo odió porque no había sido capaz de pagárselo con su trabajo, porque parecía litigar cada vez menos y en cambio estaba pendiente de que llegara el nuevo sobre con dólares para sugerir destinos. Pero quería quererlo, necesitaba seguir con los pies bien puestos sobre ese piso, y se convenció de que compartir el pecado era compartir la penitencia. Además, estaba embarazada.

Su hijo vendría a cambiar las cosas, un ángel, la purificación.

Ahora se ve a la distancia y encuentra vetas gordas de inocencia,

cuando nació Rubencito aún no estaba hasta el cuello, existía la esperanza de un milagro. Se ve amamantando a su hijo, decidida a prolongar la incapacidad del ISSSTE para no enfrentar de nuevo a esos demonios, pero los fondos empezaron a escasear y su marido pasó de preocupado a molesto y de eso a exigente.

—¿Hasta cuándo? ¿Crees que te van a esperar el tiempo que te dé la gana? Acaba de llegar otro recibo, es el del cable.

Sí, ese fue el primer tijeretazo en la orilla de la tela, el matrimonio empezó a rajarse aunque siguieran juntos, cada uno iba tirando hacia su lado con la certeza de que ya no habría remedio. De las indirectas pasaron a las directas y después a las ofensas. Pero la gota que derramó el vaso fue que Rubén, el que había vivido a sus expensas durante los últimos dos años, la amenazara con abrir la boca para quitarle lo champadora antes de salir dando un portazo. Y ella lo tomó a pie juntillas: un par de agentes se hicieron cargo de reforzar la decisión del marido: salió hasta de sus vidas. No volvieron a verse, no sabe si vive o no. Y no se arrepiente, no le importa, hoy ni siquiera acaba de entender cómo pudo creerse enamorada de semejante mugre. Lo único que le agradece es que le haya dado un hijo, aunque ni eso, ella de todos modos lo hubiera tenido, lo deseaba.

Verlo dormir le llena el alma de ternura. Lo único que anhela es que su niño sea feliz, quiso que creciera rodeado de amor, en otro mundo, sin carencias, qué error. El sueño está a punto de estrellarse, una pedrada en el cristal.

Cómo se atrevió a involucrar al niño en su porquería con el pretexto de un progreso con cara de dólar, es ella la que ha abierto surcos para complicarle la existencia, para crear el riesgo, exponerlo, contaminarlo. Es ella la que lo alimentó cada día con dinero más y más turbio y ahora no sabe cómo parar el tren que ha empezado a arrollarla.

Vendió su alma. Lo presintió cuando su padre le dijo que necesitaba verla.

—Siéntate ái, y por vida tuya no me salgas con que traes prisa porque una sola vez pienso decirlo: ¿has visto la cantidad de basura que nos mandan los gringos, mija? Aparatos, estufas, televisiones, carros, ropa, alimentos y medicinas vencidos, y hasta cobalto, como el que mandaron una vez envuelto en chatarra. Nos contaminan, nos mandan mierda y todo lo recibimos gustosos, ¿erdá? Para estos gringos somos los grasientos, el patio de servicio: vienen a tirarnos su basura, a buscar putas o a ponerse hasta su madre. Y siempre se contradicen: por un lado nos abren las puertas y por otro nos echan a patadas; por un lado compran la droga y por otro condenan al que se las vende, ¿erdá?

“Yo también me pude pasar al jale cuando estaban chiquitos tú y tus

hermanos, y decidí quedarme acá, en mi país, porque hay dólares que cuestan más de lo que dicen las casas de cambio; cuestan la familia, la paz, la vida, y el que toca esos dólares ya le vendió su alma al demonio.

"Ora que tu hermano se fue de mojado me dio una puñalada, pero ya es adulto, pues, él sabrá lo que hace. ¿Y usté? El juarense está orgulloso de serlo. Piense muy bien sus actos, Güicha, se lo encargo por el chiquillo, piense antes que sea tarde… hágame caso. Y ora sí, váyase pa su oficina, y dile a tu amá que te ponga unas chilacas pa que cenen, le quedaron bien buenas."

No tuvo cara ni palabras. Y no las tendría durante largo tiempo, por eso mejor no verlos, no llevar al niño, no atender sus llamadas. Estúpida, se odia, las lágrimas no curan su arrepentimiento. Como no quiso tomar el teléfono, la secretaria se encargó de pasarle el recado: un infarto. Lo estaban velando.

Hubiera deseado abrir su corazón y obedecerlo, pero cómo. Estaba atorada en un pantano. Después del entierro, decidió que iba a honrar su memoria.

Habló con el jefe.

—Si ya tomaste la decisión, qué quieres que te diga, Luisa.

Diseñaron un sistema para desviar los asuntos, parecía tan comprensivo que ella le tomó la mano con sinceridad y le dio las gracias de todo corazón.

Antes de que pasaran quince días recibió la primera amenaza: la iban a matar. ¿Quién? Éstos y los otros parecían el enemigo. Lo pensó dos noches, era una trampa para que desistiera. Se mantuvo.

Una semana después llegó la segunda nota: sabían todo del niño: nombre, escuela, hábitos; iba a ser muy triste que ese niño "huérfano de padre" se quedara también sin madre. ¿Querían decir que Rubén…? Dudó. Según su primo, estaba en Nuevo Casas Grandes. Eran hábiles para intimidar. De cualquier modo hizo a un lado lo que significaba su casa, el espacio conocido, su comodidad, y decidió mudarse a El Paso. De ningún modo iba a exponer al niño. Otra escuela, nuevos hábitos, una prima como niñera; menos mal que tenía ahorros.

No puede precisarlo, apenas habían acabado de instalarse, quizá fue un mes más tarde cuando llegó la tercera amenaza, pero ésta, lo reconoce, fue diseñada para aterrorizarla: su madre, su hijo, la prima y su hermano menor. Ése era el precio por traicionarlos, la vida de cuatro… la suya no. Querían que lo sufriera hasta desangrarse. De nuevo se preguntó quiénes eran los traicionados, quiénes habían estado en su despacho, quién dejó ese sobre manila. Mucha gente, demasiada; nadie vio. La mirada de todos le pareció sospechosa. Fue directo a la oficina del jefe.

—Que lo disculpe, que no puede recibirla, abogada, que si le urge deje el recado y él la llama.

Le marcó al bufete del cártel, al contacto de siempre, nada, no respondía. En ese momento pasó por ahí su oficial secretario.

—¿No ha venido el abogado Torres?

—Torres tiene tres días desaparecido, lic, ¿no sabía?

Salió temblorosa de la delegación, se sintió observada, ¿seguida? Cuando quiso subir a la camioneta no pudo contener el grito. Su gato era el copiloto: degollado, los ojos abiertos. Dos o tres agentes se acercaron a ver qué pasaba y ella arrancó quemando llantas. No podía hablar. El mundo se oscureció. Para ellos no había fronteras: Texas, Chihuahua, vida, muerte.

El gato quedó en alguna banqueta. Anduvo por zonas que jamás había pisado, calles, avenidas, cruzó la línea siempre pendiente del retrovisor y siempre con la certeza de que la seguían: una camioneta, un carro, otra camioneta; pero no supo qué más hacer. Dio cinco vueltas alrededor de su casa para asegurarse de que no había un sicario apostado y creyó ver no a uno sino a cuatro. Entró al recibidor en un grado tal de angustia que tuvo que buscar algún calmante en el botiquín. Después apresuró a su hijo.

—Vamos a ir por tu abuelita, Rubén, ¿te gustaría conocer Disneylandia?

—Pero hay clases, mami.

—No, hijo, hoy me hablaron de la escuela, les van a dar una semana de vacaciones. ¡Tú también toma lo más necesario y vámonos!, ¡pero ya! —le gritó a su prima, que la miraba con ojos indecisos.

Se esforzaba para sonreír ante la alegría del niño y de nuevo pretendió cruzar hacia Ciudad Juárez, pero esta vez la camioneta de atrás iba demasiado cerca, era el cazador. Viró para entrar a un hotel, los dejó instalados y desde el estacionamiento llamó a su hermano.

—No me preguntes, Pepe Chuy, haz lo que te digo. Primero lo primero.

Ponerse a salvo, ponerlos a salvo mientras lograba hablar con alguien. Intentó contactar al jefe en el celular, luego le marcó a la amante. Nada. Buscó al subprocurador a través de contactos, buscó a los comandantes, de nuevo al jefe. Otra vez nada. Subió a la camioneta y lo insultó hasta vaciarse. Hizo cheques, cancelaciones, una lista de pendientes… y volvió al cuarto cuando descubrió siluetas acechando en la calle de enfrente.

Hubiera querido abrazar a su hijo, largo, apretado, pero era delatarse, y las lágrimas y tantas dudas. Necesitaba tiempo, el mismo que ahora parece haber escapado porque la luz de la mañana ya se cuela por las rendijas de la cortina y ella sigue en ese cuarto de hotel mirando que su familia duerme tranquila mientras ella le da vueltas

sin encontrar la punta del hilo.

—Pero ¿cuál traición? ¿De qué hablan? Hacerme un lado no es ponerle el dedo a alguien.

Concluye que las amenazas vienen directo del narco, no importa a través de quién, el capo y el segundo del capo creen que ella los traicionó. ¿En qué?

De pronto lo ve claro, tan claro que acepta que se ha portado como una verdadera pendeja: el subprocurador; el último operativo, el decomiso y el arresto de cinco operadores. Fue su jefe, jugó doble. En mal momento quiso ella hacerse a un lado. De seguro un sobre gordo del cártel del Pacífico esperaba la oportunidad de sumarse a las ganancias de esos mal nacidos, por eso el jefe no insistió, por eso hasta quiso intervenir en la logística que la dejaba fuera. Y ella dándole las gracias. Ha sido el peón más ligero en sus manos.

Claro, la primera amenaza vino de su escritorio, para confundirla. ¿Cómo defenderse? ¿Cómo probarlo? Necesita tiempo para planear. Tiempo y distancia.

La prisa se instala en la habitación. Baños rápidos, maletas cerradas a fuerza, no quiere perder tiempo en desayunos, ya comerán algo en Phoenix o en Las Cruces. Salvarlos. Distancia. Distancia. Distancia. Le arden los ojos pero no quiere que maneje Pepe Chuy, los nervios no la dejan hermanar la llave con la chapa. La mirada de su madre la sigue con prudencia. Rubencito brinca emocionado.

—¡Eeeeh! ¡Disneyland! ¿Y nos vamos a subir a todo, mami?

Mientras meten cosas y se acomodan ella busca en todas direcciones, no ve cazadores, debe ser muy temprano. Aspira profundo, aún hay esperanzas.

—Pónganse el cinturón.

Es lo único que alcanza a decir antes de encender el motor… que estalla.

DOS

Uno de los hombres ve pasar el tiempo recargado en el umbral de la puerta mientras que el otro, vestido de pies a cabeza y recostado en una de las camas, canta a todo pulmón llenando los cuatro metros cuadrados del cuarto de hotel y más:

—Sé que te marchaste sin saber, sin escuchar, sin comprender que hay una daga envenenada aquí en mi pecho, el mal ya está hecho.

—Ya, pinche Rana, párale con la cancioncita.

—Te amo, te amo, soy un idiota, te perdí, pero te amo.

—Ya me tienes hasta la madre, ni que cantaras tan bonito.

—Mire, mi Chulo, ahora sí que no canto mal las gruperas, y cuando ando con penas de amores menos, pelao.

—Penas de amores… tienes más viejas que calzones, ca.

—No tengo la culpa de quererlas a todas, mi Chulo, y de extrañarlas menos. Te amo, te amo, soy un idiota, te perdí, pero te amo.

—Ya, pues, chingao. ¡Putísima!, voy a tener que pintarla toda. ¿Qué no miraste cómo estaba, pendejo?

—Cómo estaba de qué, güey, quién.

El Rana se apresura a asomarse: la camioneta tiene áreas de pintura peladas del lado izquierdo, la lámina refleja la luz descolorida del medio día de invierno. El hombre suelta una carcajada.

—Me estás llenando el buche…

—Búsquele el lado bueno, pareja, anda usté muy acelerao, por qué, oiga. Ahora la puede decorar como la que vimos la semana pasada.

—Sí, y me cuelgan de los güevos. Hay que mantener bajito el perfil, bato, "la puedes decorar". Pinche tormenta de arena, nunca me había tocado una de ese calibre.

El Rana le saca brillo a la bota con la orilla de la colcha y luego se deja caer en la cama de nuevo; se acomoda el sombrero para que no le estorbe cuando se recarga.

—Sé que te marchaste sin saber, sin escuchar, sin comprender que hay una daga envenenada aquí en mi pecho, el mal ya está hecho.

—¿Qué no te enseñaron otra, puto?

—Ya sabes que yes, pero ahorita quiero cantar ésta de mis Alacranes. Además tú tienes la culpa, con tus pinches prisas se me olvidó el aipod. Y ya ves, del gabacho ni sus luces.

—Faltan diez para la una. Más vale que sobre. Desde aquí calibramos la vista.

—A como yo lo miro, de hace rato que anda usté muy misterioso, compa. Pos de quién fue el contacto de estas armas o qué.

—Yo no pregunto, nomás obedezco, y me cuido el trasero. Se me hace que ya llegaron, vienen entrando dos jeeps con placas de Nuevo México.

—¿Dos? ¿Pos qué vinimos a traer? ¿A ver la lista?

—No es tanto, lo más pesado son las Barret y los Matapolicías —sin dejar de observar hacia fuera, el Chulo saca una hoja del bolsillo y la extiende al compañero.

—Trece Hackler-53, dos Barret calibre 50, dos Pietro Baretta, cinco M-16 con lanzagranadas. Ah, qué chingón. Cinco AR-15, cien cargadores, treinta y ocho granadas calibre 40, diez granadas de humo, cinco Herstan, cinco Águilas del Desierto, quinientos cartuchos. Poquito, mi Chulo, apenas pa una muela.

—Yo digo que el Caballo está calando al proveedor, las Baretta son exclusivas de los soldados gabachos y las Águilas tampoco están fáciles de conseguir.

El hombre entra al cuarto, se acomoda el sombrero y mira su

imagen en el espejo del mueble. El norteamericano, que parece un turista cualquiera, se detiene en el umbral acostumbrando los ojos a la luz del interior, el guardaespaldas sube el brazo con disimulo y muestra el cuerno de chivo; los dos que vienen atrás se repliegan hacia la pared. El Chulo se acerca.

—¿G. G. Massenger? —la sonrisa abierta rompe la tensión. El norteamericano asiente, estrecha la mano extendida y a una seña cuatro hombres entran a la habitación con la carga. El Rana cierra la puerta—. *He's my partner* —El Chulo lo señala y él se toca el sombrero.

El jefe da órdenes con la mirada: mientras que el hombre armado monta guardia atento a todos los ángulos, el que entró al último abre las maletas y los otros desamarran y destapan varias cajas para mostrar la mercancía. El Rana se apresura a verificar el pedido. G. G. Messenger observa el movimiento con gesto confiado.

—*Where's my money*? —al Chulo.

—Pérese tantito, míster, ¿Y las granadas de humo?

—*The ten pieces, Tex* —ordena al más alto.

Él las localiza y el Rana verifica los sellos. Luego asiente. El Chulo, que también cuida todos los ángulos del cuarto, mueve la cabeza hacia un lado y su lugarteniente saca un paquete de la funda de la almohada.

Ahora es G. G. el que cuenta y separa los fajos de dólares mientras los demás siguen sus movimientos con atención. Los mexicanos ejercitan los dedos de la diestra sobre el arma sin perder de vista al hombre del cuerno de chivo.

—*Well, that's it, gentleman. If you need something else*…

—*Thanks mister G. G.*, el Caballo *will call you*.

—Hasta la vista, amigos —entrega la mochila al más alto, hace una seña y los otros salen escoltándolo.

Desde la puerta el Chulo ve que el que lleva el dinero sube al jeep; a una indicación los que montaban guardia afuera suben al segundo vehículo y los otros dos se reparten. El gringo atiende el celular antes de ponerse al volante; sonríe, mira hacia el cuarto y dice adiós. El mexicano responde con un movimiento similar y sigue ahí, observando los movimientos hasta que arrancan, salen del hotel y se pierden en la calle. Mientras su compañero hacía las funciones de anfitrión, el Rana cerró cajas y maletas, amarró y está acercando todo a la puerta.

—Eran ocho. Nadie pasó atrás de ellos y no veo ni un alma.

—Pos ya estuvo, oiga, fácil y limpio. Qué le parece si nos echamos una bachita que me está pidiendo un beso.

Sin esperar respuesta, el Rana enciende el cigarro y aspira profundo. Se acerca al otro, que termina cerrando la puerta.

—Ya pues, compadre, qué le apura, el gabacho tiene cara de gente

decente —dice procurando no soltar el humo.

—Ah, cómo chingas, Rana, trai pues —fuma y disfruta, luego lo devuelve. Dan dos caladas más cada uno y luego tiran el resto al escusado.

—Pos fuímonos, compa.

El Chulo abre la puerta con precaución. El estacionamiento del hotel sigue vacío y afuera no hay más ruido que el de un televisor; parece provenir de un cuarto lejano. El narco le da la vuelta a la Navigator mirando hacia todos lados, le revisa las llantas, acaricia la lámina pelada, sus ojos de lince abarcan el frente del hotel. Abre los seguros. Vuelve a la habitación y de inmediato salen con la carga: dos, tres viajes coordinados, uno acarrea, el otro acomoda en el doble fondo y reparte las cajas bajo los asientos. Cuando todo queda donde debe se suben a la camioneta sonrientes.

—¿Vio que fácil, mi Chulo? —antes que el sujeto alcance a reaccionar la Rana le dispara en la sien—. Pos igualito de fácil les resulta morirse a los traidores.

Con toda tranquilidad guarda la escuadra, le da la vuelta a la camioneta, abre la puerta y jala el cadáver, que va a dar al suelo. Lo observa un segundo: los ojos sorprendidos, una flor roja le crece junto al ojo. Deniega, se pone frente al volante y arranca.

Apenas sale del hotel, llama por el celular.

—Tenías razón, mi Horse… No, sin pedo… ¿El gabacho?… ¿Tan pronto?… Sí, nomás eran ocho… Ta bien, jefe, perro que da en comer mierda ni aunque le quemen el hocico… Acá en San Luis Río Colorado… ¿Pa onde?… Pos mejor de una vez hasta allá ¿no?… Como en dos horas… Sale y vale.

El Rana guarda el celular, sale a la Avenida Internacional y toma a la derecha; por un momento rebasa la velocidad permitida, pero alcanza a ver una patrulla de la federal que parece esperar cliente en el límite de la ciudad y quita el pie del acelerador hasta que el velocímetro marca sesenta.

—Sé que te marchaste sin saber, sin escuchar, sin comprender que hay una daga envenenada aquí en mi pecho, el mal ya está hecho.

Canta a todo pulmón y hasta medio baila en el asiento cuando ve por el retrovisor que la patrulla toma la carretera a velocidad y empieza a acercarse.

—Pórtese machito, cabrón, ni que trajera letrero.

Una camioneta que viene hacia San Luis volantea y se clava en el carril contrario, justo frente al Rana, que frena sorprendido; reacciona e intenta meter reversa, pero la patrulla ya está a veinte metros, saca la escuadra, ve cómo le tiembla la mano.

De la camioneta bajan dos hombres armados, de la patrulla bajan otros dos.

—Te amo, te amo, soy un idiota, te perdí, pero te amo —grita para no escuchar. Las ráfagas lo sacuden.

Cuarta parte

Ahora sí ya se me acumuló el sueño, ta madre, me estaba durmiendo en la exposición. La culpa es del cabresto del candidato, nomás que ora sí le atiné, era el efectivo… y va a seguir en este mundo hasta que le saque las anginas. Ya pues, pa qué te dices lo que ya sabes. Te toca hablar, para eso estás aquí. Pero ahoy en la noche le sigo porque me late que yes, que hay más de un pinchi infiltrado.

Buenas tardes, distinguidos visitantes. Han ido conociendo a los estrategas de cada cártel y calculo que el Tío los sacó de onda; pero él siempre es así, muy religioso, toda La Familia Michoacana lo es. El Más Loco escribió el libro de pensamientos que es el "Evangelio de La Familia Michoacana" y que reparten a todos sus guerreros celestiales, y más entre sus doce apóstoles que le cuidan la espalda: "Dios siempre está en nuestra mente y cuerpo", "La familia es lo más sagrado del universo" y cosas así que hacen sentir bien a los del cártel, digo yo. Y sí les da por eso de la caridad cristiana. Tienen los Albergues Gratitud, donde reciben adictos que ya no caben en ningún lado, si les ven madera los adiestran y los adoctrinan, si no pintan o no quieren nomás los limpian. Ahí también castigan a los que cometen faltas, con retiros y tablazos. Para ellos Malverde o san Juditas o la Santa Muerte no existen, nomás Dios. Pero eso no quita que lleven bastantes muertitos en su haber y que cobren protección, piso, rescates; vendan droga, sexo y todo lo demás. Así es La Familia… muy narco familia y muy narco cristiana.

Pero a lo que voy es que, quitando las mocherías, pongan mucha atención en lo que dice el Tío, porque él tiene otro modo de mirar las cosas; les conviene, es un buen empresario y comerciante, y su jale son las relaciones; habla con periodistas, es el que consigue lavanderías; es más, el Tío se ha encargado de colocar a subdirectores de tránsito, presidentes municipales, alcaldes, diputados y otros muchos funcionarios porque les explica el bisne como va: todos tenemos un precio y esto es un negocio donde todos ganamos; el que lo niegue es un hipócrita o se contradice.

Y yo digo que tiene mucha razón, nomás nos hacemos pendejos. Ái les va el ejemplo: traer mota para mi consumo personal no es delito, ¿y dónde la compré?, ¿y por qué el que me la vendió sí comete delito? A mí y a otros doscientos nos vende para nuestro consumo. Pues cómo está eso, la vaca es vaca desde donde la mires, él me vende lo que ya viene con sello de delito, ¿qué no?

Me cae que estoy bien contento…

Con los gringos, parece que combaten al narco pero nomás le tapan el ojo al macho. ¿Por qué van a dejar ir el billete? Según calculamos, el varo que entra a México por tráfico de drogas anda por ái de los quince mil millones de dólares al año ¿erdá? Y el que recibe su mochada la gasta, y los que le venden a él ganan y gastan, y eso equilibra la economía en chiquito y en grande. ¿A poco el gobierno no sabe eso? Claro que sí lo saben, oigan, aquí y allá: la DEA, la CIA, la PGR, la SIEDO y todas las letras que haya y las que inventen. Y si todo ese lanal entra pacá ¿cuánto se queda allá?

Ahoy estás a toda madre, Conde, hasta les brillan las canicas.

¿De qué se mantienen los bancos gabachos, si no del lavado de dólares? Y la droga que se vende allá también se cobra en dólares, psss.

Y volvemos a lo mismo. Yo no sé si ustedes sepan y si no como que ya les tuvo que llamar la atención, digo, ¿por qué casi todos los capos son de Sinaloa? Pues fácil, porque Sinaloa, como dice mi jefe, es una chulada de estado, y ese fue el lugar que les gustó a los gringos, ái por la montaña del Triángulo Dorado, para pedirle a unos campesinos que sembraran amapola, que sembraran mariguana. Esto en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial, había que darles drogas a sus soldados pa que aguantaran el paro. Primero te pago porque siembres, coseches y empaques mis vicios y luego le pongo precio a tu cabeza y te extradito porque me envicias a mis güeritos. ¿Y si ellos se quieren poner hasta su madre, qué? Habrá muchos otros que no, así es el mundo. Y el ruido que hacen es pa que esos que se creen muy acá por ser güeros y evangelistas no duden de que su gobierno cuida al rebaño.

Cómo es que no le pude sacar de parte de quién viene el pedo, eso no me gusta… y tampoco soltó la sopa de si las órdenes son ejecutar cabezas o qué. Se ocupa que le ponga otra calidad de chinga, hasta que suelte la papa… Siempre han sido iguales estos gringuitos: planean, supervisan y hasta dan dinero para matar latinos, indios, comunistas; siempre revisándoles la tarea a los presidentes del Río Bravo pabajo, siempre con la amenaza de no comprar el atún, el aguacate, hasta el chile, pssss. Pero bien que nos venden el maíz y la gasolina que hicieron con nuestro petróleo. Les caen gordos los trece millones de indocumentados que les barren el piso, pero le ponen el tapete a los rusos y a los polacos y a los indios de India, y a los coreanos y hasta a los árabes. Yo sé que los rusos son unas mafias más cabronas que todas las nuestras, ¿y los italianos? ¿Y los chinos? ¿No viene de China la chulada esta de opio? Pues mafiosos y todo pásenle por acá, son bienvenidos.

Dicen los muy papasfritas que les contaminamos la raza, ¿que no hacen ellos lo mismo con nosotros? Nos contagian sus modos, sus gustos pa vestir, pa comer puro mugrero aunque esté rico; nos

mandaron el sida y la gordura, y se la pasan salpicando inglés en todas las cosas de la vida. A poco no. ¿Se han fijado cómo dice el apagador de la luz? Dice *on*. ¿Y la regadera? *Cold*. Y todo lo de la computadora, que ya pa qué hacemos la lista, pssss.

Ahora que lo veo con ojos de clasificación C, cómo me da gusto que no haya podido pasar la línea cuando andaba buscando a mis tíos, qué bueno que no caí con el coyote ese que me ofrecía el "paquete-cruces" de abonos chiquitos y trabajo seguro por cuatro mil verdes; todavía estaría jalando como esclavo nomás para pagarle.

Por qué, por qué se me vienen al recuerdo las caras que me hizo cuando le dije que ya sabíamos quién era y a qué venía… hasta parecía inocente…

¿Qué les estaba diciendo? Ah, sí, que a veces uno le echa cabeza y saca sus conclusiones y no tiene chance de exponerlas como pa hacer debate, ¿no? Pero ustedes nomás me han dejado hablar y hablar sin decir ni máiz, oigan. Entonces se ocupa que mejor volvamos al cierre del Tío, que es lo que les interesa:

"Yo veo que el negocio del Pacífico con los chinos va por buen camino, que junto con el Golfo ya tienen socios locales en España, Portugal, Polonia; y con los italianos, la familia Schirripa ha sido muy buen conecte; según explican están abriendo Rumania, Bulgaria, Serbia y Rusia; y se está calando la ruta por África para llegar más rápido. Me da gusto que reconozcan que somos los mejores, que digan que los cárteles mexicanos ya no se pueden parar. Eso es vencer los obstáculos siempre pensando en el éxito, eso es hacer negocio. Pero no por ver nuevas canastas se olviden de las que ya tienen dispuestas. Los gringos son un buen mercado y hay que venderles porque quieren comprar, sobre todo sintéticas, a todo lo largo y ancho de la frontera".

Si no me falla la memoria y apuesto a que no, eso fue lo que dijo, así que de seguro mi patrón le va a invertir más billete a Ciudad Cristal.

Hay un lugar chido donde se juntan Durango, Chihuahua y Sinaloa. Es el Triángulo Dorado que les menté hace rato, y por ái el Chapo tiene más de trescientas hectáreas con laboratorios, casas para empleados, calles, planta de luz, pista de avionetas y un diamante para jugar beis. Es una ciudad que ha ido construyendo, pues, con servicios y todo. Y si el cristal, las chulas y las tachas van a la alza con los gringos hay que meterle más a la producción, al cabo para eso están los laboratorios y para eso está su socio, Nachito Coronel, que es el rey del cristal, y también La Familia, que recibe toneladas de efedrina asiática por mar para hacer *ice*, que se vende más porque el efecto dura todo el día. Y si de mota y amapola se trata, el Chapo también tiene sus hectáreas de siembra. Y además de Colombia le mandan docenas de tulas repletas de ladrillos, oigan; ái están los cincuenta aviones: diez toneladas pacá, diez pallá y otras diez más

allá.

La Familia es la misma que antes era La Empresa, que nació del cártel del Golfo. Mis respetos con ellos, pssss: en diciembre los guachos atoraron a la Fresa y en marzo de este año al Cede, pero se reacomodaron de volada para cubrir las plazas y ni cosquillas.

Como quien dice, son la panza del trasiego porque la mercancía pasa por tierra o por agua, pero cruza Michoacán de ida o de vuelta. Y ái se van repartiendo el jale entre ellos y el Milenio mientras engordan. El Tío siempre ha dicho que todo es negocio y que La Familia no se opone a que otros grupos entren a trabajar en el estado, siempre y cuando les paguen piso y respeten sus principios, porque Michoacán es para los michoacanos y sus plebes no le van a entrar al vidrio porque mata. Me cae que sí, oigan.

Y qué tal que nomás me hubiera estado dando la suave por miedo. No seas pendejo, sí es, ¿no viste cómo comía? ¿Y por qué no quiso escribir su nombre, a ver? Y entonces por qué dudo… que el Tío es re bueno pa las relaciones públicas, no me extrañaría que La Federación le hubiera pedido que se diera una vueltecita para abrir la ruta de Oriente.

Dicen que los grupos de Al Qaeda nos cobran, por derecho de piso, tres mil euros por cada kilo de polvito blanco. Ese negocio tiene toda la escuela de los guerreros celestiales, ¿erdá?

Tengo la cabeza dividida en tres mitades, ya ni sé qué dije. Me urge ir a pasarle revista al Filo a ver si encontró algo en los cuartos que faltaban para luego seguir con el candidato… ora sí que nos están madrugando. Mejor córtala ya.

Señores, señoras, creo que ya terminamos. Ya saben que pueden comer lo que gusten. De botana hay chimichangas y empanadas de ostión.

Aunque sea me llevo dos empanaditas, que la chingada.

Para cenar ahoy trajeron caldo de queso, manjar del cielo; ah, y también gallina pinta; se avienta uno pero luego quiere más. La carne asada es de Sonora, y también les hicieron unas papas que llevan carne asada y unos frijolitos maneados que no tienen cuate. Si les gusta el sotol es aquel de la pata, auténtico.

Los esperamos mañana a las once.

Huellas de arena

UNO

Rafa se levanta a las cuatro, como todos los días. Mientras se lava los olores del sueño su madre palotea las gordas de harina para tenerle listo el almuerzo. Se abriga, guarda el lonche en la mochila, la carga a su espalda y sale al patio donde lo esperan las fiestas de la Canela, que da tremendos coletazos de gusto. Un cariño a la perra, la bendición materna, el acomodo de la bicicleta, la cachucha y a pedalear hasta que Piedritas quede envuelto en las sombras. La vegetación desaparece mientras huele la madrugada y los ojos se achican con la luz del sol que hace esfuerzos por asomarse despacito, con flojera, empujando a las nubes de la noche.

Desde que empezaron a desaparecer las maquiladoras a causa de la inseguridad, ésta es la ruta y la rutina en tiempo de secas: tiene que viajar una hora hasta la frontera, y de ahí darle otra hora hasta las primeras granjas texanas. Siempre hay jale, aunque luego los mismos que lo contratan digan que es un frijolero *son of a bitch*; él no hace caso, simula no entender el idioma, al cabo de lengua se come un taco, así que allá va, cortando en dos la aridez del territorio, avistando un correcaminos de vez en cuando, calentando los músculos con cada pedaleada.

Cuando llega a la orillita del Bravo se quita los tenis y los calcetines, se quita el pantalón de mezclilla, hace un bulto de ropa y lo mete en la mochila cuidando de no aplastar los burritos que respingan por la descobijada y lanzan olores a chorizo con huevo. Carga la bicicleta y se mete al río caminando despacio, estirando el cuerpo. Siente la arena y algunas piedras bola bajo sus pies, tal vez la caricia de un cardumen, la frescura de la corriente que lo cubre hasta arriba de las rodillas, los rayos del sol que pintan el tórax desprotegido.

Donald es pelirrojo, estudia *high school* y no es un alumno que sobresalga sino al contrario, pierde mucho tiempo en los laberintos de su mente, y maestros y materias pasan sin que se percate. Su padre le exige que ayude en la granja; le exige sin derecho a réplica, es un hombre violento y no hay mujer en esa casa desde hace un par de años, así que la comida es de plástico y el desorden se ha vuelto normal. Sólo de vez en cuando el granjero hace una olla de frijoles con chile y muchas costillas a la barbacoa para corresponder a la visita de Josephine, su marido y los dos niños, que vienen de Waco a

pasar el domingo, y se sientan a comer y beben cerveza y conversan, y Josie le hace arrumacos maternales a Donald aunque su hijo más pequeño se ponga celoso. Donny quisiera que esa comida durara meses, pero sabe que después de la despedida pasará un rato largo antes de que su hermana vuelva a visitarlos y lo abrace y haga la pantomima de contar sus miles de pecas y el cuñado se siente a conversar un rato con él "de hombre a hombre".

A veces Joe habla de caballos, a veces de automóviles, pero esta vez no ha terminado de devorar la costilla cuando se pone a contar largo y tendido sobre su reciente ingreso a un movimiento civil para impedir la invasión masiva de hispanos. Dice que la *border patrol* no es suficiente ni eficiente, que a pesar de que el muro quedó aprobado durante el gobierno de Bush, Washington no ha liberado los fondos para construir la barda en aquella parte del territorio y que esos forasteros tienen creencias y costumbres contrarias a las de ellos, costumbres de indios grasientos, y como no pueden ingresar por otras fronteras donde ya está levantada la barda, llegan a montones todos los días y se asientan *all around Alpine, Odessa and San Angelo*. Hombres y mujeres que pervierten, contaminan, dejan prole para ser muchos y quedarse poco a poco con todo Texas y luego Arizona y New Mexico y Missouri y Kansas y Oklahoma. Joe bebe la mitad de su Coors, suelta un eructo y dice en tono exaltado que el plan de los hispanos es ser mayoría, que terminarán convirtiendo América en un país del tercer mundo. ¡El futuro de la nación está en juego!, exclama, *This is our land! America needs you and me!*

Sobre el plato de Joe la costilla empieza a perder la suculencia, el puré y los *chili & beans* reciben la visita de algunas moscas glotonas, pero a él no le importa, el apetito se ha transformado en excitación, incluso se pone de pie cuando cuenta que Minuteman Civil Defense Corps son los herederos de Vigilantes y de otros movimientos civiles que han nacido para sacar la basura del territorio, que se supone que cada *minuteman* es un vigilante que debe avisar a la policía cuando aviste mojados, pero la realidad es que esos frijoleros se escapan como conejos mientras llega la patrulla, así que hay que tener más actitud: no se necesita otra cosa que la decisión de defender América, un rifle y buena puntería. Los ilegales brincan como pulgas por todo Texas, apuntas y ¡bang!

Rafa espera a que se le sequen los pies y las piernas mientras bebe el café de olla que su madre le puso en el termo; además de los burritos ella siempre manda una dotación de galletas para que el café no le haga hoyos en la panza, dice. Mientras mastica, sus ojos azules siguen el camino de las basuras que arrastra el río, las alforzas que dibujan sus corrientes; algunos peces pican alimento entre las piedras, como

pollos, piensa. Apenas termina el desayuno enjuaga y recoge sus trastes, vuelve a vestirse; ensaliva el pulgar y lo pone al viento. Busca con cuidado hacia dónde sopla, siempre se deja llevar por esa superstición y hasta ahora no ha fallado: toma rumbo buscándole las raíces al aire y llega cerca de una granja, busca al capataz o al dueño y ofrece sus servicios: repara cercas, cajas de empaque, lava establos, parcha techos y si no queda de otra también le entra a la pizca, nada más que entonces debe estar en la zona de la cosecha antes de las siete para que le asignen línea. Es un buen trabajador, varios lo conocen, siempre agradece la paga y sonríe.

Vuelve a pedalear con más energía, tal vez se tomó más tiempo del debido en cruzar el Bravo, pero el agua fresca se ha vuelto un vicio que le atempera los sentidos. Quién se lo iba a decir hace un par de años, cuando por primera vez hizo la ruta y metió los pies a la corriente con desconfianza. No iba solo, Juancho era el guía, con él aprendió el camino, a cruzar por ahí donde la corriente es mansa y la profundidad poca, con él pisó el gabacho por vez primera. No ha ido a Dallas o Houston, ni siquiera a El Paso, no conoce ninguna ciudad, no le interesa, tiene resentimientos muy profundos y no piensa ceder, él va a trabajar y nada más. A eso iba Juancho también hasta que conoció a una güerca emigrada que de a poco le quitó las ganas de retacharse. Yo te arreglo papeles, le dijo, al cabo eres hijo de gringo. Y Juancho se volvió Johnny. Primero lo extrañó con coraje, se le hicieron largas las horas de ir y venir sin compañía, horas de zozobra, como aquella mañana cuando se le ponchó la llanta y ni pa dónde ni con quién, y regresó a su casa arrastrando la bici desencantado. Ande, mijo, no se agüite, mejor vaya a buscar otra llanta, lo abrazó su mamá. Y cuando vino del trajín ya le tenía unas gorditas rellenas para el almuerzo.

De eso hace más de medio año y a Juancho ya lo perdonó, al cabo sigue siendo su hermano. Ahora le gusta la soledad y los sonidos de la soledad, de los animales, del viento que platica con los cerros. Cuando empieza a darle a los pedales siente que falta mucho y cuando llega se le hace poco. A veces el jale se cuelga y la oscuridad le muerde la distancia y pedalea recio para ganarle hasta que ve la silueta conocida de su pueblo. Entonces imagina a la Canela coleteando de contento y a su madre con la mesa puesta y el puchero con las tortillas recién echadas al comal, o los taquitos listos para su hambre. Sabe que después, cuando el fresco gobierne la noche, irá un rato donde la raza y se acercará a Isaura y la tomará de la cintura para robarle un beso o muchos, y ella buscará su abrazo y le dirá quedito que lo quiere.

Donald ha estado practicando con el rifle de su padre.

Después de la plática con Joe alertó los sentidos y sí, hay mucho

greaser de todas edades por las calles de las ciudades cercanas, los hay en las granjas, los hay en su propia escuela: infiltrados, hablando inglés como si fueran americanos, pero a él no lo engañan, el color de su piel los delata, se descubren cuando sueltan alguna palabra en español o se juntan con otros igual que ellos, o buscan *hot sauce* para el *hot dog*; se evidencian hasta por su olor.

No entendía por qué al despedirse su hermana lo tomó de los hombros y le dijo que no hiciera caso de las habladas de Joe, que esas ideas se las había metido un vecino loco con fama de nazi, que los indocumentados eran problema de las autoridades migratorias, no de los ciudadanos, y ellos encontrarían el remedio ante la invasión. Si eso pensaba, ¿por qué se lo dijo tan quedo, tan confidencial? ¿Por qué no detuvo el discurso de su esposo a pesar de que acabó con el apetito de toda la familia? Hasta los niños vinieron a escucharlo con los ojos asombrados o tal vez temerosos. Pero Donald no es tonto, sabe leer entre palabras y sí, comprendió que la primera clave estaba en nazi: había que aplicar la filosofía nazi. Las siguientes claves estaban en el reconocimiento de que los indocumentados eran un problema y en la necesidad de un remedio para eliminarlos, pero la clave más importante fue la orden final: ellos encontrarían el remedio ante la invasión. Ellos. ¿Quiénes eran ellos? Joe y Donny, por supuesto, porque los que sufrirían las consecuencias de esa contaminación serían los niños, sus sobrinos. Por supuesto que disfrazó las palabras para tranquilizar a papá, estaba molesto y terminó refugiándose en la casa para no escuchar al yerno. Y también entiende la postura de su padre. Donald es su compañía, su hijo menor, el que heredará la granja. Los papás no quieren que los hijos crezcan y se marchen, pero a él le falta un año para cumplir dieciocho y entonces podrá unirse a ese ejército de *minuteman* que de seguro tiene un campamento y un plan defensivo para recuperar América.

Salvo que no está dispuesto a sentarse a esperar con los brazos cruzados. De acuerdo, por ahora no puede unirse al movimiento sin el consentimiento paterno, y el viejo, para disimular sus verdaderas razones, dice que todo eso es *bull shit*, que los frijoleros son mano de obra barata y a veces gratuita y que deje de estar *fucking around*. Así que Donald decidió jugar al juego de las apariencias con la familia mientras ve películas rentadas de francotiradores y afina la puntería a escondidas. Sustrae el rifle y se va en la camioneta lo bastante lejos para que no se escuchen las percusiones; ha ido alejando los botes, incluso achicó los objetivos y sí, ha mejorado mucho. Lógico, tiene diez días sin ir a clases; que vayan los que no tienen cosas más importantes que hacer, América lo necesita y él va a estar listo para ella.

El día anterior sacó la última caja de balas, sabe que ya está

preparado, que es capaz de hacer blanco en el corazón o en la frente de un sujeto. Con el alba manejó hacia el sur, le dijeron que algunos ilegales entraban por esa vereda que más adelante se bifurca y llega a varias granjas. Tuvo que estudiar el terreno hasta que halló el sitio para apostarse a la distancia precisa sin ser visto. Está excitado, si su plan funciona puede matar a un *fucking mexican* por semana, sólo a uno, para que los otros no se espanten y busquen otra ruta. Será tan cuidadoso que las autoridades no tendrán manera de seguirle los pasos.

Y su paciencia se ve gratificada, a lo lejos divisa a un hombre, sí, un hombre que viene en bicicleta. Aún sin distinguirle el cuerpo apunta a la cabeza; decide que así se mantendrá hasta que en la mira la cara sea del todo nítida. Pero la tensión apabulla sus deseos y cuando lo tiene a tiro pierde un instante, sólo eso, un instante; debe rectificar la postura a toda prisa, se coloca, aprieta el gatillo, la bala pasa rozando la cachucha del hombre que se vuelve hacia todos lados, no sabe qué fue ese ruido, ese aire, no ve nada. Sigue camino.

Rafa ha pedaleado a mayor velocidad para recuperar el tiempo, sin embargo el viento lo llevó de la mano a las granjas más alejadas, ya pasan de las siete y aún no llega, ni siquiera se cruzó o miró de lejos a otros paisanos que, aunque vienen de otros pueblos, hacen la misma ruta que él; de seguro ya están arreglándose con algún capataz. No le queda más remedio que tener fe en que encontrará trabajo reparando alguna cerca, tal vez pintando un porche. Hasta hoy, nunca ha regresado a Piedritas con las manos vacías.

Donald rumia su frustración, falló, le parece que ya es tarde, que ese médano no fue el lugar ideal. Ahora se da cuenta de que un rayo de sol juega en su contra, su postura no es cómoda, le sudan las manos. Esperó más de una hora y no pudo matar al único que cruzó frente a él. Tendrá que volver al día siguiente, buscar otro refugio. Está por irse cuando le parece ver otra figura reverberando en la luz. Sí es otro *fucking spanish*. La sonrisa se extiende en toda su cara, esta vez no fallará.

Algo se mueve en la panza de Rafa, un presentimiento, un recuerdo, una mortificación, no puede precisar. Tiene ganas de detener la carrera, quitarse la cachucha y dejar que el sol seque el cabello rubio empapado de sudor; de pronto siente la inquietud de regresar por donde vino, no va a encontrar jale, ya es bien tarde… bah, de dónde le vienen esas pendejadas. Vuelve a pedalear con fuerza.

Ahora su cara se dibuja nítida en la mira del rifle.

DOS

¿Por qué tan sorprendida? Maye, se te van a salir las canicas.

—Es que…

Sí. Claro que me extraña, cuando abriste la puerta de la suite yo también tenía la certeza de que Alphonse te estaría esperando como cada vez que hacen una nueva cita. Pero siempre hay una primera vez. ¿Te dio un vuelco la panza? No es para tanto. Una no es ninguna. Okey, okey, ya sé que te gusta entrar y encontrarlo en bata hojeando el periódico o tendido viendo algún noticiario televisivo, siempre como absorto; ya sé que te gusta ver el cambio en cuanto te ve aparecer: le reverbera el deseo, la prisa a causa de las cuatro o cinco semanas que llevan sin verse. *Let's start the action, Pam*, dice antes de abrazarte con manos de pulpo.

—Se le ilumina la cara, ¿no es cierto?

Te ríes ante el recuerdo porque no deja que pierdas un minuto, ni siquiera para ir al baño. Te quejas, aunque la verdad te halaga, ¿o no? Te encanta esa urgencia por poseerte: malabarismos, experimentos, descubrimientos, la cortina de un mundo sexual que sospechabas y que ahora es tuyo; así que ya es tiempo de que dejes de hacerte la de la boca chiquita.

—¿Yo? ¿Qué te pasa, *darling*?

Acá entre nos, bien que le das a las chaquetas mentales; *hello*, soy tu alter ego, sé que mientes cuando protestas porque en lugar de orinar con propiedad, en la suite, debes hacerlo en el aeropuerto, pero en realidad es una pose tuya, pose de diva, de te hago el favor; como si yo no supiera que cuando cruzas la aduana ya te comen las ansias, y tomas el taxi y llegas al Hotel Contessa —que ya te está esperando con su hermosísima vista del río y su olor a gringo— sin apreciar nada porque ya traes las chinches picando por todo el cuerpo. *Welcome, misses Ness*, saluda la recepcionista, cada vez las mismas palabras porque se han empeñado en parecer un matrimonio de ejecutivos en lugar de evidenciar que son adictos a los encuentros clandestinos y al sexo, y ante la propiedad del saludo tú sonríes seductora, disimulas la prisa y tomas la llave después de soltar un *hello* en perfecto inglés. La suite de siempre está lista para ti en el primer piso y con vista al río, capricho de mujer consentida, y el hombre de brazos largos y atléticos también está listo para ti, salvo hoy.

—Chulo el güerco, hasta parece alemán. Y es incansable.

¿No te digo? Cuantas veces te topas con un espejo te admiras, le buscas el detalle, te coqueteas, y más en esta gran luna, una adicción que vive en tu naturaleza; y la verdad es que sí, el color fiusha te queda de maravilla y la blusa es una mezcla de atrevimiento y recato provocador. ¡Bien por el atuendo! Le va a encantar.

—*Shit!*, ¿pero cómo que no está, si ya llegó?

¿Apenas te das cuenta? Si el periódico hubiera sido una coralillo

estuvieras muerta. También dejó las llaves del Mercedes y si te asomas al clóset vas a ver sus tres cambios muy acomodados para que no se arruguen, porque eso sí, es bastante ordenado y trae puro Versace y Gucci. Ahora que adivinar en dónde anda el gringo, eso sí no puedo. Padezco tus mismas limitaciones. Tal vez fue a la farmacia a comprar Viagra. *Come on, I'm kidding*. ¿Y si quiere darte una sorpresa de última hora? Perfume, unas flores… o un anillo, como hace dos meses.

—Esta esmeralda maravillosa… pero no, las sorpresas las piensa antes, me espera con ellas. Aquí hay algo que no cuadra.

Tranquila, tampoco descuadra. Sabe a qué hora saliste de Monterrey, sabe muy bien a qué hora llegan los vuelos y a qué hora y minutos tienes que cruzar la puerta, lo sabe como si te espiara, y sí, lo reconozco, nunca quiere desperdiciar ni media hora de los dos días que tienen para disfrutarse, pero hay que buscar explicaciones, ¿no?, entonces se me ocurre: sorpresa de última hora.

—¿A qué edad empiezan las cirugías?

Más bien a qué edad terminan. ¿Vas a quedarte frente al espejo hasta que envejezcas? ¿Por qué no lo sorprendes tú esta vez? Toma la iniciativa: que cuando vuelva te encuentre en la cama con el coordinado que compraste el mes pasado.

—*Son of a gun!* Está sensacional.

Reconozco que le pones empeño, has ido descubriendo las cosas que lo prenden, los colores, los aromas, y haces bien, es generoso y buen amante, así que no está de más invertir otro poco del perfume que te regaló: detrás de las orejas, en los senos, en las corvas, en los pies que tanto le gusta chupar, y al menos una rociada en la espalda, justo donde empiezan tus nalgas, ya sabes que le encantan. Imaginarlo te excita, lo sé. Crees que eres muy afortunada… ¿será? Alphonse está rodeado de un halo de misterio de tejido fino, más que el tuyo. Te cayó de perlas que dijera que no había antes ni después, eran Al y Pam ahí y ahora. ¿Crees que lo dijo para no escarbar tu vida en Monterrey? ¿Crees que existe tanto pudor en un hombre? Bueno, creamos lo que te haga falta…

Por supuesto que conozco tus elucubraciones románticas: *Oh, daddy*, si te hubiera conocido cuando era estudiante en la Saint Mary's University no hubiéramos perdido tanto tiempo… Sí, percibo que te hubiera encantado que te sedujera, hasta que te raptara y violara; cualquier cosa con tal de escandalizar a las monjas y ganar el primer lugar en algo. ¡Cuánto hubieras disfrutado el escándalo! ¡Y más por la diferencia de edades! Quince años no es tanto, pero a los dieciocho…

—Ajá, salvo que las cosas pasan cuando tienen que pasar.

Ahora sí me la ganaste. En esos años estabas tan verde como las otras regias que estudiaban en Saint Mary's, hace quince años hubieras sido incapaz de gozar la sexualidad con madurez y sin

restricciones. ¿Quién te iba a decir que conocerías a Alphonse cuando viniste a la reunión anual?

—Y ya ni llegué, qué bárbara. Todo porque se me atravesó un mall.

Se te atravesaron el mall, el vestido y el hombre. Y se te quedaron atravesados.

—Qué rico.

No vas a leer el periódico, ¿verdad? Entonces tírate en la cama y prende la tele, al cabo viniste a relajarte… eso, y no te preocupes, ya llegará.

—Noticias no, me chocan.

Espérate, no le cambies. ¡Que no le cambies! Oye, ¿qué no es Al ése que llevan esposado? Súbele o no vamos a oír. *What? Corrupt policeman partner of a mexican agent of the PGR*? En la *mother*. *Twenty five thousand dollars for each… what!* ¿Veinticinco mil por cada cargamento de mariguana?

—*Wowww!* ¿Y cuántos pasaría al mes?

Si serás… banal… cuántos es lo de menos, ¿no estás oyendo que cada cargamento era trasladado bajo su resguardo? Vaya, vaya. ¿No que los polis gringos son muy honestos? En todos lados se cuecen habas. Me cae que tu Al Ness ya se hundió, esos que lo escoltan son del FBI.

—*Shit!, what am I gonna do*?

Mi reina, hasta la pregunta es necia: revisar que no haya nada tuyo en la habitación, limpiar tus huellitas con la toalla y tomar el primer *cab* que encuentres para irte al aeropuerto. No vayan a pensar que eres la mula de… ¿quién?

—Está bien, tienes razón, pero ni creas que me voy a retachar a San Pedro, le dije a Sergio que venía de *shopping* y ni modo de llegarle con las manos vacías.

¿Ya oíste? ¡¿Que si ya oíste su nombre?!

—Sí, ya lo oí: Miroslav Cramer. ¿Miroslav? Qué ridículo: Miroslavo. *My dog!* Hace medio año que me acuesto con un Miroslavo. ¡Pa su!

Ahora todo tiene sentido: la combinación del mafioso y el agente. Apuesto a que no se puso Elliot Capone por obvio. Mira qué ingenioso.

—Igeniosa tu abuelita. Si a esas vamos, yo tampoco me llamo Pamela. Y pensándolo bien, tomo el primer avión que salga para Miami.

Quinta parte

Puta que la sudé, un muerto como quiera, ¿pero dos? Y sin saber si eran cacas grandes o simples gatos. Se me arrugó. Eso de ser jefe es delicado. Vas bien, mi Conde, ái la llevas.

Como que miro que a esta parte, que es la más importante, no le agarraron la hebra. Ya vamos en el postre y se ocupa que les quede bien claro. A lo mejor necesitan un tantito de historia pa que comparen el ahoy y entiendan a Nacho Coronel cuando dice que hay que tomar ejemplo de Félix Gallardo; así que mientras llegan los platillos les armo el antes en orden.

Ahoy sí duermo, me cái… que nacieron en Sinaloa: Miguel Ángel Félix Gallardo, el Chapo, el Mayo, los Arellano Félix, los Carrillo Fuentes, los Beltrán Leyva, el Azul Esparragoza, Rafael Caro Quintero, el Güero Palma, el Balta y una listota que para qué se las hago cansada.

Bueno, pues de todos los que son, Miguel Ángel Félix Gallardo fue el gran capo de capos, el primer comerciante de droga del Pacífico cuando el tiempo del permiso. Pero con la mentada operación Cóndor de López Portillo las matazones y las torturas mandaron a los jefes de ese entonces a Guadalajara ¿erdá?, y allí planearon nuevas formas de trabajar asociados; Félix Gallardo quedó a la cabeza. Este sinaloense que empezó como agente de la policía judicial llegó a ser igualito que "el Padrino" de la película: armó células con chavos jóvenes que eran sus alumnos, puso a los más buzos a cargo y les dio un territorio, una profesión, una responsabilidad; entonces controló el trasiego de droga en casi todo el territorio. García Ábrego controlaba el Golfo.

Pinche Filo, no se le puede tener confianza, no sabe de otra, menos mal que… años setenta, Félix Gallardo era compadre del gobernador de Sinaloa y amigo de muchos otros políticos, concuño de Durazo y socio de un resto de gentes; tenía agencias de carros y casas, fue consejero y accionista de un banco que se llamó Somex; era ganadero y agricultor, cosechaba grandes extensiones de mariguana y amapola en el Triángulo Dorado, en Oaxaca y en Guerrero, y tenía un montón de campesinos chambeando para él, les financiaba la siembra. Trazó la primera ruta por agua desde Veracruz hasta Tamaulipas, la misma que se sigue ocupando. Fue dueño del primer narcolaboratorio. Era generoso y no le gustaba la violencia; era un chingón.

Ahora sí hago el pinchi reporte… pero no pongo que el primer difunto me pescó esculcando, mejor la volteo… me late que sentía pasos, por eso fue a cuidar la madriguera y yo por esconderlo ya no terminé de buscar,

hasta creí que la había cagado… del Kiki Camarena, éste de la DEA que les puso el dedo y tuvieron que matarlo, el Azul se salvó porque no anduvo en el ajo, pero terminaron tras las rejas don Neto, el que es tío de los Carrillo Fuentes, Caro Quintero y Miguel Ángel Félix Gallardo. Y entonces él, desde chirona, llamó a todos sus lugartenientes y les repartió el territorio para que no empezaran con pleitos. *Ora sí que le pegué al gordo por suertudo…*

Así que se juntaron en Acapulco y con el mapa en la mano cada uno agarró su pedazo: Al Chapo le tocó Mexicali y San Luis Río Colorado, a Rafael Aguilar Guajardo le tocó Ciudad Juárez, Chihuahua y Nuevo Laredo, Aguilar Guajardo fue el que les platiqué que hizo el cártel de Juárez. Al Güero Palma le tocaron Hermosillo y Nogales, al Mayo, Sinaloa, y por último al Chuy Labra le dieron Tijuana; como el Chuy era tío de los Arellano, pues los Aretes fueron a dar a Tijuas también.

Pero los capitos se le empezaron a salir del guacal a Félix Gallardo. El cártel de Juárez creció y Rafael Aguilar buscó quién le lavara el dinero en la comarca lagunera, entonces se fue extendiendo hasta que se salió de su mapa que era suyo; luego el Señor de los Cielos quedó a la cabeza y sí respetó los pactos, aunque ya no recibía órdenes porque resultó muy bueno pa los negocios.

Pero el Chuy y sus sobrinos, que eran unos morros cagados, empezaron a romper acuerdos con todos, querían cobrar más por piso, traer sus propias entregas, hacer nuevas relaciones. Formaron un brazo armado con los culichis y les dio por organizar tremendas pachangas con unos juniors de Tijuana, puro universitario; los deslumbraban con los dólares, con la blanca, con muchachas bonitas y con las armas; así que formaron su propio cártel y no hubo quién los frenara.

Entonces vinieron los pleitos por los territorios porque se metieron a Chihuahua, se metieron a Sonora y Sinaloa, al cabo de allá eran, y Mazatlán y San Isidro siguen siendo suyos ahoy aunque ya no tengan el Frankie Oh; también se metieron a Nuevo León, a Puebla, a Veracruz, a Oaxaca, a Tamaulipas, bueno, hasta a Chilangolandia y al Estado de México.

Ora sí me rayé, ya me anda por que todos sepan… y bueno, le voy a embarrar tantita gloria al Filo… que el Chapo buscó hacerse fuerte para proteger sus rutas con el Mayo y con el Güero Palma y empezaron a no dejarse, a hacerles mala obra porque la neta, el pinchi Güerito se pintaba solo, era un chaneque. Entonces estos cabrones juniors les agarraron un odio pasado de tueste y ya no se midieron, donde que Ramón Arellano era tan drogo que se madreaba hasta a sus hermanas, destrozaba las casas, se partía la mandarina con quien fuera. Si había que matar a alguien él quería ser el efectivo; tenían a sus narcojuniors de verdugos, pero Ramón necesitaba ser el héroe, el más sanguinario,

el masacrador. Y pssss, empezaron las matanzas de aquí pallá y de allá paca en cualquier lado del país, oigan, y contra quienes fueran, incluidos judiciales, procuradores, sicarios, abogados, alcaldes, guardaespaldas y pasadores; todos se metían en territorios ajenos y se andaban cazando, hasta que en 1992 los Aretes idearon un golpe bajo: contrataron a un galán venezolano bien acá pa que sedujera a la mujer del Güero: tons qué, mi reina. Y la muy pendeja cayó, hasta sacó dos melones de dólares de la cuenta de su viejo y ái te ves, se peló con todo e hijos. El chulo aventó a los niños desde un puente que se llama Concordia, en Venezuela, y luego le mandó al Güero la cabeza de su mujer en una caja refrigerada. Psssss.

Hasta me río sólo, van a pensar que por la cabeza de la doña.

Y así se rompió el acuerdo entre narcos de respetar a las mujeres y los hijos, oigan. Bien papasfritas, los Aretes contrataron a un chingo de pistoleros para que mataran al Chapo y el Mayo le cuidó la espalda, entonces Ramón Arellano Félix, que era un pinchi gordote, se la juró. Total que pasaron muchas cosas, atoraron al Güero y a varios otros y se murieron un resto de gentes, entre ellos el mentado cardenal Ocampo, ése de Guadalajara. Entonces se hizo un argüende mundial y que le cain al Chapo en Guatemala para echarle la culpa de lo que hicieron los Arellano "sin querer". Porque los que estaban esperando a mi patrón en el aeropuerto eran ellos y sus sicarios, y el cardenal se atravesó. Entonces el cártel de Sinaloa se fue aplacando y el de Tijuana se hizo más grande con los Valencia, los del Milenio, y con más gatilleros a sueldo. No le hace, mi Güero, le dijo el Mayo, vamos viendo cómo nos reforzamos, oiga, vamos palante. Y la de malas: en 1995 que también entamban al Güero y en el 97 alguien traiciona al Señor de los Cielos, ¿se acuerdan que les conté que vino de Chile a operarse la féis? Pues que un dizque doctor le inyecta veneno en la tripita de la vena para mandarlo al demonio. Entonces sí que los Arellano se sintieron chinos libres.

Y no sólo venían a pasar reporte. Bueno, el candidato sí, pero el otro…

Uy, si yo les contara la de chingaderas que hicieron estos cabrones no acabaríamos en toda la noche, calculan que nomás Ramón mató a más de mil. Lo curioso es que la DEA les iba midiendo los pasos, sabía cuándo, cuánto y dónde, los bancos gabachos les lavaban miles de dólares cada semana y la DEA tomando nota, y los Aretes a gusto, ni quién los molestara, seguían viviendo en La Joya, California, con todas sus familias, iban a las Vegas a ver las peleas de Julio César Chávez, se cortaban el pelo en Beverly Hills; el Mayel cuidando a sus patrones, Ramoncito siempre escoltado por el Tiburón en el gabacho y por tres judiciales en Tijuana. Y mientras deste lado la gente se pasaba contando muertos, al Arete le aspiraban la panza y le hacían cirugía para verse más galán.

Juntaron un chinguísimo de dólares: muchas casas de cambio, muchas propiedades en los dos países, bastantes hoteles, un madral de lavanderías, muchas farmacias para vender lucifer y efedrina, millones de dolaritos en cuentas gabachas, oigan, miles de millones. Y la DEA haciéndose güey y muy atenta de lo que pasaba en los bancos de acá.

Ya quiero ver la cara de mi patrón cuando le cuente.

El primero en caer fue el Chuy su tío, luego cayeron los narcojuniors, unos presos y otros muertos, el Tiburón se pegó un tiro cuando lo cercaron y así se les fue acabando la suerte a los Arellano a partir de que mi patrón el Chapo se peló de La Palma, esto fue en 2001.

Claro que en la fuga hubo cómplices, adentro y afuera, y también una persecución y mucho ruido en la tele, pero ái estaba Nacho Coronel pa protegerlo junto con los Beltrán Leyva, y estaba el Mayo para hacerle hueco y prestarle lana y por último ái estaba el bisne listo parrancar de nuevo con la ruta Buenaventura-Manzanillo virgen: van los dólares, viene la coca.

Así que en un año el jefe se levantó y levantó al cártel y el más enchilado era Ramón, que un buen día dijo que ya estaba bueno de ser socio con sus putos hermanos, que él quería su varo; y se lo dieron. Entonces dejó a su mujer instalada en el gabacho: voy-vuelvo, vieja, nomás me encargo de un asunto que ya me tiene hasta los güevos. Y que se va al carnaval de Mazatlán a buscar al Mayo; solito, de shorts, en un vocho para pasar como paisano. Pero orejas hay en todos lados y a él ya lo estaban esperando, así que ái quedó, oigan, en plenas fiestas. Y al ratito atoraron a otro Arete y luego al mentado Tigrillo, que también era un desmadroso. Así que se aplacó Tijuana y qué bueno, había que enfriar la plaza. A mí me dio gusto, como que les tengo ley a los cachanillas, pssss.

Trabajamos bien un rato hasta que empezaron los desmadres con el pinchi Viceroy, y también en ese tiempo empezaron las broncas con los del Golfo, que eran otros, y con los Zetas, que parecía que se mandaban solos. *Se detectó un inflitrado… no. La sospecha de al menos un infiltrado. Pinche camaritita… ¿y cómo fue que no la detectaron? A ver, a ver, aquí hay gato con la cola de fuera: ¿quién investigó la solicitud de estos dos cabrones y quién los revisó cuando llegaron…? Se me hace que falta una cuija…* hasta que Nachito Coronel le sacó ronchas al Arturo Beltrán Leyva, todo porque no le convidó de un negocio de sintéticas, creo ya les había contado. Los Beltrán están macizos en Guerrero y Morelos y en narco-Cancún… *raticida, o quién sabe, allá que la analicen. Pero apuesto que es veneno…* entonces que el ejército le cae al Mochomo Beltrán Leyva y que lo entamban, y que su hermano el Barbas les echa la culpa al Mayo y al Chapo, pssss, cómo se le ocurre, si el Mochomo es marido de la sobrina del Chapo, ¿cómo pues se los

iba a poner mi patrón en bandeja? Total que el Barbas rápido se asocia con los Zetas, enemigos jurados de Nachito, tanto que hasta ofrecían trescientos cincuenta mil verdes a quien lo matara; y que el Barbas también se asocia con el Viceroy. Que no, carnal, le decía el Mochomo, que el Chapo no me puso el dedo. Ah, cómo chingaos no. Y que manda matar al hijo del Mayo y después al hijo de Nachito.

Ahoy las venganzas no se acaban, en Culiacán hay cinco muertos cada día; el Barbas, el Lasca y el Viceroy mandan matar a las familias por joder. El Nacho siempre dice que nadie es eterno jamás en la vida, y todos los que jalamos en esto sabemos que amanecemos y hasta ái, pero al menos cuando uno la ve venir hay que llevarse a varios por delante, oigan, psss.

Tres, llevo dos… ¿y si resultan más de tres? Hijos de su pinchi madre.

Así que la idea de esta Nueva Federación no es sólo para tener más ganancias y abrir nuevos negocios, también es el modo de acabar con tanta matadera y traiciones. Y si los Valencia no vieran que mi patrón es más seguro no se apuntaban, ya ven que ellos han sido como los políticos de ahoy, que se cambian de partido según les conviene.

¿Quiénes son los rivales? Pues el Barbas, el Lazca y todas sus células, el Viceroy y la Línea y los Texas, y los Pelones que se quedaron cosidos a los Carrillo, y los Carrillo Leyva que no quieran entrar en razón, y todos esos remedos de narco que son puros plebillos cagados que porque pistean o le entran al cristal ya se sienten mafiosos y consiguen una pistola pa demostrar que son muy machos y se mueren en cualquier esquina… o degollados por el Filo.

A los capos hay que irlos eliminando de a poco, hasta que ya no sea negocio seguir de rivales, hasta que ningún productor les venda por pendejos, hasta que ningún distribuidor les compre por pederos. A los morrillos hay que enderezarlos y que entren al redil, ¿erdá? Al cabo jale hay un buen.

En cuanto al abasto de mercancía, ustedes no se apuren, el Coronel es tío de la esposa del Chapo, como quien dice, Nacho se volvió su tío desde hace dos años. Ellos dos son como las rodillas, juntos pero independientes. Están en el mismo cártel y cada quién hace su bisne. El Nacho controla Guadalajara, Nayarit y Colima. Importa químicos directo de Asia, tiene sus redes de laboratorios propias y entrega pa todos lados con su flota marítima. Pero cuando se trata de mota se ocupa que nos la pida. Y más de la mitad de lo que les vendemos a los tecates del gabacho es mota, siguen las sintéticas y luego la coca, así que siempre tenemos bisne.

Si se ocupa que alguien firme acuerdos con las autoridades ya se tienen los canales, como dijo el estratega. El presidente debe estar necesitando que alguien le ayude con su guerra, alguien que pelee con las mismas armas de los rivales y que sepa pegarles duro y a la cabeza.

Somos la Nueva Federación que está buscando el modo de trabajar en paz, ellos o nosotros, ¿venían a morirse? Pos ya estuvo… sin violencias, sin secuestros ni extorsiones. Esto es un negocio, y si ganamos nosotros el país gana.

A lo mejor de primero hay más muertos, pero después se va a componer, se va a componer como antes. Y dijo bien Nachito: hasta los soldados nos admiran y nos hicieron un museo. Cualquiera quiere ser amigo del capo, trabajar para el capo, rentarle o venderle o hacer negocio con el capo; todos los políticos tienen que atorarle porque siempre lo han hecho, pero por intereses personales; ahoy es por México, pssss.

Y creo que ahora sí está claro para todos, ¿no?

Miren, ya instalaron el asador. De botana… ah, sí: aguachile, callos y ceviche de camarón. Para los de buen diente hay taquitos de carne asada, chilorio y pescado zarandeado. Ah, los postres van por mi cuenta, los mandé traer de mi tierra y son de los buenos: rollo de guayaba, biznaga y dulces de leche.

Mañana es nuestro último día de trabajo, empezaremos a las once. Hagan favor de ser puntuales.

Y yo que pensé que ahoy *cenaba y dormía. Sí, cabrón, bajo tierra*.

Nombre, no contaban con que, como dice el dicho: Esas gentes de Jerez, miel y veneno a la vez. ¿Cómo le hago? ¿Quién se quedó con las listas? O mejor por los horarios. Sí, los turnos.

Ese hijo de su pinchi madre se va a arrepentir.

Sueños de arena

Uno

Dicen los más viejos que Carmelina no era de aquí, que hace veinte años o poco más llegó a La Rumorosa con su madre; en ese tiempo era una plebe, una morrilla calladita, siempre con la sonrisa, bien portada; eso dicen los viejos, los pai-pai, que no son de hablar con fuereños. Dicen que le gustaba trepar a las piedras, a los cerros que hacen las piedras y que llegan cerquita del cielo; aunque estuviera nevando o lloviendo o con el sol a plomo sobre la nuca, ella levantaba la cara a los cuatro puntos para recibir las fuerzas de la naturaleza, respetuosa, mística, hasta que su madre aparecía por la vereda, trepaba con mucho esfuerzo y la abrazaba, le acariciaba el pelo largo brillosito de rayos de sol, y luego se iban de la mano a la casa que fueron construyendo, una casa grande y casi vacía. Dicen que a veces le convidaron atole de bellota y que cuando le hablaban en lengua hasta parecía entenderla y daba las gracias o decía que sí o nomás dejaba salir la sonrisa de buena, sonrisa que daba contento en el corazón.

Las vecinas que fueron sus compañeras de la secundaria hablan y dicen que Carmelina no era de hacer juntas, de tejer o de salir por la tarde para ir a comprar pan a Chipo con las demás morras, y no era que despreciara el chocolate una tarde de invierno, dicen, sino que parecía ocupada, que la pasaba leyendo metida en su casa o caminando las orillas de La Rumorosa para oír, decía, los rumores del viento, de las aves, las frases de Dios. Y que al principio ellas murmuraron que estaba medio chalada, que la veían pasar y hacían señas de que estaba bien *crazy*, pero ella no se enojaba; sonreía, dicen, como si tal cosa, dando los buenos días, las buenas tardes, saludos para la mamá enferma o el hermanito con viruelas como si le hubieran ido a decir temprano, pero nadie; y quizá fue eso de que adivinara lo que les fue provocando el respeto por lo misterioso, o nomás el cansancio de ararle sin sentido lo que acabó con las habladas.

Dicen sus vecinos que nunca quiso seguir con los estudios en Tecate o en Mexicali como todos los muchachos, que siguió creciendo entre las piedras y sus rumores, y se volvió ligera al andar; que parecía flotar cuando pasaba frente a las casas y los comercios como una aparición, balanceando el cuerpo y la cabellera larga, suelta, siempre oliendo a cítricos, tal vez a primavera; siempre vestida de blanco. Dicen que no padecía los calores ni las heladas, que su piel de durazno siempre estaba tersa, que no apresuraba el paso aunque fuera julio o

fuera diciembre; no tenía coche, no lo necesitaba. Dicen que era su gusto caminar por las mañanas, salpicando los buenos días con su sonrisa.

La clientela afirma que cuando alguien llegaba a comprarle hojas, lápices, cajas de colores, monografías, papel de china, sacapuntas, Carmelina iba y venía por el local con materiales y de pronto era una sorpresa que estuviera junto a la clientela porque sus pasos no hacían ruido, lo que la delataba era su fragancia. Dicen que siempre tenía una sonrisa y una mirada dulce, y que su voz fluía suave, susurros de río, cadencia que acompañaba con el vuelo de sus manos. Nunca la vieron enojada.

Carmelina sabía escuchar, cuentan que por eso las maestras de la primaria cercana la buscaban al salir de clases, para vaciar angustias y pesares. También hay quien dice que no era sólo que supiera escuchar, aunque sí lo hacía, pero que más bien la buscaban porque a veces era capaz de cabalgar el tiempo hacia delante y modificar la historia. Dicen que ése era su don mayor, otear el futuro y ayudarle al ángel de la vida, al ángel del bien, al ángel de la salud; una corte de ángeles que Carmelina parecía ver y hasta escuchar vaticinando lo que habría de venir, pero que siempre se resistía a decir más allá de lo prudente, más allá de lo simple o lógico; incluso alguna vez dijo haber perdido el don.

Dicen los niños de la escuela que a veces tenía un brillo alrededor, un brillo de colores, y que nunca la vieron enojada. Dicen que desde hace tiempo, sin referencias, a los más aplicados empezó a regalarles una estrella o una esfera de diamantina, como si las maestras le hubieran dicho o hubiera visto el diez en los cuadernos.

No tenía amigos porque ella regalaba amistad a manos llenas por donde pasara, amistad y frases de cariño, quizá alguna recomendación sobre la salud, quizá alguna previsión sobre el clima.

Los periodistas dicen que su fama había crecido más allá de los ochocientos metros que separan la casa de su madre de la papelería, más allá de los confines de La Rumorosa; que el rumor de que vaticinaba la presencia del ángel de la muerte empezó a acarrear a gente que no quería comprar pan de Chipo ni tacos sudados, gente que no quería almorzar en La Cabaña del Abuelo ni iba de paso hacia el Vallecito o a la Laguna Salada; tampoco querían comprar libretas ni mapas de Baja California sino preguntar, pedir, suplicarle; primero una persona a la semana, luego tres o más, mujeres solas, mujeres en grupo, esposas enviadas, algún señor, algún muchacho, y Carmelina callada, sensata, y Carmelina con su sonrisa buena asegurando que no era ella la vidente; pero a veces, algunas veces, dejaba salir las palabras necesarias para ilustrar un futuro negro, la necesidad de una precaución, un cambio. Dicen que alguien empezó a espiarla y que

aunque seguía despachando marcadores, cajas de gises, transportadores, papel lustre y crepé, en los ojos de Carmelina se metió una sombra oscura.

Dice la dueña de la fonda que ella trató de convencerla de que se dejara de ganar centavos con la papelería si era dueña de un tesoro, que pusiera un consultorio para ayudar a la gente, que la gente pagaría gustosa por caminar con paso cierto. Pero ella sólo sonreía sin decir que sí, sin decir que no, y seguía vendiendo cuadernos de cuadrícula ancha y forma italiana, plumas, clips del número dos, sobres manila y folders tamaño carta, en medio del acoso disimulado de algún consultante que dudaba si invertir en un negocio, de alguna mujer madura que desconfiaba de la fidelidad de su marido. Y dice la vecina que a tanto insistir, siempre con los modos suaves como su voz, se fue abriendo al vaticinio y miró el infierno en los ojos de una persona, o vio la dicha o la traición o al ángel de la muerte que tanto temía. Y dice que la gente se iba con el tesoro de sus palabras en los oídos y en el alma, y dice que por eso empezaron a llegarle flores y perfumes y cajas de dulces y chocolates… sobres con dólares. Y ella empezó a perder el aroma de duraznos de sus mejillas, que tal vez se le escondió un poco la sonrisa y los mimos que antes iba dejando caer a su paso.

Dice el hombre del puesto de periódicos que él quería bien a Carmelina, y vio cuando llegaron en una camioneta sin placas, toda negra; dice que los vio bajar, eran tres, armados, torvos, jóvenes, y no supo si buscar ayuda o acercarse a la papelería para ver qué pasaba, pero que de pronto el miedo se le volvió una música suavecita y se quedó en su puesto con los ojos cerrados para seguirla oyendo. Y cuando los abrió no se acordaba de nada.

Dicen otros vecinos que unos sujetos armados entraron al local, que eran como las once de la mañana, que ellos se asomaron desde sus negocios, desde sus puertas, y que clarito oyeron que antes de que los sicarios hicieran o dijeran Carmelina les pidió que tuvieran calma, que guardaran la metralleta y las pistolas porque ya estaba lista, tenía rato esperándolos.

Dicen dos personas viandantes que al darse cuenta ellos quisieron impedir el secuestro y las ideas se les hicieron bolas en la cabeza mientras Carmelina salía como flotando, pero que se les tranquilizó la impotencia por un rayo de luz nacido de sus ojos, un rayo que no necesitó palabras. Dicen que a su paso los aromas se fueron mezclando, que los jazmines y los huele de noche y los nardos y las rosas parecían brotar de entre los cajones y los broches Bacco y las cajitas de grapas y las crayolas y los pegamentos y los juegos de geometría, para seguir a Carmelina rumbo a la camioneta, meterse atrás de ella y abandonar el pueblo.

Dicen las maestras de la escuela vecina que alguien dio la voz de alerta y que, cuando pudieron asomarse, alcanzaron a ver cómo arrancaba una Cherokee quemando llanta y machucando guijarros del pavimento, proyectiles involuntarios, pero que algo, tal vez el miedo o la sorpresa, impidió que sus piernas lograran moverse y las palabras se les murieron en las gargantas.

Dicen los periodistas que una semana después de haber recibido la denuncia de hechos la policía abandonó la búsqueda por falta de elementos y que el expediente parecía haberse esfumado, igual que la investigación se diluyó de los cerebros amnésicos de los estatales y municipales; igual que se evaporan cada día las pruebas de los asesinatos, las corrupciones, las extorsiones.

Dice toda La Rumorosa que esto pasó hace dos años y que desde entonces la madre de Carmelina se volvió loca: no sale de la casa, no duerme, come mal, y se la pasa diciendo que ella sabe, que en su cuerpo siente que su hija sigue viva y maltratada, cautiva en un cuarto sin luz, que su vida pende del hilo de la predicción diaria para una mujer sombría que cada noche hace esfuerzos por morirse.

A mucho insistir la mujer habla, y entre lágrimas que aguanta, pero que no dejan de temblar en sus pestañas, dice que teme por Carmelina, que teme que su amor al mundo no le alcance y la venza el absurdo o el cansancio; la mujer se angustia, aprieta una mano con la otra hasta que los nudillos se blanquean, y dice que la mujer que secuestró a su hija es narcotraficante, es jefa de un grupo de sicarios que rinde culto a la Santa Muerte; que ella sabe que obligan a Carmelina a venerar la imagen porque son necios, están confundidos, creen que el ángel y la imagen son las mitades de una protección garantizada. La mujer respira hondo y suelta el aire poco a poco para después decir que ella siente cómo se harta su hija de buscar los callejones para evitar al ángel negro, lo evitará hasta que él la obligue a pagar su osadía y le cobre con lo único que puede quitarle para que comprenda que el destino ya está trazado, lo estuvo desde siempre, y así será hasta el fin de los días, “porque el destino es eso, una raya antes de esta nada”.

Eso dice la madre de Carmelina y suspira, y la dejamos que diga y que llore porque no encontramos las palabras para que sepa que esta mañana apareció un cadáver cerca del Lago Salado, un cadáver que debe identificar.

DOS

Tash siente rasposa la garganta, la adrenalina le seca desde la boca del estómago hasta la lengua; ha llegado el tiempo de cumplir con su destino y las emociones no se filtran por la razón. Tantito quisiera que

fuera ayer y tantito que fuera mañana: el miedo se hace uno con el ansia.

Pasó cuarenta días en el desierto buscando el destino que le fue predicho; iba libre de ropas y ataduras, alimentándose de animales y plantas tan libres como él, tan áridas como él, tan salvajes como es él.

Caminó de noche después de hablar con la ogresa luna, que es el mar de sangre; y aguantó el sol mañanero sobre la nuca hasta encontrar la sombra amable de un médano o de un palofierro mientras repetía:

—Los pies son pa caminar, si no los usamos se irán haciendo chiquitos hasta volverse rencos.

Estaba impuesto a engañar el hambre con pitahayas hasta domarla, soportando la sed dos días y poco más, hasta dar con una poza o una biznaga para tomar de su vida. Durante esas cuarenta noches el indio pápago hizo propias las leyendas que le contó su tata sobre los hohokam, la *gente* primera, los que tallaron la historia en petroglifos de figuras geométricas, la historia que afirma que él, Santiago Ascencio, tendrá que hacer suya la vara de mando para guiar a su pueblo, y rehacerlo de entre los escombros que han dejado las cuatro conquistas… los cuatro exterminios.

La luna ha ido creciendo, le falta una vuelta para ser el círculo perfecto, como el de los petroglifos, la primera luna llena de julio. Hace dos noches que empezaron a llegar a Quitovac los *tohono o'otham* de la reservaciones Sells y la Angostura, de Arizona, y poca *gente* de otras rancherías: los que tienen familia, los que conservan un pedazo de tierra en los alrededores. Hace cuatro días se levantaron las cinco ramadas en el corral y empezaron a prepararse las varas con sus plumas al centro y en la punta. Como cada julio, celebrarán el *vi'ikita* para atraer la lluvia e iniciar el año pápago, y Tash sabe en su corazón que por eso la ogresa del desierto le habló moviendo su blancura:

—Éste es tu mandato, ha llegado el tiempo porque tienes treinta años y *l'itoi* se ha ido apartando del corazón de la *gente*. Cuando habitaba la Tierra llamó al pueblo a reunirse y le ofreció el *vi'ikita*. Le dio los cantos, las historias y el atado sagrado, le dijo que algún día él no iba a estar ya más con ellos, pero que a través de esa ceremonia sagrada los *o'otham* adquirirían su fuerza y rejuvenecimiento. Sería el rejuvenecimiento de la tierra, plantas, animales, agua, el cielo, el sol, la luna y el universo de la *gente*, su universo. Los regalos de *l'itoi*, el hermano mayor, ya no son apreciados. ¡La *gente* debe volver a la entraña de su origen!

Eso dijo la ogresa luna moviéndose entre las nubes. Son las tres de la mañana, Tash no ha dormido aunque permanece tumbado boca arriba en la tierra costrosa del corral, más nervioso conforme avanza el tiempo en el cielo. Después de los cuarenta días en el desierto,

cuando estaba a punto de regresar a Quitovac y a pesar de haber escuchado la voz de la luna varias noches, hizo ofrenda a las cuatro direcciones sagradas y pidió una señal al *l'itoi*, una señal de que ése era el año, porque tal vez el tata hubiera equivocado las señales, era tan viejo y él estaba tan enfermo que a ratos escuchaba jirones de rezos en *tohonoo'ohtam*, canciones, historias en *tono-o'ohtam*, y a ratos sólo veía el mar y la sal que el tata le tallaba en brazos y piernas; el mar furioso, atronando, y la sal que se hacía agüita en su boca. Cuando abría de nuevo los ojos ahí estaban las arrugas sabias del rostro hechas de arena, las manos grandes, callosas y el calor de su cuerpo sosteniéndolo… y ahí estaba su voz:

—Tú serás un hombre que estará sobre los hombres. Tu casa no tendrá puerta y el sendero a tu enramada se ensanchará. Echa fuera la enfermedad, levanta el cuerpo. Llegará la noche de luna y el *vi'ikita* en que pelearás la devolución del desierto que nos pertenece, que siempre ha sido nuestro, nuestro como lo es de la liebre; como la costa es la orilla del mar y nadie puede arrebatársela.

Pero ¿por qué la ogresa iba a confiar en un hijo tan pequeño e indigno? Se tumbó a ver las nubes que son sagradas, era una noche cálida y oscura. Llevaba cuatro días sin comer, la arena se sumía tramposa bajo su peso tratando de tragarlo, de secarlo bebiendo de sus poros; son las pruebas del *tohono*, se dijo, empezó a acariciar las arenillas y les cantó:

Allá está el desierto, en donde tiene
todos sus cactus y toda su belleza.
Junto con ellos somos felices en el desierto,
porque en él vivimos y es nuestro desierto,
ahí hay saguaros y pitahayas, que dan sus frutos,
por eso le cantamos al desierto.
Kaju-kach-tohono-nonyss-achuk
Achúu-sahi-vs's-sskkch-jachui.

Aún no había repetido cuatro veces la canción cuando la señal llegó después de un aleteo: la pluma de gavilán, uno de los animales sagrados, se fue meciendo entre el viento hasta caer sobre su corazón. Entonces el pápago, maravillado, se puso de pie para hacer los cuatro montoncitos de arena y entonó un nuevo canto:

El gavilán vuela describiendo un círculo
y deja una sombra circular sobre la tierra.
Yo camino en círculo debajo de esa sombra.
El halcón azul vuela en línea recta y deja una sombra recta.
Debajo de esa línea recta yo corro.

Bailó alrededor de los montones de arena para agradecer al *l'itoi* que hubiera respondido y pidió perdón a la ogresa por sus dudas. Cumpliría con el mandato y cuando el desierto volviera a ser de ellos

renacerían los rituales y el respeto por los sitios y los objetos sagrados, por las sepulturas; por la *o'otham him'dag*, la "forma de vida de la *gente*", que volvería a caminar para ser la que fue.

Tash ve la luz de las estrellas. Sabe que los relatos que llenaban las noches de su infancia no eran cuentos para dormir sino la historia de sus hermanos, de sus padres y de los padres de sus padres. Revivir la voz del tata calma sus nervios.

—Esta tierra es nuestra herencia, era nuestra desde tiempos en que los hohokam recibieron las enseñanzas de las regiones áridas, donde habitan los mogollones y los anasazis, *gente* que empezó a domesticar las plantas domesticando primero los ríos, *gente* que trajo maíz y frijol a cambio de collares y brazaletes hechos pal trueque, a cambio de puntas de flecha de cuarzo transparente, cristales de luz; y nuestros viejos hermanos del norte se fueron asentando porque pensaron que era bueno. Durante mil años construyeron canales como no se han mirado jamás… pero llegó el rumor de los nahuatlacos a enturbiar la costumbre y con la furia de la luna vino la inundación.

"Los hohokam comprendieron los mensajes y se fueron por el mar, abandonaron las plataformas, sus casas, los juegos de pelota, abandonaron las siembras y sus muertos. Nos dejaron la enseñanza y la libertad de escoger entre seguir errantes y la esclavitud que produce domesticar las plantas y los animales. Los pies se hicieron pa caminar. Ir a las zonas bajas, a los que llamamos pozos en invierno, y a las altas en primavera; hacernos pocos cuando hay sequía y muchos cuando hay abundancia, para recolectar lo que la madre quiere darnos. Ésa es la vida de nosotros los pápagos."

Cuando Santiago Ascencio pintó la raya treinta en el poste del tejabán donde hacía sus tallas de madera de mezquite, supo que era tiempo de cambiarse el nombre. Se llamaría Tash, como el guerrero que se levantó en armas harto del sometimiento y destruyó la misión del Bac y la de Santa Catalina, en 1750; y, como él, reclutaría un ejército al que debería lavar los ojos para que mirara que habían sido invadidos, reducidos —en cincuenta años— de mil quinientos a trescientos hermanos; habían sido mezclados y vueltos a mezclar, tratados como sombras; ¿adónde iba a encontrar Santiago guerreros que se dolieran al verse envenenados por la mina Hecla y por la amenaza de los gobiernos de construir en Quitovac un vertedero para vaciar cuarenta y cinco toneladas anuales de desperdicios químicos? A nadie parecía importarle.

Era necesario buscar *gente* que comprendiera que los hermanos de Arizona estaban enfermos de gordura, enfermos y holgazanes, pero hablaban el lenguaje del dominio. Primero habían renunciado al nombre, no querían llamarse como ellos, los pápagos, mote para distinguir a los habitantes del desierto de los de la costa. Entonces los

de Arizona tomaron de los pimas lo que les hizo falta para llamarse nación binacional *tohono o'otham*. Y siendo bastantes su voz se hizo de trueno, de mandato. Lo que querían era arrebatarles los objetos sagrados del "guardián del fuego" y venían a Quitovac porque no podían llevarse los siete ojos de agua y la laguna sagrada.

Tash necesitaba un grupo de batos indignados como él. ¿Pero dónde buscar? Los de las rancherías celebraban las fiestas y la peregrinación de San Francisco olvidándose del ritual verdadero para pistear con el *tiswin* de saguaro. A través de toda la franja de esa frontera marcada por los blancos para partirlos en dos, los de éste y los del otro *said* iban quedando en las calles, en las carreteras, en las veredas arenosas de las rancherías, tirados de borrachos, sucios como perros. Él debía reclutar un ejército de guerreros de la nueva *o'otham*, así que se echó a andar por las comunidades con la conseja del tata resonando en sus sentidos: "regresa adonde la *gente* te dará la voz del *l'itoi*, y cuando mires que estás ungido con la sabiduría de los pueblos, no escuches a quien corta el fruto maduro porque te robará la voz". Anduvo de Caborca a San Francisquito, de Pitiquito a Trincheras, de Saric a Sonoyta.

Los ancianos tenían los oídos sordos de cansancio, los hombres y las mujeres tenían los ojos ciegos de conveniencia, los jóvenes llevaban la boca llena del engaño de los blancos, pero no escuchó a quien corta el fruto maduro y al fin logró convencer a dos que convencieron a otros dos, y así las reuniones fueron nutriéndose con más hombres y mujeres jóvenes que querían regresar a la *o'otham him'dag*, la "forma de vida de la *gente*"; proteger los sitios sagrados, proteger a la Madre Tierra y efectuar ceremonias para mantener el equilibrio del universo.

No todos se quedaban, no todos resultaban leales, pero ¿de qué podían acusarlos con el gobernante o con los comisarios, si en ese tiempo ni él mismo sabía cómo conseguir el renacimiento? Ahora tiene un plan, un plan que ni la Antonia, su morra, sabe; para qué arriesgarla.

Esta luna llena será de larga memoria para los *o'otham*, es la cita con el destino que ordenó el *hermano mayor*. Y al repensarlo se le enrosca el estómago igual que serpiente porque ¿cómo negarlo?, tiene miedo. Tantos años preparándose, estudiando, fortaleciendo el alma no pueden borrar lo que de hombre asimilado le queda. Tiene miedo a ser detenido antes de tiempo, miedo de ejecutar el plan, miedo de no vencer el miedo, así que ahí, mirando el firmamento que empieza a mancharse de luz, se pone a tararear otro de los cantos que aprendió del tata; imagina el sonido de la corita y el raspador, el sonido del universo que apacigua el alma.

Cuando los rayos del sol pintan la capa celeste, Tash se levanta para sacar agua del pozo, agua que hiede, agua contaminada con los

desechos de la mina y no con mierda, como dice el gobierno. Él sabe que las autoridades pusieron la bomba del tanque de agua potable para callarlos y mientras, la mina sigue soltando su veneno en los ríos que caminan debajo de la tierra a cambio de veinticinco mil dólares anuales, dinero que se vuelve arena entre los dedos de alguien; pero el tanque de agua apenas alcanzó para la escuela y dieciocho casas, la del comisario y sus ayudantes, la del presidente del consejo de vigilancia y otros principales. Así que él deja que escurra el agua de cianuro por su cuerpo *bichi* mientras invoca la sabiduría de *I'itoi*. Después sahúma la piel para limpiarse como lo hacía el tata en las ceremonias de purificación, en el tiempo cuando él era un chamaco lepe y caminaban hasta llegar al océano en busca de sal. *Piunackoe juchich mo ari*.

Cuando termina el ritual, el miedo ha desaparecido. Peina el pelo con esmero y lo trenza con un adorno de hueso similar a los que usaron los hohokam; después se pone el pantalón de mezclilla, los zapatos de ante y la camisa de manta. Ve su imagen en el espejo, pero no es Santiago Ascencio el que lo mira sino un hombre mayor con algunas canas en las sienes y mirada de venado: es Tash.

Desde la casa de adobe escucha que alguien ha entrado en la *huki*, siente los pasos retumbar en sus plantas, y a poco percibe nuevos pasos, llegan más; son los guerreros. Es tiempo de hacer.

Son casi las cuatro de la tarde cuando el grupo se presenta en el corral para mezclarse con los pápagos de Quitovac. Saben que el consejo aceptó la visita de un representante del Instituto Nacional Indigenista y dos jóvenes norteamericanos que quieren mirar la Fiesta del Cu-cu para hacer escritos; no les permitieron traer aparatos ni cámaras de cine porque ésta es una ceremonia sagrada.

Como en años anteriores, los hermanos de Arizona serán los líderes, la autoridad que conducirá el acto, porque se dicen descendientes reales de los buitres y los coyotes, las dos familias que formaron la nación *tohono o'otham*; y los residentes de Quitovac, que ellos acusan de impuros, quedarán excluidos, casi convertidos en espectadores, igual que los turistas, mientras los tatas pápagos, obedientes y sumisos, irán, rezarán, cantarán.

Lo que nadie sabe es que con este *vi'ikita* en verdad está por empezar un nuevo año para la *gente*.

Los guerreros se dispersan en cuanto llegan, es importante que no los vean en bola, unos entran a las dos ramadas para mezclarse entre los danzantes, otros se cuelan a los *hukis* de músicos y rezanderos y Tash se acerca a la ramada de los cantos para sentir el alma de los participantes; tiene que detectar a los fuertes y a los ñengos, y de entre estos últimos seleccionar a los que serán sustituidos.

Desde lejos ve que los rezanderos han empezado a vestirse:

Ve que uno frente al otro, igual que espejo, amarra los extremos de la manta de cuadros en muslos y cintura, después se ciñe el cinturón de gamuza del que cuelgan campanas y cencerros, y por último se pone la máscara que también es de gamuza; quedan listos.

Tash se ha acercado sigiloso y les da sus varas para medir las proporciones de sus cuerpos contra las suyas. El hombre del maíz dice estar preparado y él se aparta con una inclinación de cabeza.

Afuera de cada casa los pobladores han hecho los cuatro montoncitos de arena que forman las esquinas de un cuadro con otro montón al centro, donde cada mujer dejará tortillas de maíz recién hechas, jalea de pitahaya, tal vez guiso de conejo o de gallina, y pisto de saguaro.

Comienza la ceremonia.

El rezandero llega a la primera casa, la del comisario, mueve los muslos sin parar, y campanas y cencerros hablan su lengua alegre; bendice los alimentos con sus rezos y coloca la vara y un ramo de plumas de águila y gavilán sobre el montón de arena del centro. La autoridad aprueba, el hombre del maíz rocía el polvo sobre el cuadrado para purificar el acto y la *gente* que acompaña al primer grupo come los alimentos. Tash, a corta distancia, estudia las reacciones de todos.

El primer grupo regresa al corral y lo recorre desde el *huki* de la danza, que responde enseguida, hasta el de los músicos, que cantan las canciones reveladas en sueños y tallan los raspadores con quijadas de burro. Tash intercambia señales con los batos de su pequeño ejército. Sabe que la Antonia también es capaz de sentir las debilidades de los hombres, ella asiente, confía en que pronto puedan empezar a suplantarlos.

Mientras el segundo grupo sale a bendecir y purificar la casa del primer ayudante y las notas de los cantos que prepararon para la fiesta llenan el espacio, Tash se mueve sigiloso alrededor del hombre del Instituto y los turistas, que están bañados en sudor; las gotas escurren sus rostros. Faltan muchas horas para que concluya este *vi'ikita* y él necesita que los invitados no se cansen, no se agoten, no se marchen, son indispensables para sus planes.

Atendiendo la seña del líder, uno de sus guerreros les acerca la jícara con un poco de *tiswin* y sodas heladitas, les habla en inglés, espera que beban, sonríe, se inclina. Después va a ofrecer el licor a las familias de los de Sells y de la Angostura y conversa amigable con ellos, les da carrilla, porque igual que el mismo Tash, ese guerrero es uno de los pápagos que ha cruzado la línea frontera que no existe, para ir al jale al otro *said* de su territorio, y habla las tres lenguas. Las órdenes son que la *gente* tenga el ánimo relajado con *tiswin* y libres los

sentidos, para escuchar los cantos a la naturaleza fluyendo adentro de sus cuerpos.

Tash mira a todos, se les mete por los ojos, busca entre las almas.

Han pasado varias horas, se puso el sol en el horizonte salpicado de cactus, el calor perdió la fuerza, la cambió por un sarape rojo y violeta. Terminó la purificación de las casas, el ambiente es de fiesta, los turistas hablan con algunos hermanos y la nación de Arizona ha sacado, para compartir, provisiones a las que están impuestos, de esas que comen en aquella parte del territorio, de esas que los tienen gordos y diabéticos.

Los rezanderos dan vueltas por el corral alabando al sol, a la lluvia, a las nubes. Los danzantes van de un *huki* a otro con movimientos monótonos. Ya hay un guerrero entre ellos y otro entonando una vieja canción que han rescatado:

Cerro manchado
en la cima se levanta un viento blanco.
El viento blanco hace que el cerro se vuelva cerro blanco.
En la cima del cerro blanco se yergue un águila blanca.
La vi y mi corazón se conmovió.
No supo qué hacer.

La máscara impide que alguien sepa que es Tash quien la porta, se ha transformado en uno de los rezanderos, los movimientos son exactos, campanas y cencerros reproducen su mismo lenguaje, la espalda encorvada carga los años que Santiago Ascencio no tiene y la voz de su rezo imita las sonoridades del otro, pero él dice sus plegarias en una mezcla de español, *himeri* e inglés, porque sabe que más de la mitad de los morros ya no entiende la lengua, ellos quieren parecerse al hombre blanco, absorber sus costumbres, sus religiones y sus vicios.

—En el origen del universo sólo existía el agua, la gran inundación y la oscuridad ondulada. Ahí creció el espíritu nuevo que tomó el suelo de su pecho y lo empezó a deformar para hacer la gobernadora; de sus ramas brotó un animalito que producía su propia armadura con la baba de la gobernadora. Mientras cantaba el nuevo espíritu formó montañas con esa baba; el espacio que frotaban sus picos se convirtió en el cielo.

Poco a poco la *gente* empieza a despertar de su letargo cuando escuchan al rezandero que también, poco a poco, empieza a perder la monotonía en la plegaria que va transformándose en leyenda.

—¿Y ese amigo, quién es? —rumoran aquí y allá.

—Hermano mayor creó el mundo pápago al entrar en el cuerpo de la ogresa para cortarle el corazón en dos partes.

El otro rezandero, la pareja, nota que pierde audiencia y empieza a decir sus plegarias a gritos, pero el guerrero, confundido entre los cantantes opaca su voz; al igual que los movimientos de los falsos

danzantes han empezado a vitalizar el ritmo cansino de los verdaderos.

—*L'itoi* tenía un poderoso rival llamado Buitre Pardo que lo mató y predijo su regreso. Un tiempo más tarde *l'itoi* resucitó y después de viajar al cielo, donde se unió al sol, regresó al Cerro de las Cenizas, y ahí wachó al Mago de la Tierra y de los pápagos, y los puchó para juntarse con él y vengar las ofensas de Buitre Pardo. En compañía de los hombres y del Mago salió del Cerro de las Cenizas y los condujo por la Tierra dando nombre a los lugares.

Los más viejos de la Nación empiezan a cuchichear asustados, sospechan que algo está sucediendo, y ya no les quedan dudas cuando Antonia aparece frente a todos llevando la canasta con el corazón petrificado.

—¡El corazón de la luna!

—¡Es el corazón robado!

—¿Cómo lo encontraron?

—¿Quién es ese rezandero?

—Estos amigos están tumbados del burro.

—¿Dónde tenían el corazón de la ogresa?

Los rumores sobrevuelan el corral como buitres.

Es verdad, el corazón fue robado de su nicho en el Cerro de la Petaca hace ochenta años, Tash talló una réplica en madera. La canasta, ataviada con plumas nuevas de águila, descansa sobre el regazo de la Antonia.

Toda la *gente* se pone de pie y con mirada nerviosa busca a las autoridades locales, a los líderes de Arizona, al hombre del INI, a los rezanderos, danzantes y músicos. Ninguno está.

—¿Dónde fueron? ¿En qué momento?

El desconcierto crece, los murmullos también, semillas de frijol.

Pero el compás de espera dura poco. En un movimiento armónico Tash se quita la máscara y cuatro guerreros armados lo rodean, al frente sigue la compañera con el corazón de la ogresa como escudo. Otros guerreros obligan a moverse a los asistentes, les indican la dirección con la punta de la metralleta, los juntan frente a Tash en un solo sitio para poder controlarlos. La pinza se cierra.

—Hermanos: el nacimiento del mundo se dio con el sacrificio de la ogresa. El nacimiento del nuevo mundo se dará con esta celebración y el nuevo sacrificio.

—Debemos purificarnos —gritan los guerreros.

—Los traidores serán juzgados.

—Recuperaremos nuestro territorio.

—Los gabachos de la mina se irán de aquí. Nadie envenenará a nuestra Madre Tierra.

Mientras Tash habla, unos guerreros traen a cuatro de los rehenes,

los cuatro descamisados, con calzón de manta, los cuatro con máscaras de gamuza. Por la textura de la piel, los zapatos, la complexión, por sus andares se infiere que son el representante del Instituto Nacional Indigenista, uno de los norteamericanos, uno de los ayudantes del comisario y uno de los líderes de la reservación de la Angostura. Los guerreros aprovechan los cuatro palos de la ramada de los rezanderos para amarrarlos con las manos hacia atrás, cada uno viendo hacia una dirección sagrada.

—Primero fue la conquista española. Cuando el sacerdote juntó a la *gente* pa que la autoridad eligiera un gobernador en nombre del rey, un tata le dijo al sacerdote: la justicia es pa castigar lo malo, y no siendo nosotros malos ¿pa qué es la justicia? Los *o'otham* no conocíamos el mal, pero los españoles lo trajeron junto con la opresión.

Tash hace una pausa para mirar la atención de la *gente*. Está machina, piensa, tons hay que seguir.

—Querían nuestro jale pa construir sus iglesias, pa levantarlas con nuestra sangre y nuestra vida. Primero los jesuitas y luego los franciscanos, todos nos confundieron. Puras falsas promesas y la exigencia de obedecer a sus majestades: la del cielo y la de la Tierra, las dos crueles y sedientas de sangre, porque enviaron primero a un blanco que con la cruz al cuello nos cazó pa llevarnos a rastras, cuerdas de batos marcados como el ganado, animales pápagos al servicio del rey de España. Y todos los frailes, hasta el padre Kino que tan querido fue por algunas naciones, no buscaban otra cosa ninguna que domesticar, sino borrar nuestros rituales y creencias, tapar los oídos pa que no escucháramos la voz del desierto, que es la nuestra, hermanos.

"Los primeros conquistadores nos querían pa contagiarnos sus males, pa dividirnos y vencernos, hacernos pocos cuando la *gente* era mucha. Nos quisieron pa usarnos contra los hermanos pimas, contra los gilas, los seris, los cocomaricopas y los yumas; nos quisieron pa hacernos su escudo contra los apaches, que no eran nuestros enemigos. Los españoles nos mataron. Pero la *gente* huyó de las misiones y se rebeló y resistió peleando con las armas que los mismos españoles nos trajeron: el robo, la mentira, la intriga, la flojera, la muerte."

Las familias de los ausentes interrumpen, preguntan por los suyos, se ven llorosas, angustiadas. Tash no responde, espera a que cuatro guerreros se coloquen atrás de los rehenes con una daga en la mano, una daga capaz de degollar en dos segundos. Hay lamentos que empiezan a sonar histéricos, algunos jóvenes se remueven inquietos, quizá con la intención de lanzarse contra el ejército, pero uno de los frontales dispara una ráfaga de metralleta al aire. Después, las

expresiones de temor sólo flotan entre ellos murmullos de rezos y llanto.

La sangre de Tash fluye despacio por las arterias, la voz del tata murmura en su oído: "encontrarás al hermano malo dentro y fuera de ti, y te combatirá, Santiago Ascencio, pero como lo hizo el *l'itoi* tendrás que vencerlo y resistir, porque siempre hemos resistido… siempre".

—La segunda invasión fue la de los gabachos —Tash toma del cabello al turista, aprieta con odio, escupe las palabras—. Los mexicanos les dieron permiso de entrar a nuestro territorio, permiso de combatirnos con balas, permiso de asentarse en nuestras tierras, de cazar nuestros venados y de traer animales a beberse nuestra agua hasta que se acabara. Los mexicanos les vendieron nuestro territorio a los gabachos. Así como el saguaro joven se parte en dos con el machete, así partieron nuestro pueblo.

Tash suelta al norteamericano, que se retuerce y gimotea. Luego señala hacia los grupos de las reservaciones y reprocha:

—Ustedes, la nación, hablan inglés y nosotros, los pápagos, hablamos mexicano, ya pocos recuerdan la lengua, ya pocos quieren respetarla porque han perdido su identidad.

Santiago Ascencio sabe que en la Tercera Asamblea de Indígenas Fronterizos se acordó que los pueblos divididos lucharían por tener un doble pasaporte indígena, una doble nacionalidad, porque el gabacho paga rentas por las tierras de las reservaciones donde montaron casinos. Sin trabajar los *tohono o'otham* se están convirtiendo en gordos prósperos, drogadictos y alcohólicos, que compran camionetas de lujo. La *gente del desierto* quería ser generosa, los de este lado podrían ir al jale en los casinos, a limpiar escusados, a barrer y a sembrar flores de ornato en los estacionamientos, y esa "generosidad" le resulta indignante a Santiago Ascencio. Se para frente al líder de la Angostura:

—Nosotros sabemos que el primer Pensamiento de los *o'otham* dice: "Nadie en este mundo tiene derecho a modificar el curso de los arroyos".

El hombre de Arizona asiente.

—Nosotros somos un mismo pueblo. ¿Necesitamos una doble nacionalidad por una división que ahora se está volviendo barda de fierro? ¿Y la nuestra, la verdadera? ¿Dónde quedó la nacionalidad de la *gente*, del pueblo de recolectores y cazadores nómadas que se mueve por este gran territorio que no es otra cosa que médanos, viento, sol y saguaros que nos dan su sangre? ¿Hay algo más hermoso que pájaros pa pintar los días y búhos pa ahuyentar los espíritus? Peleaste una doble nacionalidad cuando bien sabías que el gabacho no quiere frijoleros en la tierra que cree suya; cuando bien sabías que a las

mujeres de tu reservación, que paren los hijos en sus casas, no pueden arreglarles papeles pa cruzar esa frontera que no existe y no pueden venir con ellos a nuestros lugares sagrados, que están aquí, en Quitovac, porque esos hijos tampoco existen. El gabacho quiere acabar contigo, hermano, estás tumbado del burro, te va a engordar hasta que explotes, te va a enfermar hasta matarte, te va a drogar pa echarte a la chota y refundirte; tus hijos no existen, pendejo, no son pápagos.

Salvo el representante del Instituto Nacional Indigenista, los rehenes pujan y se remueven tratando de zafarse, Tash se acerca al burócrata, saca su daga y la pasa por la manzana de Adán, que sube y baja en medio del sudor que la humedece.

—La tercera invasión fue la de los engaños, ¿no es cierto, amigo gobierno? En Arizona, con el ofrecimiento de raciones de comida, doctores y maestros a cambio de pudrirse en la reservación. Al rato sus tierras fueron invadidas por rancheros; perdieron hectáreas aquí y allá. Pelearon en balde, el gabacho es sordo si el culpable es gabacho.

El pápago guarda su cuchillo mientras dice con dolor:

—Acá en Sonora el engaño se llamó reparto de ejidos, nos dieron lo que de herencia era nuestro, pero con un papel lleno de sellos donde estaba escrito el nombre cristiano del pápago, de la familia, de la comunidad. En ese papel venían pintadas con números y metros las fronteras de nuestra cárcel, y les dimos las gracias. Esas fronteras tampoco han sido respetadas: invadidas, robadas, usadas pa cazar venado cimarrón; nos dieron un territorio de papel y les dimos las gracias. Y después de pelear durante años nos devolvieron un desierto más seco y más pobre, pero también les dimos las gracias.

Tash habla hacia la gente, que no sabe qué va a pasar. Algunos han empezado a verlo con simpatía, otros siguen temerosos, protegiendo a los hijos, medio ocultos en la masa. Él los siente, percibe sus miedos. Sabe que el verdadero líder debe infundir confianza, que no faltará el envidioso, el traidor, el hipócrita, porque en la estepa hay aves canoras en abundancia, pero también víboras y coyotes; por eso su canto será claro y dulce y la sangre de los ancestros, que todavía camina por los cuerpos de los hermanos, sabrá escucharlo.

—Sus parientes están bien, están guardados, les hicimos una reservación aquí en Quitovac, y no serán libres hasta que llegue el nuevo día del nuevo año. No serán libres hasta que todos, ustedes y nosotros, seamos uno otra vez.

“Antes la fiesta empezaba hasta que los guerreros lograban cazar al venado armados sólo con arco y flechas, ahora el venado es para el gabacho y nosotros comemos liebre. Pero eso no lo saben ustedes y tampoco les importa.

“¿Se creen mejores porque la pasan de cura y ya no están impuestos a la tortía? ¿Tienen miedo de perder sus rentas, miedo de chingarle pa

vivir? No, hermanos, los estómagos se enseñan a comer serpiente, ratas, y a veces algún cimarrón o tal vez un venadito cola blanca que hay que cazar, cargar y destazar; yo lo viví. Antes de pararme frente a ustedes estuve en el desierto para beber el aliento del espíritu nuevo."

Esta vez la voz de Tash tiene un timbre de impotencia.

—Estamos ayudándole al blanco a matar al desierto. Necesitamos vivir en armonía con lo que nos rodea sin acabar con nuestros hermanos animales, sin dejar nuestras casas pa buscar jale en Caborca o en Arizona. Cuando obliguemos al hombre blanco de allá y de acá a respetar al desierto que nunca le vendimos, tendremos lo que es nuestro. Nosotros nunca formamos parte de las naciones conquistadas, no somos mexicanos ni gabachos; somos una nación de la gran chichimeca, la indomable. Cuando esto vuelva a ser nuestro territorio, entonces renacerán los rituales y habrá respeto por los lugares sagrados; la *gente* podrá volver a caminar y será la que fue.

"El *l'itoi* me ordenó leer esta noche el mensaje escrito hace tres mil años: 'Tiempo vendrá en que un joven *tohono* de sangre pura se arme con la vara de mando para rescatar a la *gente del desierto;* el guerrero acabará con el exterminio y con la dispersión de su pueblo'."

El líder va hacia el ayudante del comisario y cuando el hombre siente que se acerca empieza a manifestar terror con movimientos del cuerpo, con la agitación del pecho que sube y baja.

—La cuarta conquista la respiramos cada día. Se llama oaxaqueños, mejor conocidos como golondrinos; se llama droga, mejor conocida como narcotraficantes, se llama *saboris*, mejor conocidos como traficantes de batos. Unos y otros corrompen a la *gente*.

De nuevo la daga sale de su funda para pasearse por el cuello del ayudante, pero esta vez el paseo va dejando finos bordes rojos y alguna gota de sangre.

—Tú has visto, Tomás Eugenio Rojas, que algunos de nosotros ya se unieron a los narcos que pelean el territorio como suyo pa meter droga al otro *said*, ¿qué pasó en la Y griega de Puerto Peñasco y Sonoyta? ¿No se moría el que cruzaba? ¿No hicieron pedazos a un pápago?

—¡Eres el Santiago, ya te reconocí! ¡Y la otra ha de ser la Antonia!

—Te pregunté otra cosa, Tomás, ¿o me vas a decir que no sabes que unos hermanos se unieron a los *sabori* y otros se ofrecen por su cuenta a cruzar golondrinos? Mientras cruzan… los oaxacos se comen lo nuestro, beben nuestra agua, corrompen a los chamacos. Y a veces esos coyotes no regresan, desaparecen con la feria y el golondrino toma venganza. ¿Por qué no has denunciado? ¿Por qué no señalas? ¿Cuánto te toca por cada golondrino, Tomás? "La vara del gobierno que te dimos es una antorcha…".

El pápago toma aire, camina alrededor del hombre, le duele el

corazón. La Antonia inclina la cabeza porque el rehén es su pariente. Tash sabe que ella no va a pedir piedad porque ese hermano ya se pudrió.

—Te quedaste mucho tiempo con la antorcha y te quemó las manos. Tú sabes, Tomás Eugenio Rojas, que los narcos han escondido mercancía en los sepulcros sagrados, en las cuevas sagradas, que alguien de aquí les marca el camino, cuida sus intereses y recibe la paga aun sabiendo que se deshonra como *o'otham*, aun sabiendo que por un error suyo pagaríamos todos —el ayudante empieza a temblar, la voz de Tash se llena de rencor—. Y tanta corrupción pa qué, ¿pa darle gusto a los vicios del gabacho? ¿Pa mandarle más esclavos al gabacho? No estamos hambrientos del dólar. El pápago que tiene la razón confundida no merece vivir.

Los ojos del líder buscan la reacción de cada uno de sus guerreros, la Antonia va contando las señales, los movimientos de cabeza, luego se acerca al que cuida al Rojas, le susurra al oído, asiente a su líder y vuelve a guardar su pesadumbre. La *gente* se inquieta, el ambiente se tensa. Tash habla con voz firme:

—El hambre se ha llevado a los pápagos a buscar a los parientes en otras tierras, a buscar el jale donde haya, y muchos no han vuelto. Cuando la sequía y la extinción acaben con nuestro desierto, ¿quién cuidará los lugares sagrados? Ya son muy pocos los tatas guardianes de los objetos, ya son muchos los batos que se aferran a los productos de los blancos, a su comida, su lengua y su avaricia. Necesitamos recuperar de vuelta el respeto y la dignidad. Este tribunal sentencia al Tomás Eugenio Rojas… a muerte.

No bien acaba de decirlo cuando la daga rebana el cuello del primer ayudante del comisario. No bien acaba de decirlo cuando la esposa de Rojas grita que no, por favor, que no lo maten. Se escuchan los chillidos mientras el chorro de sangre cae en la tierra arenosa, que se lo traga.

Los otros rehenes intentan librarse de las ataduras.

El cuerpo del sacrificado se desmadeja.

El líder de la Angostura emite sonidos guturales de rabia o de miedo.

El calzón de manta del joven turista empieza a humedecerse.

La cabeza de Tomás cae pesada sobre su pecho.

Las exclamaciones de asombro, miedo, protesta, los llantos, los gritos de la mujer de Tomás hacen una nube oscura.

—¡Yo te hubiera dado el dinero, desgraciado!, yo te hubiera comprado su vida, Santiago, ¿cómo puedes manchar la memoria de tu tata? —un guerrero contiene a la mujer que arremete contra ellos—. ¡Y esa mala semilla! ¡Puta! ¡Asesinos!

Tash deja de escuchar quejas e insultos cuando el guerrero carga

con la mujer para llevarla a la Escuela Albergue Tribu Pápago, donde tienen atados a los otros rehenes junto con los rezanderos, danzantes, turista y autoridades.

—¡El grano podrido ya se chingó, no tiene remedio! ¿Y ustedes?

Los guerreros blanden metralletas y rifles, el resto de los asistentes se va callando.

El líder imagina al guerrero que carga a la mujer sometida, mujer fiera que muerde y patea; lo imagina golpeando la puerta de la escuela, y la sombra de una víbora le muerde el bajo vientre. Cierra los ojos y al abrirlos se encuentra con la ogresa luna mirándolo. Todo está como debe estar.

—Hermanos: cuando este tribunal dicte sentencia ustedes decidirán qué quieren: extinguirnos como lluvia que chupa el desierto o renacer. La semilla que siembro hoy hará nido en los chamacos. Por mí habla la voz de mi tata, que guardó el fuego durante muchos años.

"Tú, hermano de la nación *tohono o'otham*, tendrás que llevar a tus *gentes* por el camino de la humildad, porque bien sabes que un gobierno es como el frío o el calor: todos los sienten. Y nosotros los pápagos no necesitamos de limosnas sino de amor por lo que nos pertenece —Tash le quita la máscara y después la mordaza. El guerrero que lo cuida se pone nervioso—. Los ritos del desierto son la verdad de nuestra nación. ¡Somos una nación!"

—*Fuck you*, pendejo.

—Ustedes quieren seguir siendo gabachos, quieren enseñarle inglés a sus hijos, ¿no es cierto?

—¿Quién piensas que eres?

—Muchos de los tuyos no han pisado el desierto nunca y sólo se dicen indios pa conservar el territorio de las reservaciones y los casinos y las ganancias, pero no saben nada de nuestra historia.

—Te voy llevar la chingada. *Don't do this shit, greaser*.

—Pa esta ceremonia se construían imágenes del sol, la luna y otros seres del cielo, y eran llevadas en procesión.

—*Son of…*

—Había payasos y líderes de cada aldea con sus cantores. Éramos guerreros, todos.

—*Come on, go to hell.*

—¿Sabes cómo parían las mujeres? Corriendo entre los cerros hasta echar al chamaco fuera. Éramos guerreros.

—¿Me vas matar, cabrón? *Go ahead.*

—Dentro del ritual del *vi'ikita* representaban el sacrifico de dos niñas y dos niños: una pareja de coyotes y una de buitres, pa detener el diluvio. ¿Sabes de cuál diluvio te hablo?

—Que me sueltas te digo. Deja de hacer al héroe, papahota.

—Sí, soy papahota o papalote o pápago. Pero te hablo del diluvio, la

inundación que ahuyentó a los *hohokam*, los constructores de Tucson. ¿No dicen ustedes ser descendientes de buitres y coyotes?

—*Fuck you, fuck you, shit!*

—Necesitamos un líder en Sells y otro en la Angostura, *gentes* que sean verdaderos líderes y unan nuestra nación y defiendan nuestro desierto, líderes que nos unan y se levanten en armas. Tú estás lleno de soberbia, hermano, y los papahotas ya no queremos vivir agachados ante nuestros hermanos, queremos recuperar lo nuestro y vivir el nuevo tiempo de los *o'otham*. Por última vez, ¿quieres compartir la vara de mando?

—*I said fuck you!* ¡Maldito frijolero!

El líder suelta nuevas amenazas que hacen eco en varias familias entre los asistentes, pero esta vez son más los que están a favor de Tash.

Él busca el veredicto entre sus guerreros.

De nuevo la Antonia cuenta los votos y va a hablar con el vigilante del rehén que, sin esperar a que Tash dicte sentencia, desliza la daga por el cuello. La luna brilla con intensidad sobre la sangre que sale en chorro y escurre y moja el pecho, el calzón blanco, los tenis Nike del líder de la Angostura.

Esta vez los llantos y las reacciones entre los que vienen de Arizona obligan a varios guerreros a tratar de aplacarlos soltando ráfagas de metralleta una y otra vez.

Se forma un gran revuelo entre unos y otros; los pápagos quieren participar, vengar las ofensas. Tash trata de calmarlos. El desorden crece y entre las voces alteradas se pierde el sonido de los pasos de los que estaban en el albergue escuela, que han llegado con escopetas y rifles, y se agazapan entre las sombras con que la noche cubre los *hukis* de los danzantes. Su objetivo es uno, las bocas de las armas lo siguen buscando, el tiro perfecto.

Tash siente los colmillos de la sierpe en las vísceras una vez más, mira hacia todos lados, el guerrero que llevó a la mujer de Tomás no ha vuelto. Algo está pasando, pero no tiene tiempo de ordenar las ideas porque el barullo crece.

—¡Hermanos! ¡Escuchen, hermanos! Hay que separar nuestra nación, hacerle nuevas fronteras; hay que unir los *saids*, no debemos permitir una barda de fierro entre nosotros —trata de que su voz se escuche—. ¡No dejaremos que pasen por acá golondrinos ni mexicanos ni gabachos! —los de Quitovac no quieren escucharlo, el calor del *tiswin* ha dejado escapar sus demonios—. ¡Aquí no entrará la droga ni los narcos ni la ley corrupta del mexicano!

Los guerreros preparan las armas en espera de alguna orden.

La Antonia busca dónde resguardar el corazón de la ogresa y descubre las sombras que respiran.

Ve la espalda iluminada de Tash y se endereza para prevenirlo.

Uno de los guerreros, nervioso, suelta una ráfaga hacia el suelo arenoso que levanta nubes de polvo y perdigones.

Dos rifles escupen sus cargas.

Antonia grita y sus gritos se pierden, se entrelazan, bailan con los gritos de muchos. Los proyectiles avanzan cortando el aire. Ella da dos zancadas, uno de los proyectiles hace blanco, ella sigue; un nuevo proyectil impacta a Tash en la cintura.

El cuerpo empieza a desvanecerse, flota, gira, se escurre al suelo cuando otra bala pega en la cabeza de la guerrera.

Tash mira el manto de estrellas.

Mira el mañana con la nueva *gente*, los mira caminando en el desierto, llevan de la mano a los chamacos, cada vez son más y más… Tash va al frente, la ogresa sonríe complacida, su tata lo abraza y canta:

Las estrellas nos dan la luz
por las noches oscuras y frías,
las estrellas lloran,
cantemos a las estrellas.
Ita-juujuu-tmak-toñiriki
kmuu-chujuchit vnok-mogka
chujukm-mogka-s'spit-itm…

Última parte

Disculpen que llegue con retraso y medio revolcado, me tropecé con un estorbo, pero ya lo quité de en medio. Siéntense por favor.

Un estorbo amarrado con otro y con otro y sabe a dónde va a terminar la pinchi cadena. La cosa es que esto no se acaba hasta que se acaba. La libramos ahoy, mañana que San Juditas nos cuide.

Pues señores, señoras, hemos llegado al final de esta Narcocumbre con éxito. Mi patrón y todos los capos creen que ya recibieron la información general necesaria y que podrán decidir en cuál de los negocios prefieren asociarse, si tienen pensado otro bisne o si sólo van a lavar dólares.

Dejen les explico qué sigue. Les voy a pasar unas formas. La primera es una evaluación sobre las exposiciones para que califiquen a los facilitadores, abajo de cada una hay un renglón para comentarios o dudas. Si son dudas sobre porcentajes, utilidades, documentos legales y eso, serán atendidos por un especialista y un abogado. Ahoy mismo se acordarán las citas. Si no tienen dudas, llenan la formita y ya. La otra hoja, la amarilla, es para que tachen el negocio que les interesa según el capital y la experiencia con la que cuentan. Y la plaza, eso es importante, la plaza donde creen que encaja y por qué.

También se vale no entrarle. Pero por favor pongan las causas. Como ustedes saben tenemos un expediente de cada uno de ustedes. Los que prefieran quedar fuera pueden solicitar la devolución de su archivo con la edecán de la minifalda negra, la güerita que levantó la mano.

Está de más recordarles que la lealtad es un requisito que van a cargar hasta después de muertos, estén o no en el negocio. Y también creo haber dejado claro que la deslealtad tiene un precio. Las manos de la Federación llegan a cualquier lado y son de hule.

Aquí hay plumas. Llenan las formas y me las entregan.

A partir de mañana el encargado de cada línea de negocios se pondrá en contacto con cada quien para formalizar contratos y términos.

Y nomás que terminemos pasamos a la fiesta. Si de mi gusto fuera ahorita mismo les organizaba una callejoneada por toda la finca con una tambora traída directo de Jerez, y nos poníamos a bailar *La cabrona* con las edecanes, que para eso están. ¿Qué? ¿A poco no la conocen, oigan? También le dicen *La mala palabra*. ¿Ah, verdad? Pero como los de logística no me valieron la sugerencia les van a traer a Los Alegres del Barrio, a Los Cachorros y no supe bien si viene Lupillo

o Los Tigres o los dos, lo que sí sé es que van a echar la casa por la ventana, así que apúrenle con la llenadera para que ya nos relajemos… *¿relajemos, mi Conde? Si apenas empezó el baile. Has estado dándole desde que empezó la cumbre, ta madre, ora sí que te cundió. ¡Oye! Tu crédito*.

Oigan, por cierto, en la forma uno el último puntito es sobre un servidor. Si la hice como anfitrión y los atendí cual debe, no se guarden los comentarios y tampoco se queden cortos, oigan. Si salgo bien ya estuvo que me gané una plaza, y si salgo muy bien será en un municipio grande.

A cómo va este asunto se me hace que me dan todo San Luis… ¡o Zacatecas! Eso estaría bien, regresar hecho un capo.

Gracias, gracias, señora… sí, aquí me las deja. Tuve mucho gusto en conocerlos, oigan.

Bienvenidos al bisne.

ALFAGUARA

La Narcocumbre
© 2013, Gilda Salinas
© De esta edición:
Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V., 2013
Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias
México, 03240, D.F. Teléfono 5420 7530
www.alfaguara.com/mx

ISBN: 978-607-11-2658-0

Primera edición: abril de 2013

Conversión ebook: Kiwitech

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

PRISA EDICIONES

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias

03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51